

HECA

15

ANA



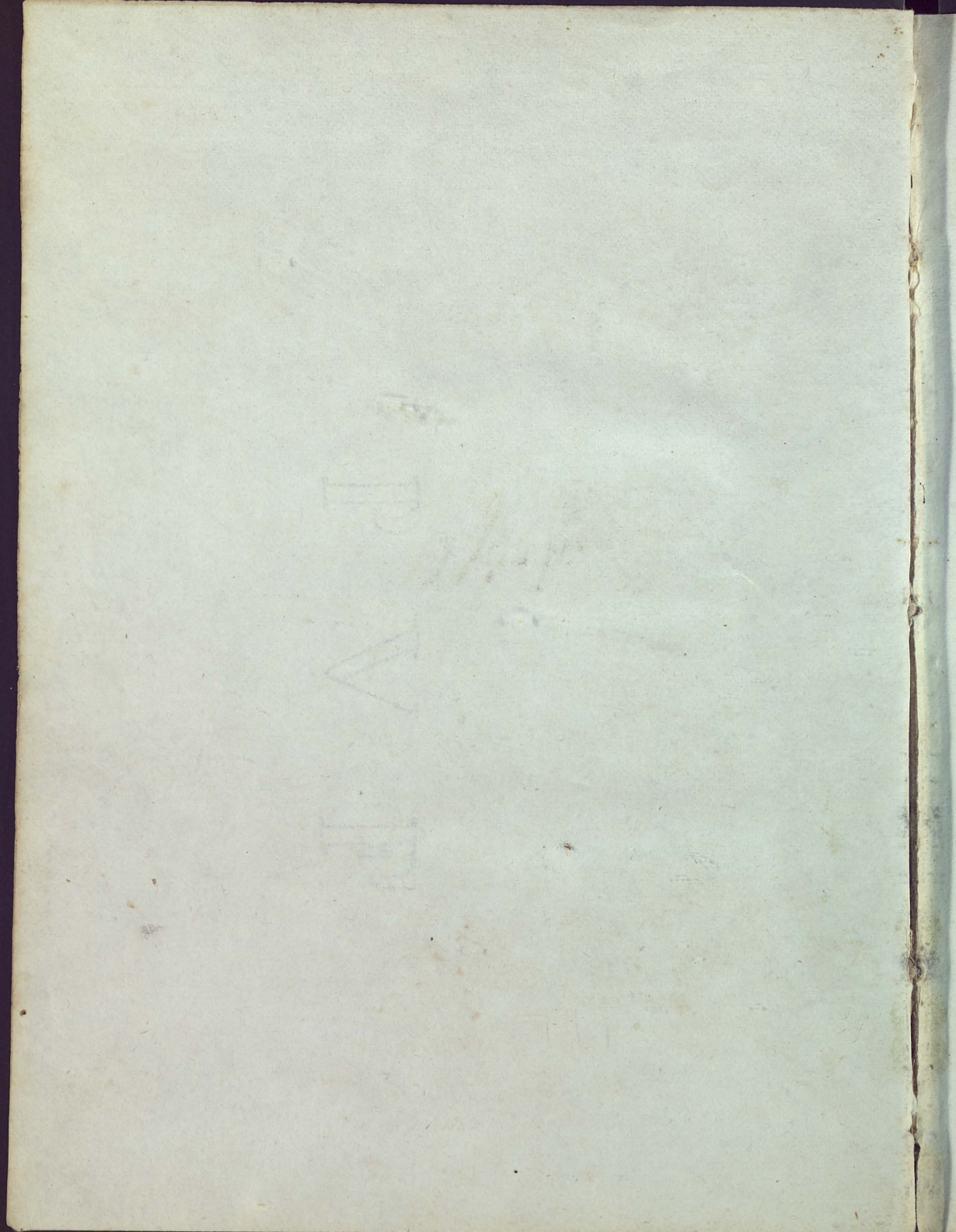
M

61

200 hojas
Vest

FW. Ms 13

A. Lord



Asien

1875

1875

Asela .

por

D.ⁿ Marcial Valladares

y

Núñez .

1868 .

12/19/20

12/19/20

12/19/20

12/19/20

12/19/20

12/19/20

12/19/20

Advertencia

Época demasiado próxima
la á que se refiere esta novelilla y de
segundo no ofender ni lastimar en ella á
nadie, desde luego en solemne forma y
sin excitacion ajena declaramos que son
supuestos, enteramente supuestos el hi
jo natural del baron de Isaac y el
de madama Clidia; supuestos el ne
gro Sidrin y la mujer de D.^{no} Tadeo, y
supuestos, ademas, algunos otros por me
nores, inventados todos, no para ofen
der ni lastimar, repetimos, á quienes pu
dieran considerarse mas ó menos direc
tamente aludidos, si para dar in

terés y modestia a nuestro humilde im-
perfectísimo trabajo, emprendido solo
con objeto de significar en él ligera
nuestra de gratitud a dos familias,
una que siempre con su amista-
derosa nos honró, dispensándonos a
la vez favores que jamás olvidaré
mos; Otra, a quien en 1866 tuvimos
el gusto de conocer y que con amis-
tud igual nos honra asimismo des-
de entonces, siquiera sea grande
la distancia que nos separa hoy
y siquiera bien probable que nin-
guna de esas dos familias llegue a
leer estas pobres páginas.

El autor

M. S. N.

I

Despidiera el invierno de 1852, y en Madrid, calle de Cedaceros, habitaba a la sazón cierta señora viuda con dos hijas, Asela y Sira; la primera de seis años y de cuatro la segunda.

Madama Gladia, su madre, contaría de treinta y cuatro a treinta y seis: acababa de comer y, sentada en una otomana, esperaba a que la sirvieran su acostumbrado té, mientras Asela y Sira, en torno de un velador, jugueteaban sobre la alfombra con *le cer*, perrillo faldero de blancas y rizadas lanas.

Sientense a poco pasos en

la inmediata estancia y, abierta una
mampara, entra el baron de Hoar,
seguido del muchacho que trae el té
y le deja encima del velador; pero el
baron, al ver á las niñas enredando con
el perro, sícalas ya desde lejos.

— ¡Ola, ola! ¿Tenemos en danza
al ~~Reber~~?

— Si, tío, respondió Asela. Mira
que guapo está. Síra y yo le hacemos
y peinamos esta moñama. ¿No veppa-
ras, tío, como salta?

— ¡Sobre Ugiac! exclamó entonces
el baron, ¡Como gozaría, si viese,
al veros así jugando; al verse reprodu-
cido él mismo en tan hermosísimas cria-
turas!

— ^{El} sentándose en una butaca á
la izquierda de Elodia y enjugando
los ojos con el pañuelo blanco de su
bolsillo, encendió un habano y aña-

Sin:

— Fengo, Gladia, un pensamiento; único que esta tarde me trae aqui.

— ¿Es decir que no vendrias, si ese pensamiento no te se ocurriera?

— Segun. Entro en tu casa con franqueza; con franqueza, Gladia, nos traemos y venga o no venga a verte, sabes que nunca sejo de ser el mismo.

— Fuiste siempre mi mejor amigo; eres mi confidente y nada de cuanto digas vivra con indiferencia.

— Ojeme, Gladia, pues, con atencion.

— Digo ya.

— He visto muchas de padre estas pobres niñas, yo, cual si fueran mias, las idolatro. Angeles risueños que juegan hoy y se divierten con cualquier cosa, lo seran mañana de otro jenero en el teatro de la vida y

harán papel muy malo, si desde ahora
no se las educa convenientemente. No
tienen mas apoyo que el que tu y yo
podamos ofrecerles. Preciso es, en vis-
ta de ello, que nos ocupemos de su
educacion, de su porvenir; y este es
mi pensamiento, Clodia. Quiero, por
mi parte, constituirme en segundo
padre de estas niñas y que tu me
ayudes, como buena madre, hasta
donde alcancen tus fuerzas y tus re-
cursos. Ya sé que con muy pocos cues-
tas en el día; pero yo, soltero y
sin afeciones apenas que me liguen,
puedo disponer aún de algo y nada
les faltará, si tu te prestas á segu-
irme en mi proyecto.

— Te secundaré, baron, aunque
mi fortuna es hoy demasiado escasa
y poco, o nada, podré con ella ayu-
darte, siquiera me animen gran-

Des deseos en bien de estos dos angeles, como dices.

— Demasiado que lo sé y, por tanto, como complemento de mi proyecto, una cosa voy con frecuencia a' propincharte, seguro de que no te enojaras.

— Fraternandose de la felicidad de mis hijas, todo me parece bien y, ademas, tu nunca me propincharias cosa que ocasionase en mi disgusto.

— Hablémnos, pues, franca y desembozadamente. Tu no puedes sostener hoy en la Corte ese bouto que has ta aqui, ni aun vivir en Madrid sin empenarte. La primavera ofrece ya hermosos y apacibles dias; el campo en esta estacion no carece de atractivos; te retiraras, de consiguiente, a' Alcorcón y allí en una buena casa, que haré pagar uno de mis parientes, te instalas desde

luego con Sira, llevándote la doncella,
una criada-cocinera y un criado. Así
viene para junto a mí: haré se la edu-
que con todo esmero y mas adelante,
si necesario es, echaré mano tambien
de Sira.

— Duras son, baron, las condiciones;
pero conozco, por desgracia, que no
hay mas remedio que aceptarlas; y, por
otra parte, ¿qué podría yo negar
a quien tan eficazmente se interesa
por mis hijas?

— Duras son, efectivamente, para
ti, no acostumbrada al campo y sí
solamente al trato y bulliciosa vida
de Madrid, e impresiones nuevas ca-
da dia, tan momentáneas y fuga-
ces, que ni lugar dejan para que
unas a otras se sucedan, cuanto mas
para disfrutarlas y adquirir concien-
cia de ellas; pero tiempo es de pon-

ser y obrar con madurez; y, ya que de
sus padres nada lleguen a heredar esos
inocentes seres, hagamos todo lo posible,
Eladia, para que mañana, al verse
solos, quizá, en el mundo, lejos de aba-
tirse, o prostituirse, cual muchos
otros, añadan a sus gracias físicas,
a esas hermosas gracias naturales,
con que Dios quiso enriquecerlos,
tesoros inagotables de virtud, el
cendal, en fin, de una esmerada
completa educacion. Mucho, Eladia,
he meditado en esto y, a conseguir-
lo, ya encaminado mi proyecto. Me
ditalo a solas tu tambien y si, efec-
to de tus reflexiones, hallas otro
mas aceptable, comunicámelo sin
reserva, que yo lo acujo desde luego.

— Nada tengo que objetar, Baron.
Tu voluntad es la mia y, cuando dis-
pongas, saldre de la Corte para

Alcorcón.

— Fu misma designarás día.

Las niñas seguían curandando con Eléber. Llamólas el baron hacia sí; dió a cada una un beso, sentóndola en su rodilla; estrechó la mano a Eladia y se despidió.

Eladia pasó casi toda la noche meditando; no durmió apenas; sentía, por una parte, dejar la Corte; comprendía, por otra la fuerza de las razones del baron y, halagada con la idea de que el punto de su futura residencia distaba poco de Madrid y de que, en su virtud, iría con frecuencia a la coronada villa, secundó perfectamente los planes de aquel; arregló sus cosas; dispuso del modo que le pareció mejor sus equipajes; deshicóse de algunos objetos innecesarios en una aldea y, presto en

conocimiento del baron el dia de la marcha, realizola en mayo de 1853, acompañada de sus dos hijas y del tío de estas, quien con su sobrina mayor estaba ya de regreso en la Corte a fines del propio mes.

Instalada lludia en Alorcón, se le muestra allí con viva y sus criados, disfrutando de las delicias que proporciona el campo en la estacion primaveral, y se ganamos algo acerca del baron de Ivón, con quien se jamos tambien a Asela.

II .

El baron de Ivón, alto y bien formado, de ojos y pelo negros; nariz un tanto aguileña; robusto y de buen

color; simpático y afable para todos; ingenuo y franco con sus amigos; de ta- lento e instrucción nada vulgares; sol- tero todavia, á pesar de sus treinta y siete años, no por falta de pare- ja, ó aversión al matrimonio, si por haber pensado en este mas, acaso, de lo que la generalidad piensa; hom- bre de recto y maduro juicio; meté- dico, independiente; que dirigia por si solo todos sus asuntos e intereses y cuya fortuna se calculaba en tres- cientos mil escudos; el baron de Iscir, Secimus, tenia casa propia en la ca- lle de Alcalá, donde vivia.

Decorada y amueblada sin lu- jo, bien que elegantemente; con muchas y espaciosas habitaciones in- geniosamente distribuidas, cómodas y ventiladas; con servidumbre en ella de una cocinera, una criada, dos

Palacios para el coche, el mas joven de
los cuales hacia a la vez de ayuda de cá-
mara, y con una oya, ultimamente ele-
jida por el mismo para Adela, esta
venia a estar al lado de su tío tam-
bien, o mejor aún, que en compa-
ña de su madre antes de retirarse
de Madrid. Pero una persona se nos
olvida entre la servidumbre del coron
y es el negro de encargos y recados.

Comprado en Méjico por el
caballo de Adela, Virrey de aquel pais,
a cierto mercader, o traficante, que
le presentó con otros en uno de los
bazares de la poblacion cuando conta-
ría apenas catorce años, manifestó
desde un principio ser bien indola-
do, muchísima sociabilidad y otras
apreciables cualidades; así fue que
su excelencia el Virrey quiso que,
instruido un poco en el catecismo

y dogmas principales de nuestra fe, se le bautizase y diese nombre cristiano; ofreciéndole porra mas tarde salario y libertad, si se portaba bien. Bautizásele, con efecto, recibiendo el nombre de Isidro en la pila bautismal, nombre diminutivado y convertido luego en el de Sidrín que siempre se le siguió después.

El joven negro, lejos de desfangar las esperanzas de su señor, íbase despatiblando mas de cada dia, haciéndose mas acreedor a inmeros beneficios y esto aceleró el cumplimiento de la oferta del Rey. Señalóle, pues, su excelencia salario, o retribucion, correspondiente al servicio que prestaba; permitióle tener bolsillito propio, adquirir cun para si lo que quisiese y dióle libertad. Mas a la muerte del Rey, Sidrín quedó sin

como y, como su buena conducta y lealtad eran notorias entre los parientes y amigos del finado, se abrió que el barón, sin recomendación alguna y con el salario mismo que tenía, se toma se á su servicio para encargos y recados, á cuyas funciones agregó en 1853 su mesero como la de llevar y traer de la escuela á la señorita Asela su sobrina; pues Sidvin con ferria ya entonces sus cincuenta años y nada había en él que le hiciera indigno de aquel honor, cuando antes bien le respetaban los Semas criados.

Veamos ahora las habitaciones de la niña Asela y su método de vida:

Una salita de labor con dos balconillos á la calle; en el centro de la salita, un velador para

leer, coser, escribir, ó dibujar; en uno
de sus lienzos, el piano nuevo recién
comprado por su tío para ella; en
otro lienzo, un sofá de galleta-percha
y, a los lados del sofá y del piano,
sillas grandes de fina paja, inter-
poladas con algunas pequeñitas. Lue-
go, un gabinete con su Ventana y
dos alcobas, destinadas, una, para
Aséla y otra, para su aya; en ca-
da alcoba, un catre de acero, una
mesita de caoba al lado de la cabe-
cera y, al de los pies, pintados a
gorratos de madera para colgar ves-
tidos. Por último, otro gabinete me-
nos grande que el anterior, pero
muy gracioso, especie de raspero-
-tocador, en donde aparecieron un
elegante lavabo completo de señora,
con su espejo de medio cuerpo; dos
ó tres sillas; el bañil de Aséla,

y el propiamente ropero, o sitio, pa-
ra trajes y demas prendas de vestir.

Le enseñábase Asela, general-
mente, a las siete de la mañana,
hacia su ligero tocador; tras ella segui-
samente chocolate y marchaba con
su tío, o con el cura y Sidrin a oír
Misa en las Calatravas. Oída Misa,
iba para la escuela, acompañada
de Sidrin: salía de la escuela a las
diez, acompañada otra vez del negro,
con quien, chameándose, imitando
su tonillo y modo especial de hablar,
iba y volvía contentísima, pues la
compraba Dulces y otras golosinas, so-
bre todo gentiles, cosa que gusta-
ba mucho a Asela. Entraba has-
ta las once, hora en que un maes-
tro venía a enseñarla música: comía
a la una: a las dos, vuelta a la
escuela: al anochecer, en casa y, si

eran los dias grandes y el tiempo lo permitia, un paseo a las seis en coche o a pie con su tío. Encendida una, cosía, bordaba, o dibujaba en el velador de la salita con el aya: luego aprendía o repasaba la lección de música para el otro día. Memoraba a sus meses el Rosario que sabía el baron guisar, o bien el aya misma, si el baron no estaba en casa, o no podía asistir. Cenaba regularmente; daba las buenas noches a su tío y despues, a coma, para empezar de nuevo.

III

Metodizada, cual acabamos de indicar, la vida de Aséla, no solo crecía esta en cuerpo y aumentaba

en gracias físicas y morales; no solo rápidamente progresaba en lectura, escritura, dibujo y lo que pudiéramos llamar verdadera labor de manos, sino hasta en las lecciones de piano y canto, descubriendo admirable voz para este último.

Nada se la resistía: fácil y risueña siempre, procuraba fijarse mucho, poner aplicación en todo, complacer al baron su tío y ser, en fin, una de las más aventajadas niñas de la escuela, a cuyos progresos rápidos con tribuía eficazmente ~~el~~ ^{su} ~~cuya~~, persona instruida y digna del cargo que se la confirió.

Así se deslizaron, sin interrupción notable, los primeros años de Adela en casa del baron: de modo que á los doce no iba ya á la escuela, ni apenas precisaba ~~cuya~~: se pasó y perfeccionó con ella, sin embargo, lo apren-

Sido; aprendió diferentes habilidades y sus mesas de simple adorno y, tocando y contando casi como profesora, formaba las delicias de su tío que dejaba á veces de salir, ó de entregarse á sus asuntos, solo por ir á su sobrina.

Madama Clodia iba todos los meses á casa del baron: Sira pasaba largas temporadas en Madrid con su hermana y la educacion de entrambas marchaba casi á la par, bien que con alguna mas modestia la de Sira. Pero el baron, sabiendo perfectamente el mal que causan á las niñas sus relaciones con algunas de la misma edad, rera vez, ó nunca, permitia que fuese Arelá á casa de sus amigas, ni que estas le prestaran libros para leer; permitia, si, vióran algunas tardes junto á ella las designadas por su tío; con eso

veía el lo que hacían, o lo hacía la otra;
y, en cuanto a libros, los de la escuela,
los religiosos que el baron la daba, o,
cuando mas, El Quijote, obra que
distrainia a Asela y la proporcionaba
momentos de grande felicidad. Jus-
taba poco de visitas y salidos: Consa-
graba la mayor parte del tiempo
a la direccion de los negocios de su ca-
sa; los Domingos, por lo regular, a
sus amigos y tenia de noche un sa-
lon de tertulia con madama Amelie
y su esposo el señor Finon, de cuyos
inmediatos y amigos intimos, a quie-
nes consideraba; pues madama Ame-
lie, nacida y educada en Francia
como se educa alli a las señoritas
de algun poder, amaba y daba
ella sola interès a una conversa-
cion, sabia muchas habilidades
y, modelo de esposas, aunque

muy joven todavía, deseaba el baron
lo fuese para su sobrina. El señor Zi-
nan, joven igualmente y jefe de
seccion en una de las Direcciones es-
tablecidas en Madrid, era el conseje-
ro siempre de aquel en las cuestio-
nes arduas u' dificiles de su casa.
Amelie poseia haciendas en la antigua
provincia de Burdeos, Departamento
de la Gironda, y solia visitarlas con
su esposo en la temporada del Es-
tío que pasaba alli, retirandose
ambos a nuestra Corte entrado el
Otoño. El baron de Isoor no re-
sistia en Verano los calores de Ma-
drid y, como toda persona que que-
re de algo, acompañado de Sidrin y
su ayuda de cámara, pasaba tam-
bien generalmente el Estío en Biar-
ritz; pero, antes de salir para
este punto, llevaba a Aséla

al lado de su madre y, vuelto á Madrid,
recóglala otra vez, ó se la presentaba
la misma Gladia.

Próxima á los dieciséis años,
Amelie hizo una muy amiga suya; se
visitaba con frecuencia y una y otra
simpatizaron tanto que juntas sa-
lian en coche, ó á pie, algunas tar-
des, acompañadas del baron y del
señor Simon y juntas, á veces, cu-
sian, ó bordaban, con lo cual
Amelie vino á ser, como si dije-
ramos, los últimos toques en la edu-
cacion de Adela.

Satisfecho así el baron de Tóor;
comprendiendo que nada mas pu-
dia, ó debía enseñarse ya á su so-
brina y, viéndola una mujer casi
enteramente desarrollada, llena de
gracias y atractivos, pensó solo
en engalanarla. Compróla, al in-

sentu, alhajas, joyas, ricos trajes y
la presentó en los teatros y sitios
mas concurridos de Madrid, no para
que algun joven de posicion la con-
templara y, enamorado de sus gra-
cias, supiese luego buscarla y pedir-
la en matrimonio, no. El baron
no trataba de preparar fuera el
mejor acomodamiento de su sobri-
na, significara en su mente germinase
esta idea. El baron, por una de esas
inconsecuencias, o debilidades del
corazon, orgulloso, cual podia es-
tar, con su linda Asela, queria que
todos la admirasen, que todos par-
ticipasen hasta cierto punto de su
satisfaccion y nada mas, sin acor-
darse entonces de que Asela la pa-
loma desmenuada y Asela, a veces,
al lado del gacilán que por fin
la coje.

A la llama, si, la atención del público en todo el buen sentido de la frase: no dejó de haber personas juiciosas y condecoradas del mérito de la joven, que a su tío felicitaron; mas no dejó de haber también pollos y gallitos que la dirijieron miradas tiernas, cuando en los teatros aparecía, ni quienes en los paseos echaron a valer tras ella hijas florecillas, ni quien, enterado ya de la calle y casa en que habitaba, pasase acobalado, deteniéndose debajo de sus balcones y haciendo que curjel briso escorricado un poco allí, especialmente si la joven asumaba en alguno de aquellos balcones.

El baron, loco de cada día mas con su sobrina, en nada de esto se fijó; ni de ello se aperibió al

pronto. Asela, por otra parte, no atre-
viéndose, no queriendo preguntarse á si
misma con lo que todo esto significase,
cuidaba unicamente de mostrarse mas
y mas reconocida á los beneficios y
regalos que su tío la prodigaba y
una y otra continuaron frecuentan-
do los sitios mas concurridos de la
Corte.

Estaban los dos una tarde en
el salon del Prado; el baron de
Iscoir daba el brazo á Asela y esta,
con su jovialidad natural, se portaba
familiar y animadamente con su tío;
mas, advirtiendo el baron que un
dandy no cesaba de seguirlos y de
decir á su sobrina, casi al oido en
cada vuelta que daban, frases no
de su agrado, que debian hacerle
mal estómago, aceleró el paso y
dijo á su her á Asela:

— Creó que haríamos bien en retirarnos: la noche se va acercando y estos San Dya me apestant.

— Tío, ahora mismo, si tú quieres, contestó al punto Asela:

Y se retiraron. Mas, en casa ya el baron, contra su costumbre dese que la joven cumpliera sus deberes, no fue a verla tocar y contar un rato en la salita de labor; y quedóse en su gabinete y, en medio de que su sobrina tocó y contó allí como las demás noches, no por eso salió el tío de su estancia hasta la hora, un tanto avanzada ya, en que a la sazón cenaba Asela y tomaba el baron su chocolate, juntos ambos en el comedor.

Notó Asela la falta de sentido en la salita; vio, además, que en el comedor nada con ella ha-

había, que estaba como pensativo y,
no cogiendo en lo que sería, dudando
si estaría, o no, del todo bueno, pues
jamás le viera así y era hombre que
no solía padecer de spleen, dejó
la silla que ocupaba y, sentándose
en otra mas inmediata a la del
baron, con interés y verdadero sen-
timiento ya, dijo:

— Observo, tío, que no me habla.
¿Siente V. novedad en su salud? ¿Re-
cibió V. alguna noticia desagradable?
¿Qué tiene V. hoy que está un poco
triste?

— Fíjate no, hija mía ¿puedo yo
estar triste, estando alegre tu?

— Es que no lo estoy, al ser a
V. así. Basta que V. padezca, o su-
fra, para que sufra y padezca
yo también. V. no ha vuelto del
paseo alegre como fue durante

el y despues con nadie sino conmigo
hablo U. i Cometeria yo alguna indis-
crecion, alguna torpeza que le de
sagradasse? Digamelo U, tio, por-
que sabre enmendarla y hacer que
jamas se avergüence U. de su so-
brina, ni piense nadie que soy
indigna del favor y sollicitud de U.

— Tranquillizate, Asela, en esa
parte y nada acerca de eso caviles,
ni te aflija.

— No me doy, tio, por satisfe-
cha. i Diedo yo estar tranquila, no
tando, como noto, en U. un cambio
repentino?

Y unadio con estudiada a
América, alomdose del casiento y
poniendo una memo sobre el hom-
bro del baron,

— Si algo Uale el cariño mio
hacia U, Uannos, i por que tra-

ta & de ocultarme lo que en su alma pa-
sa? ¿Qué tiene &? Quiero saberlo,
quiere saberlo su sobrina Asela.

— Quiera que alguno esta tarde te
mereciese mas cariño que tu tío. Pero
tambien yo he sido joven y conoço de
masiado bien lo que son y significan
esas tonterias. Nada tengo que ocultarte
y, en prueba de ello, siéntate
aquí a' mi lado y reflexionemos los dos
un poco.

— Acaba & de decir una cosa, tío,
que algo me lastima y dá' en que
pensar. ¿Puedo yo evitar, acaso, me
miren y dirijen flores juvenes como
el a' quien & alude?

— Demasiado se que no puedes;
mas demasiado se' tambien los peligros
y borrascas que a' una joven conena
han en la edad a' que tu has llega-
do y cuando se la dirijen flores, ó

palabras como las que esta tarde viste;
y he explicado ahí la causa de lo que
te llamas mi cambio repentino. Hasta
aquí no pensé mas que en tu educa-
ción: hoy me preocupa ya otra idea
y es la de asegurar tu porvenir y fe-
licidad.

— Querido hijo....., interrumpió
Asela, acariciando con sus manos la
mano del baron y bajando los ojos
al mismo tiempo.

— Si, hija mia, prosiguió el ba-
ron, tu felicidad. No quisiera dejar
a medias mi trabajo; quisiera ter-
minar la obra comenzada y, fiado
en tu discrecion, en ese cariño mis-
mo, de que hasta ahora me dióte
evidentes pruebas, espero sabrás no alu-
cinarte, ni dejarte ilusionar de la
fraseología de aturdidos juvenes; de
amorcillos en que se entra por

diversion y de los cuales cuesta luego
gran sentimiento desentendarse. No
tienes mas que darte que tus gracias y esa
educacion que en ti contemplo ter-
minada ya. Las gracias valen algo;
pero, flores de solo un dia, desaparece
con pronto, si otra cosa no las sus-
tituye. Queda, pues, la educacion
y esta en los tiempos de material
positivismo que alcanzamos, para
un hombre que la estima en lo que
vale, hay mil que viven unicamen-
te tristes los intereses y el dia del
desencanto, el dia en que abren los
ojos y ven que esos intereses no exis-
ten, las gracias, disputadas ya, y
la educacion son cosas para ellos
despreciables, porque ni un dillon
significan llevar a su bolsillo. Ade-
mas, hija mia, ademas, para vi-
vir es necesario algo y, si ese algo

falta, no hay paz, no hay tranquilidad posible, a' no existir un gran fondo de resignacion y de virtud.

— Lo comprendo, tío, pero puede uno trabajar y... y ¿quién piensa en semejantes cosas hasta ahora? ¿Diciendo ya tío, querido tío, en colocarme? ¿Diciendo ya tío, querido tío, en echarme de su casa ya? ¿No estoy yo bien aquí, querido tío, en compañía de tío, distrayéndole cuando te ve y cuando cometo?

— Hablas como en tu edad se habla; mas yo debo pensar y hablar de otra manera, por mas que nunca pensase en separarte de mí. ¿Dudaría yo vivir ya sin ti, tonta mía, si tus ojos son los ojos únicos por donde veo? ¿Quién te despreciase, o lastimase a ti, ¿no me despreciaría, o lastimaría a mí?

— Pues entonces, tío, ¿a qué venpar-
nos hoy de tan serias cosas?

— No las olvides, sin embargo, me
dita en ellas a cada paso, porque a
cada paso tendré necesidad de ha-
blarte de ellas.

Asela y su tío se levantaron,
y cada uno se fué a su respectivo
departamento. Pero Asela, siem-
pre se acostase al punto, no quedó
dormida, como otras noches, bajo la
impresión de ideas halagüeñas que en
su imaginación se dibujaban, con-
viéndola de ser bonita y de tener ad-
miradores. Lo primero señalaba todos
los días en su espejo y oíalo, ade-
mas, en muchos labios. Lo segundo
señalaba también sus ojos que en
como intentaban cerrarse aquella
noche. El cambio repentino del
barón, al retirarse de paseo, y sus

reflexiones, mas tarde, la desvelaban,
la hacian perder en conjeturas y, por
mas que de mil maneras discurría á
solas, no adivinaba la tendencia de
las palabras de su tío, ni sus pla-
nes, respecto de ella.

El baron tampoco dormia
apenas. Los pirópos dirigidos en el
paseo á su sobrina lastimábanle tu-
davia los oidos y despertaban velos en
su corazon; pues solo él pensaba
captarse el virginal de la joven,
hacer que ella le quisiese y ser, mas
v' menos pronto, esposo suyo. A este
fin tendian las embocadas reflexio-
nes, cuyo sentido no acertaba á com-
prender. Así y las sencillas últi-
mas frases de esta, convertidas en
sustancia por el baron, traducidas
por el mismo como especie de pre-
ludio favorable á su conquisita, des-

lumbrosos, si, a él y le alucinaron
hasta el extremo de juzgarse casi cor-
respondido con el amor de su sobrina
y columbrar en lontananzas horizon-
tes de ansiada dicha.

Resultado del insomnio y me-
ditaciones de entrambos aquella noche:
Que Asela desde entonces habló y
trató al baron su tío, no como una
niña, si como una mujer formal,
a tío prevenida, que piensa y
sabe lo que se dice: Y que el baron,
persuadido en su alucinamiento de
que Asela no dejaría de dar que-
tosa un sí el día en que a las
claras la descubriera su corazón, se
puso de obtenerla en matrimonio, cor-
rió solo y de mañana a casa de un
notario y ante él otorgó secreta-
mente testamento en favor de
su sobrina, instituyéndola única

y universal heredera de cuanto a la sa-
non tenía.

Y, mientras el notario otor-
ga el testamento, se lava y hacen
tocador Asela, probemos nosotros a
hacer el retrato de esta, siquiera
sea somera e imperfectamente.

IV.

Blanca Asela como el anahí de los
Marañes y los naridos obrosos, guardaban
su cabeza sedosos cabellos blondos, peina-
dos a la usanza, pretendida en ellos algu-
na flor natural y dejando ser espaciosa
erguida frente, ornada de suaves entre-
chas cejas que no dibujara mejor el pin-
cel de Apéles. Lucía en su terso ros-
tro, siempre jovial y de un mismo sem-
blante siempre, azules ojos rasgados

que sombrecaban finisimas pestañas;
ojos de mirada dulce y encantadora,
a la vez que penetrante, cuando se
fijaban, o pretendian hacer efecto.

Era su nariz delgada, no muy sa-
liente y redonda en la extremidad.

Orlaban su preciosissima risueña bo-
ca carmincos labios que, entreabiertos
a la verdad y a la franqueza, mostra-
ban brillante envidiable dentadura.

En barba, en linea casi vertical con
los ojos, curvaba luego hasta per-
dersse en su morfina y garganta.

Fronta en comprender, facil
en la emision de sus ideas y cor-
recta en su lenguaje; estatura, ni
pequena, ni demasiado alta; talle
esbelto y flexible, sus movimientos
eran tambien circosos y desembra-
dos; habia, en fin, en todo su con-
tiente cierto no sé que de supe-

riar y bondadoso.

Conocida ya, aunque tosca y ligeramente, nuestra joven, Sirénus ahora que los otros primeros días siguientes a la noche de que hablábamos el baron y su sobrina vivieron entre sí cautelosos, significara intentáramos disimularle, aparentar la anterior familiaridad. El baron, sin embargo, dejaba ser en su trato y porte cierta especie de galantería no en sayada antes, circalábase un poco más y, dentro y fuera de casa, sus conversaciones con Adela rodaban intencionalmente sobre cosas indiferentes. Pero, herido de celos, receloso, al fin, de que algún milano arrebatase la que él imaginaba su paloma, no iba con ella ya a los sitios más concurridos; iba, opicé, algunas tardes al estanque

Del Activo y, en coche, ora a la carretera de Aragón y Cataluña, por la calle del Pósito y Puerta de Alcalá; ora a la Fuente Castellana, por el Portillo de Mecoleros y Paseo de las Delicias de Gabel 2.^a; ora, por el Portillo de San Vicente, al Paseo de la Florida, sobre el Manzanares. Y si bien a Asela agradaban poco estos paseos solitarios, nunca los impugnó, ni su tío la conocía. Disgustó: agradaban al barón, o aparentaba que le agradaban, y esto bastaba para que plácenteramente se resignase, lo cual venía a sostener las ilusiones de su tío, a hacer creer al mismo era verdad lo que soñaba y que Asela no veía ya por otros ojos.

Cierta noche salía el barón de un teatro, dando el brazo a Asela y dirigiéndose ambos hacia

el coche que en la calle les aguardaba,
cuando una Señora Herogonzante, me
dio oculta en la oscuridad y cubierto
el rostro con un velo, se les acercó y
dijo.

— Una limosna, señores, señores
esposos, una limosna a esta desgra-
ciada que nada hoy ha comido aun
y; ¡ojalá que, si tienen, o llegaran a
tener 44 hijos, no conozcan ellos la
misericordia que conocen y experimentan
hoy esta infeliz madre y su hija!

Salió el baron una ochentina
del bolsillo de su chaleco y alargóla
a la mujer que desapareció al pun-
to, besando la moneda y dando re-
petidas gracias. Subió luego el ba-
ron al coche con Aréola y, viendo
que esta se reía, la dijo:

— Adivino por que te ríes.

— Quizá que sí, repuso ella.

— Esa pobre mujer, continuó el baron, nos caso á los dos en un instante, y he ahí sin duda la causa de tu risa.

— Cabalmente.

— Ciertó es que esa mujer se equivocó; pero, en realidad y bien mirado, creó, Añela, que tu debias ser mi esposa.

— Ja, ja, ja; Qué ocurrencia, tío! Ja, ja, ja. ¿ Creó & de veras eso?

— Si; ¿ Qué adviertes de particular en ello? ¿ No has oido nunca que casasen tíos con sobrinas?

— Lo que yo advierto, tío, es que semejante enlace, lejos de convenir á &, seria una locura verdadera y & hasta ahora ninguna locura hizo que yo sepa.

— ¿ Locura dices! ¿ Si por qué?

— Porque & es un hombre muy

formal. y yo hasta ahora no soy mas que
una inexperta chiqueta. U. es digno
de una mujer tambien formal que
valga mas de lo que yo valgo y que
desde luego ayude a U. a llevar el peso
de su casa.

— Tu eres niña en años, es verdad;
pero mas juiciosa de cada dia y estas
dotada, ademas, de disposicion y ta-
lento suficientes para hacer la feli-
cidad de cualquier hombre. Me en-
ganaré acaso, Asela?

— Gracias por el excesivo favor que
me dispensa U.; pero yo, a mas de
no tener, repito, condiciones para
admitir su generosidad, miro hoy
por hoy el matrimonio con entera
indiferencia: no me es posible pen-
sar seriamente en él.

— Mi objeto principal es tu feli-
cidad, Asela, y, en prueba de ello,

sabe que hace muy pocos dias otorgué
testamento, en el qual te instituyo
única y universal heredera de toda
mi fortuna. Por lo demas, hoy, o' no
hay simpatias. Si las hay y entram
bos nos conocemos perfectamente,
ninguna fuerza tienen tus razones.

— Quise, tio, y quiero a' U. con
el amor que a' su padre quiere una
hija; mas como, porque U., sin es-
tar obligado sigamoslo asi a' ello, se
constituyó en verdadero padre mio,
a' quien respeto y cuyas bondades
hacia mi no olvidaré jamas, ya
que imposible me sea el pagarlas.

— La paga, la recompensa, sié-
la, es tu mano.

— Dádome U. la sangre de mis ve-
nas; exija U. de mi cualquier otro sa-
crificio; pero no exija U. que alar que
yo mi mano de esposa al hombre

a quien desde un principio he que-
rido, he respetado y obedecido como
a padre.

— Es decir que me rechazas, que
desprecias todos mis beneficios?

— Esas palabras me ofenden, se-
ñor baron. No soy, ni seré jamás
ingrata, ya lo he dicho; pero mi
corazon no admite, no puede ad-
mitir el que sea el esposo mio. An-
tes soltera toda mi vida; antes al
lado de mi madre y Sira, si quisiera
tambien de trabajar para comer.

— El, señorita, hará lo que la man-
den y quedese esto por hoy asi, pues
estamos ya al pie de casa.

Bajaron los dos del coche y,
corriendo Asela a su gabinete, entro
en el llorando, mudo de traje a pri-
sa y se tendio sobre su cama sin
querer cenar. El baron fuere tam-

bien a su gabinete muy amostado; tomó
dos servos de chocolate, fumó un tabaco
y, despues de algunos paseos por las ha-
bitacion, ideando planes para el otro dia,
metiose en cama y apago la luz.

Asela, sin desunirse, ni meterse
en cama, paso la noche en un continuo
lloro; pero al amanecer se quedo dormi-
da. El baron levantose de madrugada
y, aprovechando el sueño de su sobri-
na, hizo por si mismo la cuenta a la
enya y la despido completamente gra-
tificada: llamo a los demas sirvientes
y dijoles que desde aquel dia ocupa-
ba otra habitacion la señorita, que
solo alli la servirian, nunca sin co-
nocimiento de el y sin consultarle
si debian ejecutar, o no, cualquiera
cosa que ella les indicase, y encar-
gó, por ultimo, a Sidrin Helora so-
bre el cumplimiento de aquellas or-

Senes. Dirijióse luego con el ayuda de
cámara a un retrete próximo a los dor-
mitorios de la criada y cocinera, retre-
te inhabitado casi, sin mas luz que la
escasa de su ventanilla de una sola
hoja con dos cristales, ni otro mueblaje
que una mesa, una silla y un catre.
Mandó barrer y asear todo inmediata-
mente; limpió el mismo las telas de
cortina que cubrian un pequeño cuadro
de la Virgen, colgado sobre la cabeza
ra del catre; hizo traer dos colchones
y buenas ropas para este; hizo venir
tambien el baúl de Asela, su basti-
dor de bordar, una copa grande de por-
celana, una jarra igual, llena de fres-
ca agua y dijo con ademan severo:

— Esta es la nueva habitacion de la
señorita: despues que se levante, que
se ya a almorzar aqui.

Acto seguido cerró el piano,

guardó su llave y, cubierto aquel con su
supéte, envió recado al maestro de mú-
sica de que las lecciones cesaban desde
aquella fecha.

Combiado así el aspecto de la
casa, nadie, sino el baron y Aséla,
sabía á que atribuirlo. Los Somésticos,
perdiéndose en conjeturas, conparse-
cion, no obstante, á la señorita,
sobre todos Sisrin, el viejo negro,
que entrañablemente quería á Asé-
la, hablaba consigo á solas y decía
por lo bajo "Yo siempre á señó
baron obedecer, mas tambien serir
mucho y complacer á amita Asé-
la, ¡Dobe amita!; No querer cenar!
¡Querer llorar!; Dobe amita!; Do-
be amita!"

Llegada la hora del almuer-
zo, el baron almorzó solo en el co-
medía. Aséla, trasladada ya á su nue-

4a estancia, a su celda, mejor diremos
a su prision, pues ni aun nombre
de celda merecia, nada quiso almor-
zar tampoco y lo que hacia era llo-
rar cada vez mas, sin profesar ni
una queja. La ventanilla del apo-
sento estaba cubierta y, puesta alli
de codos, apoyada la cabeza en sus
dos manos y los ojos hinchados con
el ardor del lloro, permanecio im-
voto en esta actitud tristisima, de
la cual vinieron a quitarla luego
Amelie y el señor Finam que ba-
jaban a visitar las flores de su jar-
din.

La casa del señor Finam tenia,
con efecto, un pequenito jardin casi
debajo de la ventanilla en que esta-
ba Asela, jardin cerrado con muro
de poca elevacion, bastante ancho,
y en el una puerta a cierta calle.

puéla en comunicacion con la calle de Alcalá. Madama Amelie iba delante y, apenas vivió a Asela en la y en tornilla, apresuró el paso y la dijo: — Hecimita, Buenos Dias. ¿Tieme y tambien a' ver mis flores desde esa habitacion?

Asela alzó entonces la cabeza y llenos incesantemente de lágrimas sus ojos, quiso contestar; mas no pudo, razón por la que añadió madama:

— Asela, ¿llora! ¿Tieme y los ojos encendidos; ¿Qué aflige a' y? ¿Qué pasa?

— Soy muy desgraciada, Amelie.

y, al decir esto, interesada ya la curiosidad de Amelie y su esposo, que ni aun remotamente sospechaban lo ocurrido, acercaronse mas y mas al muro y la preguntaron

— ¿Desgraciada y? ¿y eso?

— Descansa a' mi hermana aqui, o' una amiga de toda confianza con quien desahogarme.

— Sabe U. que en mi la tiene y, palabra de honor, que segura puede U. estar de mi lealtad. Hable U., Asela; o' sino, venga U. a' mi casa aqui por el jardin y hablaremos las dos a' solas.

— O' bien junto a' U. ira' ahora mismo, interrumpio' el señor Finan.

Gracias. Ni lo uno, ni lo otro puede ser en este momento. He llorado mucho desde anoche, tengo la cabeza como loca y prisionera ahora estoy aqui, de orden de mi tio, y vigilada por los criados.

— Eso es otro, Asela, dijo el señor Finan, y precisamos nos instruya U. de lo que pasa, por si en algo podemos contribuir a' su sosiego.

— Ya si yo lo que se ha de ha

cer, repuso Amelie, y luego preguntó á
Aséla

— ¿Duermes tú esta noche en esa
habitación?

— Creeré que sí

— ¿Podrá tú, á la una de la noche,
cuando todos estén durmiendo, abrir
silenciosamente esa ventanilla y pa-
sar un rato en ella?

— Creeré que sí también.

— ¿Hacer que la llave del portal
esté á su disposición para, en caso de
necesidad, salir sin que lo advierta na-
die?

— Algo más difícil es, pero sí, sí.

— Entonces, Aséla, basta la una
y no aflijirse tanto.

Dichas apenas estas palabras,
retiróse Aséla de la ventanilla
y madama Amelie y su esposo, exa-
minando una por una las flores de

su jardín, cogieron tres ó cuatro y luego se retiraron también á casa.

V

Sola Avela entre las paredes de su prision y no sabiendo estarse ociosa, inmediatamente que dejó la dentonilla, sentóse al bastidor y, continuando un empernado trabajo de fino bordado blanco, no obstante su falta de alimento y el estado de sus ojos, las lágrimas asomaban en ellos á cada instante y, aunque el pernillo de su bolsillo las enjugaba, no tan á tiempo, á veces, que no cayeran algunas sobre el bordado mismo. Así pasaron el resto de la mañana y parte de la tarde, sin que el barón, ni otra persona entrase junto á ella hasta la hora de comer, en

que, acercandose de orden de aquel
la cocinera, preguntola si comia y con
testo que si. Comio, pues, mas, tan
frugalmente, que, de cuanto la sirvie
ron, tomò solo alguna sopa, casi na
da de cocido y tres o cuatro pasas, co
mo postre.

El baron, despues de comer, sa
bio un rato y, aposechandose el me
gro de esta salida, para visitar à
Asela, corrió al punto hacia su estan
cia y, dando dos golpesillos en la puer
ta, dijo:

— Amita, amita Asela, ¿poder
entrar? ¿poder entrar à salvar à
amita?

— Entra, Sidrin, sino te lo pro
hibio mi tio, contestò Asela, abrien
do ella misma. Abien que, segun pa
rece, eres tu mi carcelero y debes ase
gurarte de si la prisionera està, ó no,

en su prision.

— Yo caelero de amita no; su sesi
So' yo si; Agni mi amita!; Hálgame
Dio'!

— Fa' 4'es, respondi' Asela, sentan
Duse. Me tienen en esta habitacion
desmontelada, hasta sin mas que una
silla pora mi. Sientate, cum que sea
en el suelo, Sidrin, y crénteme al
gum a cosa. Asi distraerás mis penas.

Sentose el negro en el suelo con
las piernas dobladas hacia dentro y, lim-
piándose los ojos con el reverso de su
mano izquierda, dijo:

— Genas de amita Soler a mi; Sentir
muchito no remediar. Desea mi ami-
ta!; Hálgame Dio'!; Desea! Si pogués?

— Mi tío quiere casarme ya, Sidrin,
y yo no quiero sujetarme ain a' la vi-
da del matrimonio.

— Na ma castigar po eso? Ami

ta miña cum pa casar. Señor baron
ser bueno; pensar mejo' y a su sobri-
na dar libeta. ; Gobe amita! ; Hál
game Dio!

— Mi tío, en su deseo de hacerme
venturosa, hablome ayer de sus pro-
yectos y yo me eché a reir. ¿Quien
piensa en casarse, Sidrin, a los diez y
seis años...? ; Te acuerdas de cuando
me llevabas a la escuela y me com-
prabas Dulces? ; Como me chamea-
ba contigo! ; Que felices dias ayre-
llos, Sidrin!

— Si, amita: yo acordame mucho
y yo tambien taer hoy poquita
cosa pa amita.

Y sacó de uno de sus bolsillos
un encurrucho grande que entregó
a' Arela. Cujó esta el encurrucho con
una mano y abriendole con la otra,

— ; Mis chautilys! ; exclamó con me

rombólica ternura. En, buen Sidrin, siem-
pre el mismo.

Probó Arela uno y, devolviendo el
cucurúcho al negro, añadió:

— ¡Guardate esos otros. No tengo ape-
nas donde colocarlos y, además, si entra
aquí mi tío y los ve, o los encuentra,
¡que juegare!

— Juegar tío cuanto quieras: yo na
guardo, antes tirar a' calle po ahí,
señalando a' la ventanilla.

— No, Sidrin. Eso estaría muy mal
hecho y, de dejarlos tu aquí, me compro-
meterías.

Calló el negro, bajó tristemente
la cabeza y guardó el cucurúcho que
le devolvía Arela. Luego preguntó
estát:

— Dime, Sidrin. ¿Cierras tu tu-
dor las noches la puerta de la ca-
lle?

— Si, amita

— ¿A que hora?

— Una y media.

— ¿Nunca cierras antes esa puerta?

— No, amita. Yo ser ultimo a acostar y yo cerrar todas puertas.

— Estoy sola y tendria miedo si supiese que alguna quedaba abierta

— No, amita. Yo cerrar todas puertas una y media

— ¿Antes de esa hora; que te haces?

— Ya saber amita. Yo rezar, leer en mi cuatito, mientras vamos ir a acostar.

— Bien, Sidrin; pero tu te estas aqui y ¿si mi tío llega y nos cije hablando de esta manera?

— ¿Que, amita?

— Te veniria; sospecharia, acaso,

que algo maquináramos tú y yo.

— ¿Meñir? ¿Pogué? Yo su bien
guardar.

Sidrin, no obstante, aconseja
do por Aséla, retiróse sin dilacion an-
tes de que su señor volviese.

VI.

Sola otra vez nuestra prisionera en
su humildísima habitacion, trajeronla
al poco luz y quisieron a arreglar su ca-
ma. Saw entonces un libro del baúl y
púsose a leer al lado de la mesa: sus
ojos, sin embargo, no estaban para leer;
cerrábanse a cada instante; ella, se cuan-
do en cuando, cerraba tambien el
libro; volvia a abrirlo, y de esta mane-
ra iba gomeno tiempo, que era lo
que deseaba. A las once entraronla

chocolate; continuó después leyendo, no sin
caer algunas veces su cabeza sobre el libro,
y, al dar la una el reloj del Buen Su-
ceso, cuando el baron acostado y dormi-
do estaba ya, reinando en toda la casa
sepulcral silencio, guardó su libro, ocul-
tó la luz y, abriendo la ventanilla, ten-
dió una mirada sobre el jardín del se-
ñor Finan, echó luego los brazos fuera,
dió dos palmadas con las manos y Ame-
lie en el corredor que franqueaba paso
al jardín por una escalera de piedra, con-
tató con otras dos, cogiendo inmediata-
mente la capa y un sombrero de su
marido, embosándose en aquella, quie-
rase el sombrero en la cabeza y corrién-
do a la cita, seguida del señor Finan
que al pie del muro, debajo de la
ventanilla, tenía colocada ya una es-
calera de mano. Subió Amelie por
la escalera, que sujetaba su esposo, su-

bio' tras ella este y, sentados ambos en el muro, apoyada Asela en la ventanilla, saludaronse á media voz los tres, no sin dejar Asela de sonreir un poco, al fijarse en el vispón de Amelie; pero los momentos en esta entrevista, nada cómoda y al raso, eran premiosos; Sidrin cerraba á la una y media la puerta de la calle y Amelie y el señor Finan buscaban solo saber, y saber pronto, la historia de lo acaecido entre el baron y su sobrina. Contóla Asela en breves frases y, asombrados los esposos, rogaron instantaneamente y sin vacilacion á su amiga fuese aquella noche misma para su casa. Asela resistió algo; mas Amelie y el señor Finan la convencieron, dijeronla que no temiese, pues de todo respondian ellos. En su virtud, Amelie entregó á Asela la llave

de la puerta del muro y, mientras la primera y su esposo bajaban de este, recogían la escalera de mano y esperaban junto a la puerta, Adela cerró a toda prisa la ventana, y puso algunas menudencias en un pañuelo grande de bolsillo, que ató por sus cuatro puntas; volvió un momento a la Higien, cuya imagen tenía en la cabecera de la cama que dejaba sin estrenar; apagó la luz y, lanzándose de puntillas a la puerta de la calle, abierta aun, dio unos cuantos pasos en la acera, torció luego a la calleja y en menos de diez minutos estaba en brazos de Amelie, con la cual y su esposo atravesó el jardín y subió a un elegante gabinete que madama había mandado preparar. Allí, gansosa solo de dormir y viendo turnarse ya chocolate, hizo Amelie que se acostase y quedó profundamente dormida al punto, mientras

el señor Finan y su esposa á acostarse iban también y á convenir en que se ejecutaría á primera hora de la mañana.

Conviniendo, pues, en que Aréla no debía dejar su casa, convinieron igualmente en que el señor Finan se presentase y dijese al baron, con dulzura y dignidad, á la par que con entereza, cuanto quiniera al caso; todo antes de que los criados, apercebidos, ó sabedores, de la fuga, se vieran esta en conocimiento de su amo y cometiese, acaso, un exabrupto de funestas consecuencias.

Madrugó el señor Finan y, llegando á casa del baron á tiempo que Sidrin volvía de Misa, hizo que sin tardanza le anunciara. Entró Sidrin al gabinete de su amo, en cama aún, si bien despierto, y, anunciando el señor Finan, abierta la puerta á este, dijo, entrando:

— Sin duda, baron, que no acostumbro a escribir visitas tan de madrugada.

— En verdad, Finem, que no; pero, para amigos como Finem, no tengo horas.

— Lo sé; disculpa a la mía, sin embargo, en gracia del asunto que la motiva.

— ¿Qué tenemos, pues?

— Se trata del honor de él y de la reputación de una joven.

— Mi honor! ¿Quien le empaña?

— Él mismo, baron.

— Explíquese él, Finem.

— Explicarme es lo que quiero, por si logro atajar el mal y poner a cubierto de la malediciencia la juventud involuntaria de Adela. Sé cuanto pasó entre él y yo, y jamás pudiera imaginarme llegar a él a cometer tanta indiscreción.

— ¿Alude él al modo como ha sido

2
Dias la estoy tratando ?

— A eso, baron y a' la desatinada peti-
cion que el la hizo de su mano.

— Mucho, Finam, ya sabe el !

— Se, baron, cuanto paso, como he di-
cho, y voy, por lo mismo, al grano, segu-
ro de que nadie aqui nos escuchara, se
que ni el ni yo nos enfadaríamos, antes bien,
razonando a' sangre fria, considerásemos
en lo que deba hacerse y que cada uno
opere en su lugar.

— Al grano, ynes.

— Cuando en 1853 traje el a' su lado
a' Adela, todos los que con la amistad
de el nos honrabanos, aplaudimos sin
reserva aquel espontaneo arranque de
generosa caballerosidad: Placiamos sobre
manera por como crecia y se educaba
Adela bajo el amparo y égida de el: pla-
ciamos verla con el en todas partes; y
placiamos, en fin, considerar que, si

Uniforme de padre habia quedado en in-
fantil edad, padre solcito y cariñoso ha-
bia encontrado tambien en 4, reconocien-
dolo y diciendolo asi a todos la propia Ase-
lar.

Nada fue mal hasta aqui y el ba-
ron de Trocar dio en ello pruebas eviden-
tes de su talento, bellisimo corazon y
amor tierno de familia, no muy comun
en estos tiempos; pero sobre tan brillan-
te página en la historia del baron acaba
de echar el mismo una mancha que si
del todo no la destruye, quitála por
lo menos su merito principal y deja
a 4 en malisimo concepto. ¿Sino, diga-
me 4: Es motivo para que 4 se por-
te como se porta ahora con su sobri-
na, para tratarla como ultimamente
la ha tratado, la negocia de su mano?
¿Dixio el señor baron las consecuen-
cias de su paso? ¿Dixio que ha-

bien de ocuparse de él y comentarle de
mil maneras los servidores de su casa y
con ellos los amigos todos de él. el día que
lo sepan y se divulgue, que al fin lo sa-
brán y se divulgará? Al constituirse él
en segundo padre de Aséla, al dispen-
sarla él su amparo y protección; hizo
él generosa, desinteresadamente, o fue
llevado ya de la idea de enlazarse con
ella un día, criarla con todo esmero pa-
ra él, forzar su voluntad y convertirla
en su heredero, fracasado el plan del se-
ñor barón?

— Mi protección, tío, ha sido siem-
pre generosa, desinteresada, como él di-
ce; y, en cuanto a lo del matrimonio,
confieso que me alcancé, que cometí
una verdadera indiscreción.

— ¡Tanto! Doy gracias, barón,
por un momento, en el lugar de Asé-
la. ¡Doy gracias nuestra mano a la

que nos hubiera criado como madre, á
la que respetásemos y venerásemos como
tal?

— Eso mismo me dijo ella.

— Pues bien, baron. Además, y no
se ofenda á, la juventud tiene miste-
rios y encantos que solo en la juventud
misma encuentran solución y á. y yo so-
mos ya casi viejos y no podemos apreciar
el valor de esos encantos y misterios...

— Basta: no prosiga á. Hoy mis-
mo coajitarse el modo mas decoroso y
digno de reconciliarme con Aíela y vol-
vera' todo á su antiguo estado.

— Forse es ya para eso, baron. Aíe-
la está en mi casa desde anoche.

— ¡En casa de á. desde anoche!

— Si; y en ella permanecerá y será
como una hija mía y de mi mujer,
mientras no se cologne á su libre vo-
luntad y gusto.

— ¿Como pudo ser eso? ¿Me la robaron
44.? ¿Se escapó ella? Hable 4, Finan.

Aquí contó el señor Finan lo que había
pasado y luego continuó:

— Dije que era tarde y además hay
una circunstancia importantísima, esencial,
que impide que vuelva al lado de 4. Asela. Es-
ta no es niña hoy y, después de lo ocurri-
do, una de dos, baron; o' entredicho con-
stante entre 44. combos, lo cual sería inso-
portable y de consecuencias imposibles de
adivinar, o' mormuración también constan-
te que acabaría con la hermosa reputa-
ción de su sobrina; y esto mi 4., mi yo
debemos consentirlo.

— ¿Qué hacer entonces?

— Asela, al lado de mi mujer, bien es-
ta' y ningún riesgo corre en su opinión.
4. excogite ahora el medio mejor posible
para que no se traduzcan mal el paso
dado por 4. mismo y la salida de Asé

la para mi casa.

— Heo que es él mas generoso que yo, Finan. Procuraré enmendar mi falta y que Gladia no se aperceba de ella. Por se pronto, mande él en busca del picano y demas cosas que a Asela pertenecian en mi casa y díjala él que me perdona.

Abraxó al baron el señor Finan y corrió a enterar a Amelie y Asela del resultado de su entrevista.

Las señoras concluyéran su tocador y esperaban al señor Finan para el chocolate. Llegado que hubo, pues, pasaron los tres al comedor, tomaron chocolate juntos en una mesa elíptica, hizo aquel relato fiel de su entrevista y se acordó enviar inmediatamente por el grano, bañil y demas de Asela, segun el baron habia indicado.

Asela, sin embargo, por mas que la agradase estar con Amelie, pues se

conoció y trataban ya y por mas que
realase ir al lado de su madre, suponién-
dola de acuerdo con el baron, acerca de los
planes fracasados de este, no queria ser
gravosa a una familia extrana y si
marchar junto a su madre y Sira; pe-
ro Amelie y el señor Finon se opusieron,
hicieron la reflexiones y se acordó tam-
bien definitivamente la permanencia de
la joven en su casa, donde quedó insta-
lada desde entonces, considerando a Ame-
lie como una hermana y sin que entre
las dos hubiese mas que una voluntad,
la de Amelie, quien, de tal suerte apre-
ciaba a Adela, que, si un vestido, una
alhaja, o cualquier otro objeto, compraba
para si, igual habia de comprarse
para su amiga. Nada esta echo de
menos en su mudanza, antes mas con-
tenta de cada dia, con mas franqueza
y expansion aun que en casa de su

to, tornó al buen humor de anteriores tiempos, ejerció sus habilidades y continuó sus estudios de piano y canto. Iba con Amelia y su esposo a todos sitios, pasaba el invierno en Madrid con ellos y con ellos el estío generalmente en Francia, donde en el Departamento de la Gironda poseía Amelie haciendas, como en otro lugar dijimos, y donde en 1865 estuvieron también los tres.

VII.

Abiertas en el invierno de aquel año nuestras Cortes, Presidente del Consejo de Ministros el General O'Donnell y Diputado por el Distrito y Sección de Pontevedra Sr. el señor Arriola, amigo del señor Zizman, a quien durante el verano de 1863 hospedara ya en su casa de Valerín,

nada mas natural que, al abramarse en Madrid los dos amigos, recordase el ultimo los dias de su hospedaje en aquella quinta, los deliciosos ratos alli pasados, oyendo tocar y cantar a las juvenes profesoras Acacia y Mileta, hijas del señor Arriest. Recordelos, en efecto, con placer y significo a este lo mucho que entonces le gustaron algunos puntos de Galicia, especialmente las rias de la provincia de Pontevedra; rias hermosisimas, de benigno clima, muy a proposito en su concepto para restablecer la un tanto delicada salud de su esposa. El señor Arriest ofreciolo instantaneamente a Galwin y el señor Timon dijo que exceptoria de buen grado, si fuese solo con Amelie; pero que, teniendo que contar, como tenia, con otras dos personas, no era cosa de encajar se todas de buenas a primeras en su quinta.

— Finon, contestó el señor Arriset, 4.
conoce ya la jente de mi casa, sabe como
se trata en ella a los amigos y, sean 44.
cuatro o mas, con un poco de confianza,
todo en el campo se arregla bien.

— Hablaré con Amelie y, si esta se
decide, a Halcuin iremos todos por el
estio proximo.

Pero el estio de 1866 estaba lejano
aun; la vida de Madrid començaba luego
al señor Arriset y, vuelto a Ponteseñra
antes de que el invierno terminara, hizo
en la primavera algunas visitas a su casa
de recreo; escribió al señor Finon reiteran-
dole con empeño su ofrecimiento; contestó
aquél, exponiendo dificultades; mediaron
dos papeles telegráficos y el señor Arriset
arrancó; por ultimo, formal palabra
al señor Finon de que iría a Halcu-
in.

Entrado junio, trasladóse con

su familia a aquella quinta y en fi-
nes del mismo mes salió el señor Finam de
la Corte con Amelia, Asela y el estudian-
te Adolfo, josen de unos catorce años hijo
de los primeros, llegando en principios de
julio a Pontederá, donde a recibirlos se
presentaron madama Olimpia, esposa
del señor Arisét, este, Acacia, Mileta
y los hermanillos de ambas. Pechin y
Sepe.

Dejemos que se abrazen y se besen
las señoras, que los hombres se den la
mano y se saluden, que juntos todos
cominen en grata conversacion hácia
Salvatin y, mientras, siguiendo el ca-
mino real que por el barrio de la
Moureira guía a la Barca y marcha
a diferentes pueblecillos no lejos de
los baldos del Castrose, adelantemo-
nos hácia allá tambien nosotros, pa-
semos la vía en una de las barcas

que la surcan, echémos una ojeada
por la quinta. y demos una vuelta
por la casa.

VIII.

De las cuarenta y nueve provincias
de España, con las de mejores puertos,
ninguna ofrece, tal vez, al viajero
perspectivas mas hermosas, paisaje mas
encantador que Pontevedra en las inme-
nsidades de esta ciudad, contempladas des-
de Galarrin, nombre tradicional, si que
no olvidado, y paisaje a que aludia
sin duda la siguiente copla, oída a
los naturales:

“ Si pasas por Galarrin,
Setente en aquel lugar
y góvate en Pontevedra,
sentada orillas del mar.”

Campiña que jamas causa, ofrece, en primer término, el antiguamente célebre barrio de la Mourreira, ahora sin verla apenas, y, al pié de los diferentes muellecillos del mismo barrio, multitud de ranchas y barquichuelos, anclados en la ría que aparece y desaparece, festoneando por este lado la punta de Galvín: la torre de S.^{ta} Maria, con su precioso templo; y el puente de doce ojos echado sobre el Lérez, pequeño arroyo que solo merece el nombre de río en las grandes crecidas del invierno, o cuando las altas mareas equinocciales cubren las dilatadas jungueras, o marismas que atraviesa y se ven en parte. Luego, el casco de la ciudad, con su alameda y magnifico exconvento de S. Francisco, hoy palacio provincial, residencia de los gobernadores y de las oficinas. Hacia la izquierda,

Juñera del casco de la población, entre las parroquias de Alba y Lereu, lindo valle cillo, verdadero jardín de flores en abril, cuando la naturaleza toda se engalana. Y, como límite, en fin, o término mas lejano de tan pintoresco agradable cuadro, Murrente y su orguñada torre, Tomena, Saliedo, Lourizan y otras parroquias, con sus robinas y cañadas, solos, robledos y pinares, entre los que lucen disseminadas y ~~en~~ ^{en} ~~varias~~ ^{en} de capricho aldehuelas y casas de recreo hasta Marin, frente a la isla y la orilla allí de Fambu. Pero no nos alejemos tanto, que el señor Arriet y sus hijos se acercan a la Barca y nada aun dijimos de la quinta.

Distante como dos kilómetros de Ortesedra; abrigada de los vientos y dominando enteramente la ciudad de Fenero, entrase y sube a ella por

una calle de almendros, a la derecha del ca-
mino seinal donde está la barca. Suavizado
a corta distancia el respedu, siendo ya
la casa y huerta, un cancel pintado, de
dos hojas, en medio de dos columnas de
granito, con un pino enano a cada lado,
abre paso a la una y a la otra. La huer-
ta, que es un cuadro grande, dividido
por diferentes calles, o aseidas, en pe-
queños cuadros, salpicados aqui y alla
de estatuas, tiene multitud de arboles
frutales que se elevan entre legumbres
variadas y otras producciones de la es-
tación, como verdunas, judías y pata-
tas; melones y sandias; espárragos, pi-
mientos y tomates. La calle inferior
del cuadro grande, soblando sobre la de-
recha del cancel, es toda de naranjos y
recien plantados limoneros; la izquier-
da y lateral del propio cuadro, conti-
nuacion de la de almendros; dirige

a' la casa y adornanla desde el cancel
manzanos, Perales y algunas flores. Sigue
luego la superior, adornada de lo mis-
mo, de magnolias y otros arbustos, sien-
dose en la rincónada que forma allí el
terreno, debajo del paredon del jardín,
naranjos y limoneros. Frente a' la esca-
lera de subida para el jardín y casa, al
centro, poco mas o menos, de esta calle,
ese una glorieta, cubierta de enredaderas
y sombreada de crecidos plátanos: hay en
torno de su interior cuatro asientos de
granito y de ella arranca otra calle, or-
lada toda, o casi toda, de alhucema, ro-
sales, Salias y naranjos hasta el mar y
sitio en que se alia la chozilla rústica
para los que se bañan; espesando a' dere-
cha e' izquierda de esta larga calle por-
tes de la huerta y de las de mar y a'
la izquierda, ademas, estensa praderia
con un tinglado y una pila de agua

para lavar, no lejos de la fuente principal;
esta, en otra rinconada de la calle superior y
proxima a la glorietta; fuente abundantissima
de ricas y frescas aguas que dos caños de
bronce arrojan incesantemente y entran
en cuadrilongo estanque, de cuyo centro
sale un tubo, u' arbol, con vistosos jine
gos; fuente, cuya fachada adornan, á
manera de cornisa, dos samas de Babilo
nia y una verjilla de madera, oculta casi
entre matas de jericamo-rosa; y fuente,
á cuya izquierda está escrito en letras
de recortado boj y especie de tarjeta el
apellido de su dueño. Sombreada tam
bien de frondosos plátanos la escalera, cor
re desde el pie de esta y por encima de
la fachada de la fuente una alameda
de los mismos arboles, con una mesa
de cantería, que medirá sobre dos y me
dio metros de largo, por uno y medio de
ancho, asientos de piedra en los pa-

seos y de césped en el talud que la se-
para del camino que va a la casa an-
tigua. Subamos ya esa escalera; Deje-
mos el camino que, por debajo del palomar
y una catalpa, dirige a la casa antigua y
capilla de S. Antonio; Subemos sobre la
izquierda y entramos en el jardín por
otro comiel de sus hojas.

Ornado de estatuas, como la muerta;
enajado de andenes y bordaduras de pa-
queño boj, en cuyos espacios crecen de
licadas flores, y, dividido en dos mita-
des, con dos surtidores de agua que
asciende y cae en lindos juegos dentro
de estampritos circulares con serjas de
hierro dulce, es un recinto delicioso y
de deliciosa vista, cual los sitios to-
dos de Salcorin. Tiene una graciosa
serja amarilla de fundido hierro
que, con jarrones blancos en las colum-
nas del perpiñón que la sostiene, ador-

na tres de sus cuatro lados, viéndose en el
del oeste division alta de madera con
diferentes entradas a los cuartos. Abri-
ganle, por el Norte, las copas de los
platanos de la alameda, y, por el Sur,
emparrado de rosales, sobre columnillas
de hierro, sitio no menos delicioso en
verano y sitio bueno, al extremo in-
terior de un sofá corrido de conteria,
aparece una mesita redonda, o' cuadrada,
de conteria igualmente.

Focamos ya la fachada principal
de la casa, la puerta y persianas del
comedor, al nivel del jardin y en el
cual, abiertas las unas y la otra, los
que sentados se encuentran a la mesa
disputan a un tiempo la vista del
jardin mismo, la de Pontresedra y
sus inmediaciones. Nada diremos de
la fachada y grandes balcones que la
adornan: subamos otra escalera, de-

jando a la izquierda corrido asiento que,
arrimado al paredon del birreo, termina
junto al emparrado de rosales, donde se
se' una plancha para tiro de pistola.
Dejemos la era y el birreo, todo se
contoria, y hasta la mesa capilla que,
bajo la advocacion tambien de S. Anto-
nio, campea sola en el inmediato mon-
tuelo: entremos en la casa por el fusi-
llo que guia a la cocina, a la sala y
al gabinete que antecede a la galeria.
Pasemos por alto en la sala su em-
papelado, su reloj de sobre-mesa, un
sofa de hierro, algunas sillas y unos
benas donde inexpecta y rudamente
aparecen retratados madama Olimpia
y su esposo; pero atravesemos el ga-
binete y detengámonos en la galeria,
teatro de encantadoras inventes diver-
siones, juegos y amores que vendran
despues.

Estancia la mas linda de la casa; local espacioso, donde comunmente se recibe, donde se toca y canta, donde tambien se baila, es una sala, figura irregular, al norte de la fachada del jardin; corre con ella en linea y, dando vuelta hacia el palomar, viene a enlazarse con otra galeria, por medio de un pasillo estrecho sobre la pared del corral. Ornada en sus dos ventanas de cristales con especie de armisa, o faja, de vidrios de colores, sobre los vidrios mismos, y con vidrios transparentes que se bajan cuando abiertas las ventanas, penetra demasiado calor, o viento, cuelga de su estucado techo brillante globo, tamaño de una cabeza, en el que se retratan como en espejo todos los objetos a que alcanza. Un magnifico piano de media cola ocupa el angulo izquierdo del local, segun se entra; sigue un

sofá de gutta-percha, delante del qual
están dos butacas y un velador, este con
su tapete y encima libros, periodicos
y anteojos de teatro. Hase en el opues-
to ángulo, frente al primo, el estante
para la libreria, o biblioteca musical
y, de costado en linea con la pared,
una puertecita de escape al pasillo
que comunica con la segunda gale-
ria, donde está la mesa de billar. Otro
sofá de gutta-percha ocupa el ángulo
de la derecha: Sillas de hierro, con
asiento y espaldar de alambre, ocupan
igualmente el lienzo de cristales hasta
la escalinata que dá paso a un balcon
saliente, tambien de hierro, y, fijos
en la pared, o lienzo opuesto al de
cristales, que cae sobre el jardin, son
se, por ultimo, dos candelabros gran-
des, provistos de sus correspondientes
estearicas, para alumbrar de noche.

IX.

Descrita á grandes rasgos la posesion de Halcovin y llegados á ella sus Sueños y forasteros linápedes, á quien nuestros lectores no deservocen, dos palabras acerca de los primeros y ve vemos luego como alegremente se pasa el estío allí.

El caballero Arriset, señor de unos cuarenta y siete años, delgado, no muy alto, un poco calvo ya y que gasta anteojos ha mucho tiempo; buen esposo y padre, hombre acandalado y, por tanto, independiente; de mucho tino y cálculo, pero de no muchas palabras; que todo lo reduce á números, si bien tiene satisfaccion en que amigos y personas de algun mé-

rito honran su casa, ora en la ciudad,
durante el invierno, ora en Halcwin,
durante la temporada de verano, no
por eso altera en lo mas minimo su
modo de vivir. Acuéstase generalmen-
te a las diez; mañruaga; atiende en
su escritorio a sus negocios; come a
las dos en punto; tiene por la tarde
un rato de solaz con su familia; dá
luego un paseo, si le acomoda, vá
al Circo, o se entretiene con algun ami-
go, y vuelve de noche a su escritorio,
o se está en casa con su señora y sus
hijas, oyendo tocar y cantar a estas.

Modelo de madres su esposa
Olimpia, no obstante la juventud
que brilla aún en sus vivaces ojos y
fresco hermoso rostro; amabilísima
con todo el mundo; alegre siempre y
siempre consagrada a su esposo y a sus
hijos, centros únicos de su existencia;

señora en quien, hasta una vez, no se
be uno que admirar mas, si la bondad
y dulzura de su caracter, si la natu-
ralidad y franqueza de su trato, si
su espontaneo apego a los domesticos
gozes y expansiones de familia, hor-
to desatendidas, por desgracia, en nues-
tra moderna educacion; madama Olim-
pia halló en Amelie un tipo algo pa-
recido al suyo; asi es que desde el pri-
mer dia fijaron los dos, tan bien,
que Amelie nada queria hacer
sin que la acompañase Olimpia,
ni esta sin Amelie.

Acacia y Mileta..... De es-
tas dos jóvenes, niñas aun ayer y
profesoras hoy, se primo, la prime-
ra y, en canto, la segunda, ¿qué
diremos? Graciosa y dulce, una,
como el alba que precede a un
dia de primavera; traviesa y vi-

Horacha, otra, como sol de verano que
asoma en el horizonte, víramos uni-
camente que ellas eran y son la ve-
lida de sus padres y ellas, tanto á
su vez simpatizaron con Asela,
que juntas enredaban, juntas tra-
bajaban, tocaban y cantaban, jun-
tas siempre se las veía. Erán las mi-
tológicas hermanas Euterpe, Tersicore
y Solimnia; las poéticas Náyades
de la fuente y sus alrededores; el ruan-
lléte de las Gracias en Sulevín.

Siguiendo, pues, allí su método
de vida el señor Arriset, método á que
sin la menor violencia se acomodaron los
forasteros, levantábase á las cinco de
la mañana; iba á la chova rústica; sa-
base en la vía su correspondiente baño;
volvía acto continuo á casa; tomaba
en ella, ó en el helador del empujado
de rosales su chocolate y marchaba

Inego a Pontederá, donde en su escritorio despachaba el correo y atendía á sus negocios.

El señor Finan, sin salir de Galcorin, hacia allí tambien una casa parecida. Las señoras y las jóvenes, con sus vestidos respectivos, tomaban juntas algo mas tarde sus chokolates: los niños almorzaban: aquellas, sentábanse despues á trabajar; estos, á correr y enredar, bien que Adolfo queria ya componer y componia versos. A las once Amelie tomaba en casa baños de yerbas aromáticas: las jóvenes, á la misma hora por lo regular, iban á la choza rústica; bañábanse todas, ó las que querian, en aquel sitio y á las dos, ó antes, el señor Arriset estaba de regreso en Galcorin, para comer.

Comiase en el espacioso local que

Se al jardín; tomábase despues café en la mesa de la alameda, a la sombra de los plátanos, y, ubicada entre dos de aquellos arboles una hamaca, dormia en ella la siesta, blandemente columpiado, unas veces el señor Arriset y otras el señor Finon, mientras los demás subian a sus departamentos, charlaban, leian, o se entretenian en algo util.

Pasadas las horas de reposo y siesta, salian las jóvenes a la galeria y alli estudiaban, o ensayaban alguna cosa, ya en el Harmoni-Flüte, ya en el piano. A poco, llegaban amigos de Pontesevra, empleados, particulares y señoras; unos, a visitar a madama Olimpia y su esposo; otros, a madama Amelie, a Adela y al señor Finon; otros, a ir tocar y cantar; otros, en fin, dispuestos a bailar, siempre que de esto se tratara. La reunion

entonces se hacia jeneral y entonces era cuando las jovenes verdaderamente se lucian en dificiles escogidas piezas de las operas Africana, Favorita, Bigolletto, Attila, Nabuco, Hernani, Juana d'Arco, Anna Bolena, Maria di Rohon, Norma, Lucia y otras; Acacia, de piano solo; Mileta, solo de canto, acompañada de Acacia, o de Asela, y esta de piano y canto, acompañandose a si misma, o bien acompañada de Acacia; piezas que, a veces, alternaban con canciones illas andaluzas que algunos pedian y se seaban oir a Asela.

X.

Ocho dias, lo menos, hacia ya que

esta vida se observaba en Galcorin. Las
visitas allí menudeaban; los pollos cor-
rían para allí que era un primer.
No había en Fontesedra quien no habla-
se de la joven madrileña, quien no ce-
lebrase su belleza y su preciosa voz.

Una persona, Sienemberg, pro-
tejida del señor Arriset, muy amiga de
este y de madama Olimpia; que en su
casa entraba con toda confianza; una
persona, en fin, desconocida enteramen-
te del señor Finan, Amelie y Abela,
no había estado aún aquel año en Gal-
corin; no había admirado la belleza
de la madrileña, ni oído su preciosa
voz.

Empleado en la administración
civil de la provincia, dirijíase cierta
mañana hacia la alameda y, tro-
pezando en la calle al señor Arriset,
pararon de repente ambos y dijo al

primero el ultimo:

— Mario, ¿ por donde anda él? Él
un tiempo tan aficionado a la música,
tan bailarín y tan galante con las da
mas, ¿ se hace ahora, acaso, el filósofo?

— Ya sé, amigo mio, tiene él en su
quinta una lindísima forastera que
toca y canta mucho.

— ¿ que vuelve luego a los pollos
que son a casa.

— ¿ ¿ es polla ella, señor Arriseta?

— Hoyá él y élalo

— Es que, como no soy ya pollo, qui
ra no quite de mi conversacion y si de
reir y divertirse con la de los pollos.

— Hemos, que bien josen es él. y
bien se la echa de pollo cuando quie
re. En una palabra, no comprendo
como, estando yo en Salcorín hacaya
días, ni siquiera se acordase él de ir
a visitarnos una tarde.

— En verdad que tiene & razon; pero
44. son comables en extremo y espero me
dispensarian.

— Nosotros somos los mismos siempre
y no ignora & cuanto en mi casa se le
aprecia; pero hasta Olimpia no pudo
menos de preguntar aün cüer? Por
Sunde andará ese picaron de Mario
que no tiene aqui, que hace tanto
tiempo que no se le ve el pelo?

— Olimpia tiene tambien razon. Confie
so ingenuamente que soy un descontento
y sirvase & decirle que esta tarde iré
a pedirle mil perdones.

Aquel dia por la tarde pasó Ma-
rio, con efecto, a Valcorin; halló a los se-
ñores Finam y Arriquet paseando ya en
el jardin con dos ó tres caballeros que
a saludarlos habian llegado antes; per-
maneció allí un rato entre ellos, mien-
tras Acacia, Mileta y Asela veian y

jugueteaban en uno de los balcones; subió luego a la casa y penetró en la galería, donde estaban las señoras y otros caballeros. Madame Olimpia, apenas se vio entrar, antes de que Mario la saludara y alargara la mano, dijo:

— Picaron, picaron, ¿qué se hace H., que olvidados nos tiene enteramente?

— Olvidados, señora, nunca, contestó Mario, estrechando la mano de la señora de Arriset, la de las demás señoras, incluso madama Amelie, y haciendo una inclinación de cabeza hacia los caballeros. La buena amistad jamás se olvida y menos en sitios tan felices como este.

— ¿Como entonces tan retraído de nosotros?

— Impaciencia....

— ¿Trabaja H. también por las

torres?

— Alguna vez, señora.

— Sabemos que es él muy laborioso, pero obsequioso igualmente con las jóvenes. No tiene él disculpa y, pues Arriset le riñó ya esta mañana, según me ha dicho, espero que él se enmendará.

Iba Mario a contestar, pero la entrada de otras señoras y caballeros puso fin a este pequeño diálogo, dan lugar a otros entre las señoras mismas y caballeros y haciéndose así general la conversacion hasta que empenó a oscurecer. Entonces las jóvenes se retiraron del balcón; acercóse a ellas Mario; saludó y dio la mano a las hijas del señor Arriset; saludó y dio la mano también a Asela; tomó parte en lo que hablaban; observó atentamente a la última, que no le disgustó; entró a poco a despe-

Dirse de las señoras y, despidiéndose seguidamente de las jóvenes, volvióse al Portesedra con sus amigos.

XI.

Mario contaba á la sazón treinta y seis años: criado en la ciudad de Sigo y casa del capitalista señor C... de quien se suponía hijo, pasó allí los primeros años de su infancia; hizo también allí sus primeros estudios; pasó despues á la Universidad de Santiago, donde estudió filosofía y jurisprudencia, siendo aventajado alumno de aquel establecimiento, en el cual recibió, por último, el grado de Licenciado. Amigo del señor Arrieta desde muy joven, tomóle este cierta afición y sorprendióle gene-

rosamente, sin solicitarlo él, con la cre-
dencial para un destino de importancia
y categoría en la provincia; destino
que en 1858 empezó a desempeñar y
desempeñó con general aplauso hasta
octubre de 1864, en que le dejó cesante
la situación, ó gobierno, del General
Narvaez que acababa de reemplazar
al del General O'Donnell. Vuelto este
al poder en junio de 1865, hizo el se-
ñor Arrieta que Mario volviese tam-
bien a su destino; pero, caida se-
gunda vez la situación O'Donnell
y reemplazada sucesivamente en ju-
lio de 1866 por los señores General
Narvaez y General Bravo, no ex-
peró Mario a que le separaran, re-
nunció él mismo inmediatamente y,
no admitida su renuncia hasta fi-
nes de agosto del propio año, se abrió
que continuase en su puesto y es-

tuviese aún en Pontevedra, á tiempo que el señor Finan, su esposa y Asela se hallaban en Galcerin.

La joven madrileña gustara á Mario, como dijimos; su rostro lindísimo y el delicado cuento de sus ojos habiéndole despertado en él emociones tiernas. Necesitaba, por una parte, le gustara más, si volvía á verla, y sentíase, por otra, inclinado á pensar todas las tardes algunos ratos en Galcerin; pues, siendo pocos ya los días que habría de permanecer en Pontevedra, sabría hacerse y hacer vijiese la cabeza. Luchó con estas ideas la noche de su primera ida á Galcerin; hizo se la voluntad de no volver allí durante tres ó cuatro días y, aunque los primores y bellísimas cualidades de la joven llegaban á sus oídos, la cabeza iba vijiendo y poco, ó nada sufría el

coracion.

Celebrábase entonces el heroico hecho de armas contra los chilenos en las aguas del Callao por nuestra escuadra del Pacifico, á las órdenes del Brigadier, hoy General ilustre, señor Mendonza, gloria y honor de Galicia, sobre todo de Lantegedra, suelo que se vio nacer y en cuya ciudad visitan su señoría madre y hermanas; hecho memorable, página brillante en los fastos de nuestra moderna historia que trasmittirá á las futuras generaciones el valor y bizarría de nuestra marina, á la vez que los nombres de los gefes de aquella escuadra.

Habia fiestas y bailes, de consiguiente, en todas, ó casi todas, las capitales y ciudades más importantes de España. Lantegedra no podía quedar atrás y en ella hubo

tres noches de iluminacion jeneral, tres
noches de musica y voladores al pie
de la casa misma de la madre del
señor Mendon Nuñez y dióse á po-
cos dias un baile en obsequio á aquel;
baile concurrendisimo, á que asistió Ma-
rio, y no con pretensiones de bailar,
ni por simple curiosidad, solo si por
la persona á quien se obsequiaba en
él y cuya familia estaba allí. Así
fue que, no pudiendo, como no se
podía andar por el salon, contentóse
cual otros muchos, con echar una ojea-
da á las bellas desde la puerta, oír
la musica y pasear por los corrodo-
res con tres ó cuatro amigos hasta
que, retirada alguna jente, pudo
ya entrar y ser á madamas Olim-
pia y Amelie, á Adela y á las Soshi-
jas de madama Olimpia. Saludó á
las primeras en sus asientos; tuvo con

ellas un rato allí de conversacion y luego en uno de los intermedios del baile, á tiempo que las segundas paseaban por el local, dijo iba á hablarlas, á pasear tambien y marchó.

Mileta y Acacia llegaban á Asela en medio y, al tropezar con las Morrio de frente cuando volvian, detúvose á saludarlas; mas, apenas se detuvo Morrio, fué Asela quien primero habló e hizo así, con extrema mucha gracia:

— Dices que es 4. muy bailarín y noto que nada ha bailado 4. Deseo que no esté aquí la reina de sus amores.

— En verdad que no la hemos visto, cuandoieron al punto Mileta y Acacia.

— ¿Esa reina, quien es, hermosos solos?, preguntó Morrio.

— Demasiado lo sabe 4., ó ¿quie

re le regalemos el oído?

— En estos pequeños pueblos de provincia, señorita, respondió Mario, dirigiéndose a Asela, basta que un hombre hable ó baile dos veces seguidas con una joven porra que al momento la envuelquen maravillas. Por lo demás, la afición al baile desaparece, como se desaparecen todas las cosas, y la reina de mis amoras será la cama, dentro de algunos instantes.

— ¿Tan somoliento se siente él? se pusieron Mileta y Acacia.

— No es que me siente el sueño: es que veo en el salón muchas reinas y créeme ya un poco gallo en medio de tanto gallo como anda aquí.

— Será que no quiere él bailar, se puso a su vez Asela.

— ¿Bailaría él conmigo?

— Con mucho gusto.

— ¿Sin que se ofendiese nadie?

— Nadie.

— Pues yo sé que en Gallorin pidiéron a' él azer todos, ó la mayor parte de los bailes de esta noche.

— Verdad que sí; pero, de que se pidieron todos, no debe él inferir que todos se ofrecieron. Es, repito, que no quiere él bailar.

Deportiendo así y bando algunas 4neltas por el salón, Mario sentíase ya casi animado a' bailar con Asé la la primera cosa que anunciáron cuando, acercándose de repente el señor Finan, dijo a' las jóvenes:

— Niñas, las mamá's quieren marchar; pasó la media hora de próroga y no hay remedio sino salir.

La noticia no gustó demasiado a' Mario; acercóse él entonces a' las señoras, por si conseguía próroga de

otra media hora; mas no hubo lugar:
el señor Ariset quedara solo en Gal-
corin y Mario, despidiendose de las
mamas y las otras, permaneció todavía
en el salon, aunque sin bai-
lar, ni tardar mucho en retirarse.
El dia siguiente no hubo ya raxon
bastante que impidiese a Mario
presentarse en Galcorin a las seis de
la tarde.

Los señores Timon y Ariset
habian salido; mademas Amelie y
Olimpia ensayaban en el gabinete que
precede a la galeria una maquina de
coser recién llegada; Asela, allí tam-
bien, hilaba sobre un telador
piezas de encarnado vestido para
Amelie; Mileta y Acacia repasa-
ban no sabemos que cosas al pia-
no. Asela, lindisima entonces a
los ojos de Mario como en ninguna

De las anteriores ocasiones, vestía sencillo traje de escocesa a rayas blancas, formando cuadros con otras verdes mas estrechas; ostentaba pendientes elegantísimos de oro con esmaltes y en sus cabellos, graviosamente peinados, una fresca rosa de cien hojas.

Moriv saludó placenteramente a las señoras; dirigió a Asela algunas galantes frases y, sentándose en especie de sofa junto a la máquina de coser, encendió un tabaco y, hablando como en familia con cigarellas, hablaba igualmente con Asela y mirábala, lleno de intencion, de cuando en cuando.

Próximo a ponerse el sol, hora de suspender la labor; no habiendo quien les de visita, cansadas sin duda, ó trasnochadas, con motivo del baile en obsequio al señor Mendez Niñez y, compren-

Siendo Amelie seria bien ser un paseo
por la huerta, indicó la idea, aceptada
al momento por Olimpia. Llamose á Mi-
leta y á Acacia y todas en compañía so-
lo de Mario, este y Asela delante; lue-
go aquellas y detras Amelie y Olimpia,
bajaron al jardin y, por la glorietta
y calle de naranjos, siguieron hasta
la chusa rustica, Mario contentisimo
y hablando siempre con Asela que mas
y mas le interesaba. Llegados allí, die-
ron vuelta y pararonse en la calle de
limoneros que traian dos personas, á
quienes Miletta y Acacia quisieron asu-
mar en la de almendros. Eran un
médico y un empleado en la gefatu-
ra de caminos, ú obras públicas. El
primero venia á informarse de como
sentaban á Amelie sus baños de yer-
bas aromáticas y el segundo, Tertulio
fijo en casa del señor Arriquet, á pa

ser el rato. Poetas ambos, cundió Adolfo,
que llegaba de corretear con los niños
del Señor Arriest, y les enseñó unos ver-
sos, empezados, dijo, aquella tarde mis-
ma; versos en que había travesura,
resgos de talento y que celebraron
allí los dos poetas, alentando al prin-
cipiante.

Morclados ya en confusión ca-
balleros y señoras, fueron así hasta la
casa, donde con los señores Finan y
Arriest había también jente de Pon-
tedra. Encendíerose al punto las
esterciricas de los candelabros; tocó Aca-
cia una hermosa pieza; cantó Mile-
ta otra y Asela luego una canción
que Mario escuchó con asidén, no tan-
to por el mérito de la letra y música,
cuanto por el estilo y excelente son de
la profesora. Acercóse al piano y expre-
saba a la joven su complacencia en vir-

la, cuando, acercándose igualmente An-
lie y Olímpia, dijeron:

— A bailar, a bailar alguna cosa.

— Pues a bailar, contestó Asela; yo to-
caré.

— No; si bailara, repuso madama
Olímpia.

Y Mario dirigió entonces a Asela
una mirada significativa.

— Acacia será quien toque, prosiguió
Olímpia.

Y la que nunca se resistía, la siem-
pre dócil Acacia, apenas oyó las pala-
bras de su mamá, dejó su asiento y,
ocupando el lugar de Asela, empezó
a tocar una danza. Mario entonces
dio allí el brazo a Asela y esperó en
el centro de la galería a que las demás
parejas se remitiesen. Principió el baile
luego y pueden imaginarse ya nuestros
lectores que de cosas hermosas debería

al lado de su lindísima pareja en aquel
baile íntimo; pareja á cuyo lado se sen-
tó Despres y con la cual estuvo en un in-
terrupta conversacion hasta los diez,
hora en que generalmente se desha-
cia la reunion y cada cual se retiraba.

XIII.

Mario estudiaba á Asela y la esta-
diaba con libertad aun se corazon en
su creencia, fundada, como indicamos,
en que, por muchas cosas que la dije-
ra, no pasarían de simples galanteos,
puesto que, dentro de pocos dias, uno
y otra dejarían á Fontesedra y toma-
rían rumbos diferentes; galanteos que,
cuando mas, serían lugar á una amis-
tad dulce y hasta pasajera, á una

relacion de baños, segun se dice. Pero lo cierto es que, desde la noche de la San-
na, Asela no fue ya un objeto indife-
rente para Mario; fijo se tenia en
su imaginacion a todas horas y, por
mas que consigo mismo luchaba, todos
los dias desde entonces, al llegar las
seis de la tarde, una fuerza oculta,
una fuerza superior de atraccion se
contrastaba hacia Halerrin.

Asela no era una mujer coque-
ta, significara alguna vez riere y baila-
se con los pollos; habia en ella mucho
juicio, talento claro, penetracion viva
y naturalidad encantadora: era una
verdadera señorita; cada dia intere-
saba mas a Mario y este mas halla-
ba en ella que admirar, sobre todo
desde que Olimpia, Amelie y el señor
Finon, con quienes hablaba, a veces,
de Asela, le dieron por menores, a su

vidas referentes, a' su bellisimo caracter,
su desinterés, su gran fe' en la Provi-
dencia y otras circunstancias, sabidas ya
de nuestros lectores y que, por lo mismo,
no necesitamos repetir aqui. Pero el amor
no admite juegos. Amelie y Olimpia nota-
ban la inclinacion de Mario hacia Asela,
su predileccion a' esta entre las jóvenes to-
das que a' Halwin pertenian y, lejos de re-
traerse, miraban con cierta especie de
complacencia aquella inclinacion; com-
placencia que mas y mas aumentaba
a' Mario hacia la jóven.

Corria a' la sazón el mes de ago-
sto; Pontevedra iba a' celebrar una de
sus mas notables fiestas religiosas, la
de Nuestra Señora del Refugio, ó Pe-
grina, que cayó aquel año en el dia
doce; el once por la noche se quema-
ban en la plaza de la Herreria, jun-
to al parterre del palacio provincial,

una hermosa fachada y diferentes arboles de
juegos de colores, en medio de multitud de
cohetes que alternaban con danzas y cirios
nacionales tocados por la banda de musi-
cos del hospicio. Sabedor Mario se quedó
los huéspedes de Galvín vivían a 4 pesos
desde el gran balcón de la casa del pa-
pá de Olimpia, pisose de acuerdo en
disipadamente con esta, a fin de 4 pe-
sos también el desde allí. Niños, con
efecto; habló allí a Asela y luego acom-
pañó a todos hasta la Barca

La tarde del siguiente día,
después de la procesion, a que asistió
y en la cual llevaba el gobernador el co-
mandante, paseó con ella y con Aca-
cia en la alameda; habló de noche
en el teatro; fue seguidamente con
ella y la familia Arrieta finem hasta
Galvín y solo, a la luna de veintidós
luna, volvióse a Pontecorva, hora en

que los señores contaban ya las doce.

XIII.

Mario, sin excusarlo, comaba entonces a' Asela; en vano trataba de convencer de lo contrario a' encantos se lo decian y en estas cosas suelen no equivocarse, pero mas claro que la persona misma ena morada e', interpuesto Mario, los polleros no figuraban. Asela, si no apa siervada de Mario, cual de ella lo estaba él, gustaba de su conversacion, con nadie apenas bailaba sino con él y notabase cierta especie de complacencia en su semblante cuando a' las seis de la tarde diariamente llegaba Mario a' Galvarin. Por manera que podria mos asegurar que a'quel momento

era de entrambos Seseado y Mario quien
no se hacia esperar. Una tarde, sinem-
bargo, entrando él a esta hora misma en
Halcorin, halló que todos estaban para
salir e iban de paseo a cierta romería
propina; pues Seseaba Amelie ver la
gaita y ser bailar la muñeira del
país. Alegróse Mario de haber llega-
do antes que salieron; salió también
con ellos; tomó la inquietud de Asela,
que era quien rompía la marcha,
y dijola al instante:

—, Cuán oportunamente he llegado, ami-
ga mía!

— ¿i eso?

— Sí, porque, a no ser exactísimo, como
soy, de seguro no tendría la dicha que
tengo de acompañar a él.

— Viviendo ya un poquito más tem-
prano, siempre nos hallará él en casa.

Asela llevaba en la mano una

grande y fresca rosa de cien hojas, símbolo de la belleza. La tarde anterior había perdido Mario una de las que prendidas traía en sus cabellos y se la negó, diciendo: "Mamáme daré a' él una mejor que estas." Al ver que iba con ella jugando, Mario no pudo menos de preguntarla:

— ¿Será esa, amiga mía, la rosa ofrecida ayer?

— Fue ver que sí.

— ¿Y me la darás él?

— Después.

Mario sacó entonces un elegante cucuruchito de finos Sultes y lo entregó a' Asela.

Algunos de los romerías y poco satisfecha Amelia de la gaita, así como de la minuciosa de los campesinos del país, dijo que aquella no era la música de los señores, la que buscaba

ser bailar. Informada, sin duda, en el camino por Olimpia de que Mario podría complacerla, acaso, acercóse en la galería á este y díjole con graciosa familiaridad:

— Mr. Mario, yo quisiera ser bailar á él. La muñerita que él baila. ¿Puede él hacerme el favor de bailar una muñerita?

— Con todo gusto, señora; pero la sé muy mal y hay aquí jóvenes que la bailan mejor que yo.

Todos se excusaban y nadie quería ser el primero á exhibirse. Así habló entonces al vido á Olimpia; Amelie volvió á decir:

— Mr. Mario, la muñerita.

Y Olimpia, inclinándose hácia Mario, sentado en la escalinata de la galería, díjole, á su vez, en voz baja:

— Hemos; no sé á él. Remolón, que se lo pide también Abela.

— Bailaré, señoras; pero voy á se—

jar en ridiculo a mi pareja.

Y Mario salio a bailar la muiñeira con la señorita C... que le señalaron, obteniendo ambos, al terminar, muchos aplausos y prometiendo Amelie saber bailarla para la siguiente noche.

Hubo un instante de reposo; tocó Acacia luego una Sinfonía piéza del Barbero de Sevilla; canto Mileta otra y, vuelta al piano Acacia, tocó una expresiva Sonata que bailó Mario con Asela. Dadas las diez y, despedidas esta de las señoras que se retiraban, sentóse en la esquina del sofá de la derecha, junto a la puerta de entrada a la galería. Dejaba ver modestamente en la mano la fresca rosa de la tarde; alargóla con disimulo a Mario y este, con disimulo igual, la cogió y guardó al punto en el bolsillo interior de su levita que caía sobre el corazon.

Así, poco mas ó menos, se desliza
con algunas otras noches en Galvatin; mu-
chas en que Amelia, Adela y hasta el
señor Finam bailaban sus muñeiras; no-
ches todas llenas de encantadora delicia
por la María y que por alto pasaríamos,
a fin de no molestar a nuestros lectores:
mas, empero, no debemos dejar pasar
desapercibida, y en silencio.

Era una noche deliciosa; las ven-
tanas del lienzo de galería que cae al
jardin estaban abiertas todas y envolta-
dos los transparentes; la luna rielaba su-
bre los plátanos y catalpas; contaban
las ruiseñores en la enramada, en el
vecino monte las abejas y, en el jar-
din, el continuo susurrar del agua de
los surtidores perdíase entre las flore-
cillas, que el ambiente embalsamaban,
adormidas sus corolas al son monótono
de su arrullo. Hería las teclas del

piano Acacia y, en pie a su lado Asela, empeñó a cantar el Aria di Roberto. Todos con silenciosa atencion escuchaban y Merisio, sin perder una sola palabra, una sola nota de las que iba cantando Asela, subrayabase, digamoslo asi en ellas; dejaba que el corazon le ahogaran y se irritaran, que su cabeza enloqueciesen y, fijos los ojos en su amada, extático contemplandola, fallecia casi y suspiraba en su interior al precioso acento de su voz, sin saber que admirar mas, si la dulzura y extension de esta, si el estilo, si la maestría y delicadeza con que interpretaba el pensamiento del compositor. Enamorado del todo ya, esperaba solo a que terminase para freneticamente aplaudirla, como asi lo hizo, entre los palmoteos mercedisimos que la dedicaron, al concluir el Aria.

Hablando luego con ella a' solas en
una de las abiertas ventanas y poseído aún
de la emoción del canto, dijo, en un al
yema tímida,

— Llena de mis ojos, hechizo del al-
ma mía, ¿cómo sin tu amor vivir!
¿Cómo ya, vida de mi vida, encanto
de mis ensueños, sombra adorada que
por doquiera conmigo sea! ¿Cómo
sin tu amor vivir...!

Asela bajó los ojos: tendieron los
a' poco ambos sobre el jardín y dijo
Asela:

— Heo, Mario que es 4. impaciente
y muy ansioso.

— ¿Porqué, Asela mía?

— Porque no es lo común en 4. ena-
morarse así de pronto, como enamorado
parece que está 4.

— Enamoradoísimo, Asela.

— Mi tipo no es el de las mujeres

que a él gustan; yo tengo muy mal
genio.

— Mi tipo es la mujer que llene los
espacios todos de mi existencia y esos espa-
cios créalo que los llena Asela.

Dirijieronse otras muchas tier-
nas frases que solo la noche oyó; con-
veniose Asela de que verdaderamente
la amaba Mario y dijo despues a este:

— No clememos entre los demas, no
nos censuren, apercibiendose de que
hablamos aqui a solas.

Y Asela y Mario corrieron há-
cia el piano, sentada al cual per-
manecia aún Acacia. Asela sepa-
ró entonces el capullo abierto de una
rosa de Alejandria que llevaba en
su cabera e hizo con él como que
escribia sobre el tapete.

— ¿Holgaria merecer ese capullo,
dijela Mario, a media voz.

— ¿Por qué quien, sino, lo acabo de cu-
jer² de mi cabera?

Y, dejándolo encima del tapete,
corrió a sentarse al lado de Amelia,
mientras Mario se lo apropiaba.

XIV

Las horas de felicidad huyen de
masiado aprisa. El día de separación se
iba acercando, pues Mario sabía y de-
bía saber que la admisión de su re-
nuncia estaba, como si dijéramos, al
despacho. Cesante acababa de que-
rar el señor Pinan y cesantes que
varían todos los que a Unión Libe-
ral olieran. Embriagado, no obstan-
te, en su ardiente amor, pensaba
solo en Asela y en que haría de

si luego que esta se ausentara.

El Dieciseis de agosto era la función del San Progne en Ligo, función que los ligueses solemnizan anualmente desde muy remotos tiempos, á que concurren, no solo los naturales comarcanos, sino hasta familias enteras de Pontevredra y otras partes. Mario tenía allí las personas que le habían criado y educado, que como á hijo le querian y nada mas natural que verlas con tal motivo.

Trabajaba á la sazón en aquella ciudad una compañía lírica regular y habiendo el señor Arriset ofrecido á sus hijas Mileta y Acacia llevarlas á ver si quiera no fuese mas que una ópera, madama Amelie y el señor Finan, de seros de visitar á Ligo, aprovecharon tambien la coyuntura del San Progne, pidieron al señor Arriset y á madama Olimpia les dejaron ir con

ellos y un Asela. Firónselas desde fue-
go a Amelie y todos, juntamente con
Adolfo y los hijos del señor Arriset Pachin
y Pepe, salieron el mismo Dieciseis de ma-
drugada en coche particular con direcccion
a Higo; pero, al amanecer y en otro co-
che de la empresa Union, habia salí-
do Mario y, llegando a Higo casi a un
tiempo los dos coches, halló en el Are-
nal lo que esperaba hallar; halló a Ase-
la que en la víspera medio le indicaría
aquél viaje. Acompañó a unas y otros
a ciertos sitios quisieron ser; comió con
ellos en la fonda; estuvo de noche con
ellos en el teatro, donde se representó
Lucia y desde el teatro los acompañó
también a la casa en que, fuera de
puertas, paraba el carruaje que vol-
vian a ocupar, para no perder el res-
to de la noche y estar en Halcwin antes
de que picara el sol.

Colocados ya en el coche grandes
y pequeños, despidiéndose allí de todos y
de Asela hasta la tarde del Dieciocho;
pues Maria se quedaba en Ligo aquella
noche. Mas, cuando a la ciudad tor-
naba en unirse de los amigos, que fue-
ron a despedir las hijas del señor Arri-
set, un grito agudo hirió de repente
sus oídos. Levóse al pronto, por si se
repetía, o era ilusión suya; mas, re-
flexionando luego si algo habría ocur-
rido a las señoras, echó a correr, se
quido de los dos amigos, halló a corto
trazo parado el coche y supo, no sin
pesar, que Amelia fuera quien
realmente gritara, siendo que Ase-
la se hería un dedo, al querer ba-
jar uno de los cristales del carruaje.
Habló entonces Maria a la misma
Asela con todo el interés que es de
inferir y, observando a la luz de un

José pero caía sangre, sacó inmediatamente el pañuelo blanco de su bolsillo y dijo a Asela lo vió al dedo. Aceptó el pañuelo Asela, hizo lo que Mario la aconsejaba y pudo nuevamente extrinsecar el cache, volviendo Mario y sus amigos hacia la ciudad y dejando a aquel a estos junto a la puerta de Jambúa. Ellos iban todavía al baile que se daba en uno de los centros de recreo de la población. Mario no estaba entonces para bailes, ya porque sus llamados padres no dijeron que ni con él a cenar los acompañaba, ya porque Asela no asistía, ya por de ser acostumbrarse luego y tener que madrugar, a fin de que todos se hallasen en su despacho a la hora de oficinas. Mario, pues, se fue a casa.

¿Porqué se despidió de Asela hasta la tarde del día siguiente, por

guntaban nuestros lectores, siendo así que la
manera del Diecisiete pensaba hallarse
ya en Pontederá?

Asela manifestara en el teatro
que, tendidísima de sueño, cual estaba,
capaz sería de dormir un día entero en
Halwin, si la dejaban. Grosería, pues,
e imprudencia cometería Mario, si
fuere a presentarse allí el Diecisiete.
Esto, no obstante, anhelo por saber
como se su sedo continuaba, salió ese
día mismo, cerca ya de anochecer, há-
cia la Barca. Dio, al otro lado de la vía,
sentadas en la escalinata de aquel mue-
lle a Amelie y a Asela, embarcó al
punto y corrió a saludarlas y sentarse
junto a ellas. Amelie apareció lista,
jovialísima y expansiva como siem-
pre: Asela, sin flor alguna en los
cabellos, con vestido sencillísimo, sobre
el una chaqueta de lamilla encarna.

sa a' rayas negras y en las manos espe-
cie de pantofoleta, estambre encarnado y
blanco, hecha a' la aguja, para abri-
gar de noche la cabeza; Arela, triste,
pero bien, o' casi bien ya de su herida,
a' la cual habia aplicado árnica y liga-
ba a' la saxon simple galoncillo ne-
gro. Estabanse en grata conversacion
alli los tres; mas, desembarcando a' poco
tambien Olimpia, a' quien, sin duda,
esperaban Amelie y Arela, pues enfer-
mado habia un tio suyo en Pontevedra,
venia de junto a' él y no se vieron
desde la mañana del dieziseis, deja-
ron la escalinata y fueron hacia aque-
lla. Abrazaruse las señoras, Mario sa-
ludo' afectuosamente a' Olimpia y,
dirigiendose todos a' Galwin, los jóve-
nes iban delante, Amelie y la seño-
ra de Arriest detrás y entonces dijo
a' Arela Mario.

— Fieste se me figuró que estaba él en el muelle y, pues vamos ahora solos, ¿tiene él, amor mio, alguna pena?

— Ciel, Mario, que ya me vendría él estar torpe y la culpa la tuve yo.

— Era esa, hija de mi amor, la causa de la tristeza de él? ¿Sentía él faltarse yo hoy de Galvín?

— Sí, Mario. Como ya un poco a él. Imaginaria él, acaso, en su delicada susceptibilidad que lo inadecuadamente dicho por mí en éligo era por no verte y yo con franqueza confieso ahora a él que de cuantos jóvenes entran en Galvín es él el único a quien veo con gusto: indiferentes me son todos los demás y sentiría ya; sentiría, Mario, que él no viniera hoy.

— Pocas serían ya, Asela, Aseli

na. ¡El alma mía, las tardes que podemos
4. eras.

— ¿i eso? ¿se marcha 4?

Los dos marchamos y ambos en
opuestos rumbos. 4. a principios del en-
trante mes, según oigo con pesar al se-
ñor Finan; yo antes, algunos días antes,
y mes, admitida que sea mi renuncia,
de Pontevedra tendré que separarme
al punto, careciendo ya de ocupación,
nada bastaría a justificar mi perma-
nencia allí.

— ¿Nada, Mario?

— Solo una razón, poderosísima pa-
ra mí, ignorada de los demás y, que
no la ignoran, debilitada a sus ojos
desapasionados.

— ¿4. se 4., acaso, de los demás?

Madrid no está tan lejos y, carecien-
do 4. de ocupación.....

— Yo, Asela, no tengo hoy por hoy

mas libertad que la absoluta de mi cora-
zon

— ¿, que bella es, Maria, esa liber-
tad.....!

— Bellisima, cuando al corazon que
libre ama, libremente corresponde el
amado corazon.

— Cierto, cierto.

— Sea 4, pues, Anela, si es 4, o soy
yo quien triste debe estar hoy; pero
yo no quiero, no puedo entristecer-
me con, yendo, como hoy, al lado de
mi amor. Dia llegara en que el pe-
sar me abata, dia en que buscare a
4. por todas partes, sin hallarla, ni
oir su voz: pedire inutilmente consue-
lo a los cipreses de los 4altes, a los bosques
y objetos todos que la vista alcance y
fuerza es acopiar alguno en estas po-
cas tardes y noches que nos restan,
para ese dia de lagrimas y suspiros,

Se amargura y luto en mi corazón.

Y, diciendo esto, subian Amelia y Mario la escalera última de la quinta de Galvín, en cuya galería entraron, seguidos de Amelie y Olimpia, a quien sus hijas besaron en el rostro, despues de haber dado la mano a Mario.

Nada se tuvo, contó, ni contó aquella noche; no había gente de afuera apenas; imo, si, un rato de conversacion general, llegados que fueron se pasó los señores Finan y Arriset. Echábase de ver la necesidad del mono en la mayoría de los circunstantes y Mario se retiró antes de las diez.

XV.

Agotados casi los repertorios mu

sicales de Acacia y de Mileta; las noches
mas largas ya y, deserta Amelia de Sar
algunas pasadas por el campo, diólos, con
efecto, todas las siguientes tardes, en com
pañia de su esposo, del señor Arrieta y
sus dos hijas, de Asela y de Mario,
aunque no de madama Olimpia, por
no dejar esta la casa sola y, a veces ade
mas, por los cuidados que reclamaba
su angelical niña de pecho Marieta.

Lo que Asela y Mario se di
rían en aquellas tardes fácil es de supo
ner. y desde luego permitimos que nues
tros lectores lo supongan, no menos que
en la galeria de Galerin, por las no
ches, consagradas entonces a diferentes
juegos de prendas, en los que, como
en todas cosas, lucia Asela su ta
lento y gran disposicion; pero lo que
precisarnos sepan y les diremos es que
el veintisiete comunicó a Mario el

Gobernador de Pontvedra la admision
de su renuncia; que, en su virtud, em-
pezó el veintiocho sus visitas de despa-
sida y que el onatro de setiembre fue,
cual todas las anteriores tardes, a' Gal-
cosin, deteniendose alli hasta las once
de la noche.

Mario, a' la sazón, estaba tris-
te y pensativo, siquiera le animase
un poco la esperanza de volver a ver
y hablar a' Asela a' su paso por San-
tiago. Asela lo amaba, leia en el co-
razón de Mario; pero, como toda mu-
jer joven que tiene conciencia de sí
misma, que sabe dominarse y sacar
partido de lo mas insignificante, se
contribuye a' ocultar lo que no quie-
re que se descubra; cogia dulces y
caramelas pasas del bolsillo de su vesti-
do y las tiraba de cuando en cuando
a' Mileta y a' Acacia y despues a'

Mario, dirigiendole al propio tiempo mirada expresiva y languida. Hacía sombreritos de papel; poníalos en la cabeza y saludaba con ellos a Annelis y a Olimpia que se reían y celebraban su buen humor. Hizo seguidamente una especie de conterista; colocó dentro una yerbecilla, cuyo nombre no recordamos, solo sí que mucho gustaba a Asela, y con disimulo la entregó a Mario, quien, teniendo en la mano un corte raso, llevóla luego a sus labios, sin que nadie más que Asela se aperciese de ello, y la guardó, por fin, en el bolsillo mismo donde noches antes había guardado la rosa de cien hojas.

Así empezó la noche; mas, concurriendo a poca jente, tratóse de tocar y contar alguna cosa. 70-

o, pues, Acacia una larga pieza de
fielísima; contó Mileta otra, acomu-
sada a su caracter y diapason; piezas
ambas muy aplandidas. Faltaba Ase-
la: condujola Mario al piano y, árne-
gos suyos, repitió la preciosa Aria
de Roberto; pero con una entonación
tal y poseimiento de lo que cantaba,
que Mario creyó desfallacer. Volvióla
el mismo luego a su asiento: contó otra
vez Mileta y cerró el canto de aque-
lla noche un hermoso Duo que can-
taron Asela y Mr. Craese; terminan-
do todo con una danza de muchas
parejas, en la cual bailaban por últi-
ma vez y tiernamente hasta San-
tiago se despedían Asela y Mario.

Y, mientras este, despedido luego
de los moradores todos de Galvini, corrió
a Pontesedra, arregla su equipaje,
toma chocolate y marcha; mientras

Así se frecuenta algunos dias mas los sitios que en aquella quinta embelleció y de esos sitios mismos se despidió, sin dudas para siempre, el nombre nuestro al baron de Isovár y a Sidrin, de quienes, tal vez, se habríamos olvidado ya nuestros lectores.

XVI

El baron de Isovár, que, como en otro lugar dijimos, no podía resistir en Madrid los calores del estío, fuese también a Biarritz en el de 1866, acompañado de Sidrin, cuya opinion, en fuerza de sus muchos años de servicios, de su lealtad y buen caracter, no dejaba de consultar, á veces, y el mal,

lo mismo que en Madrid, oía allí Misa tempranito todos los días; volvía a de sayunarse y corría luego a hacer en la plaza la compra de provisiones que se entregaba despues a la cocinera.

Viendo una moñona por cierta calle con su ceston al brazo; tropieza una vieja que en su aspecto y traje revelaba algo de educacion y señorío, pero que entonces anunciaba solo mendicidad y sufrimientos. Acercósele y, con voz apagada y triste, dijo, enseñandole un objeto que sacó del pecho,

— Buen negro, el hambre es apremiante, la miseria obliga a todo y, si tu señor, o tu señora, quisiera comprarme esta alhaja, tendríamos mi hija y yo para comer algunos días.

Y puso en su mano el objeto que le enseñaba. Era el retrato de un hombre en un pequeño medallon de

oro. Fijó sus ojos el negro en él y, con
templándole, no sin sorpresa, un ra-
to, pues era el de su mismo amo, com-
prendió al punto debía tener su his-
toria y convenia adquirirle á toda
costa, si quiera no fuese mas que por
honor del señor baron. Repuesto ya
un tanto de su sorpresa, contestó á
la anciana:

— Mi señó viejo ser ya pa eto: mi
señó siempre solté y yo así no te-
ner ama.

— Compralo tú, buen hombre; com-
prámelo en lo que puedas y harás
una gran limosna.

— ¡Dobe mujer! ¿Yo, viejecito como
vos? ¿y pagaré? Además, yo no
ser ná; yo sevidó no má de mi
señó; yo no tener enatos pa tan-
to; y eto á mi ¿de que servir?

— Obsérvese que es un medallón

de oro.

— Ya ver. ¿Te qué pedir?

— Díez dineros y es de balde.

— Si vos eperar aqui, yo llevar eto a' mi señó. Mi señó mucho compardier a' pobres y, si yo ir con eto a' él, qui za, sin querer retato, querer dar dinero a' vos.

— He', pues, junto a' tu señó con él: pintale, buen hombre, mi situación y vuelve pronto, que te aguardo aqui.

— Ma' vos quedar, en tanto, sin al bajar y vos no conocer a' mi.

— No puedo de ti andar: tu metispiras confianzas; vete y vuelve pronto, buen hombre, que tenemos hambre, mucha hambre.

— Yo dejar mi caton a' vos y vos aqui eperar en tanto.

— Bien, bien, mas no tardes, ser-

42
vidor honrado, no tardes

Sivrin echó a andar bastante á prisa; fuere á que un platero le dijera el valor en ley del medallón; el artista pesóle y dijo que cuarenta escudos, atendiéndose el peso de su oro; dió gracias Sivrin al platero, que nada quiso cobrarle, y corrió á la casa, en que su amo y él pasaban; entró en su cuartito; abrió el baúl; sacó los cuarenta escudos de su bolsillo de ahorros; escondió dentro de aquel el medallón; cerróle luego con mucho tino y volvió seguidamente al lado de la mujer que, sentada y medio oculta dentro del portal de una casa, se le volvió y salió á la calle apenas vió al negro que asomaba.

— ¿bien, dijo, al verte junto á sí, ¿traces alguna cosa, algún dinero para pan?

— Ma' que vos pedir.

— Mas!; Oh, gran Dios! Entences no me le des aqui, que nos serian. Compramos los dos pan y alguna friolera para mi hija y para mi. Sen, buen hombre; haz el favor de venir conmigo; yo llevaré el ceston; echaremos en él mis compras; Descansaras un rato en mi chova y alli me entregaras lo que tu servir te dio, despues de deducir lo que empleemos. Pero; cuanto, cuanto es lo que me traes?

— Die' Suos, no; cuarenta escudos, si.

—; Seinte Suos!

— Ma' medallon quedar allá.

— ¿Que' nos importa ya hoy el medallon, si deja con que comprar pan para vivir un mes?

Y la anciana mujer y el negro con su ceston echaron por la calle abajo; compraron dos yemecillos,

algunas patatas, cebollas y otros arti-
culos pequeños, que importaron en
junto cuatro r.^s, depositando todo en
el ceston: atravesaron luego otra ca-
lle mas estrecha y, llegando, por ul-
timo, a un callejon de humildes ca-
sas, entraron en una donde lo que
en primer termino se destacaba era
el cuerpo traspillado de una mujer,
sentada encima de una estera y cu-
yo semblante cadaverico parece seja
ba entreser con restos de belleza
que la miseria y las angustias deso-
raban. La americana y el negro sen-
taronse tambien sobre la estera y,
haciendo un pequeño espacio entre los
dos, sacó el ultimo en un bolsillo de
bilo el importe del medallon, todo
en pesos fuertes de a veinte que
sejo caer de un golpe ante los ojos
asidos de la mujer. Fue lo cuentan

So esta uno a' uno; besábalos enternecidas y de día, de tiempo en tiempo, a' su hija:

— Hija mía; pora pora! Este hombre ha sido nuestra Providencia hoy. Sea Dios bendito, hija mía.

Luego que concluyó su cuenta, dijo al negro.

— Sobran aquí cuatro r.^o que te debo de mis compras. No tengo cambio; pero la vecina de ahí al lado si tendrá.

— No saber ná; ser cosa poca que yo a' vos ambas quere ser. So libre y algo ganar.

— Tu llénas hoy nuestra choxa de alegría. Bien haya quien te hizo libre! Quiera Dios que nunca te falte unno.

— Mi señó ser mucho bueno y, pué aquí yo estar, tiempo de comprar te.

ner: yo desear vir a' vos historia de me
Dallin.

La hija lanzó un suspiro y
dejó caer sobre el pecho la cabeza.

— Es una historia triste para
nosotras, respondió la vieja. Ahínde,
pues, ya, buen hombre, que soy
a' contar'tela en sus palabras, siquie
ra no sea mas que por tanto favor
como vos has dispensado hoy. Pero
mi hija se muere de debilidad y yo
desde ayer menema no he probado
pan.

y fuere entonces al cester, sa
ció en un extremo de la estera las
compras todas que habia hecho;
cujó un pomeillo y, partiendole en
dos mitades, de las que entregó una
a' su hija, quedandose ella con la
otra, empezó así, mordiéndole en el
pan a' ratos:

— Fija yo de un hidalgo de provincia
y casada há muchos años con un hombre,
tambien hidalgo, vendimos las legitimas
heredadas de nuestros padres y nos mar-
chamos á Madrid. Compramos allí una
regular casita y con lo que nos rentaba
y mi padre (y. e. en g.) venia como abo-
gado, viviamos holgadamente, ahorran-
do aun casi todos los años alguna cosa.

Sero, ¡o' Dios!, el año en que mejor
estabamos, en que todo nos salia á pe-
sir de boca y parecia como que la for-
tuna nos halagaba, casual incendio
sevoró en un solo día nuestra casita
toda, con todo su menaje, sus alha-
jas y dinero, todo, en una palabra,
y, lo que horrorizaba, pereciendo en-
tre las llamas mi padre y dos tiernas
criaturas, hermanas de esa desdicha-
da que ves ahí, única que milagro-
samente se salvó.

Y señalábale con la mano á su hija que, concluida la mitad del gamecillo, solviera á dejar caer la cabeza sobre el pecho.

— De modo, continuó, que, solas ya las dos, reducidas á la indigencia, acudimos al favor de algunos vecinos y amigos que generosamente nos socorrieron, compadecidos de nuestra gran desgracia, y pudimos alquilarnos un modesto cuarto para entrambas, ganar yo algo con el trabajo de mis manos y hacer frente á la miseria. Así las cosas, mi hija fue creciendo y educándose, á costa de privaciones y sacrificios míos. Mostraba ella constante disposición: Dios la había favorecido con algunas gracias; tenía, en fin, un buen palmito....

La joven, alzando al cielo los ojos, incesantemente lanzó un

suspiro y su madre prosiguió luego:

— Entró á servir, como doncella, en casa de una familia honrada, á la cual visitaban con frecuencia personas de uno y otro sexo, enteramente desconocidas para ella y, entre esas personas, un señor que desde el primer día en que la vió y siempre que en la puerta, ó en la calle, la topaba, no sabía mas que decirle amores, apreciandola mundos y mara villas. Conjó en su red la paloma y lo que hasta hoy obtuvo la infelicia del tal señor, ya lo viste, fué ese medallon que tu, buen hombre, te has llevado y él dejó en sus manos la noche de su desgracia.

Sidrin clavó los ojos en la estera y la vieja siguió diciendo:

— Ocultola mi hija por algun tiempo; mas, desentuerto á pocos

meses en embarazo, las señoras de la casa la despidieron y tornó a mi compañía. Una madre, qué ha de hacer...! Los amigos, al saberlo, dejaron de socorrernos; fuimos cada día a menos, tanto que, cuando en 1843 dio a luz un niño, no teníamos apenas en que envolverle. Sufrimos mucho; tuvimos privaciones grandes y, de resultas de aquel parto, nunca mi hija disfrutó salud, ni conoció alegría, y eso que debería tener alguna satisfacción ya con su hijo.

— ¿Qué ser de hijo?, interrumpió el negro, a quien la narración interesaba, siendo por bien empleado el tiempo invertido en aquella charra. ¿Qué hijo se señala, indicando a la enferma, y aquí no está para socorrer y ayudar a los?

— Oye, buen hombre, que no

he concluido con. Mi nieto, mi Emer-
cano, 414e, si. ¿Qué guapo chico!
El pobre trabajó para nosotros mien-
tras pudo, despues que a nuestro mo-
do le criamos y procuramos aprendie-
se algo. Pero en 1862 jugó en quin-
tas con numero bastante bajo: su
madre y yo estábamos a la sazón
enfermas; Emercano, ausente y, no
habiendo quien se presentase a excep-
cionar en tiempo cosa alguna en su
favor, la municipalidad le declaró sol-
dado. En como tratamos despues de ha-
cer valer su excepcion: nadie, durante
el juicio, la propusiera y no hubo vida.
¿Nos damos, al fin, sin él y desde en-
tonces, cuantas noches, buen hombre,
cuantas noches, fui yo misma a pe-
dir limosna en sitios donde creia que
alguien me la daría....!

Aquella muchacha era la her-

governante, a quien el baron de Tovar
Siera una ochentina la noche en que
con Asela salia del teatro.

Luego dijo:

— Mi nieto marchó al ejército y
hoy allá le times de oficial en uno
de los regimientos de nuestra Reina.
¡Qué oficial bizarro y hermoso! El
año último estubo a visitarnos y por
cierto que nos dejó tambien retratos
 suyos. Quiero enseñartelos. Exercis
 que bien que le está el uniforme
 militar.

Y la vieja corrió a un rincón
de su humildísima estancia, abrió
la tapa de una canasta, cogió una
cartera de seda azul celeste, bastan-
te usada, y con las puntas del
pulgar e índice de su mano esca-
lada, sacó cuatro, ó seis, tarjetas
del retrato de su nieto que en-

señaba al negro, diciendole, con expresion
de ojos indefinible,

— ¿Veintitres años...! ¿No es que
guapo, que exacto está? Mas ¿qué
digo, pobre vieja, si tu no lo conoces...!!

— Yo no conocer hoy a' él, ma' po-
der quizá mañana. ¿Querer ceder uno
a' mi?

— Tómate ahora mismo

Y dióle al punto el en que prime-
ro se había fijado. Sidrin sacó entonces del
bolsillo de su chaleco un escudo y diólo, a'
su vez, a' la anciana que, si bien rehusó
al pronto, no resistió mucho aceptarlo
con gratitud; diciendo luego

— Terminaré ahora la historia que
me pediste, si no estás fiado, o no
quieres marchar.

— Tu meo preguntó estar aún; los
historia concluir de contar a' mi.

de la anciana, mientras Sidrin

envolvía la tarjeta en un papel y la metía con fiemto en el bolsillo interior de su chaqueton de tela, terminó la historia así:

— Mi mieto, antes de caer soldado, nos ayudaba, como dije, trabajando cuanto podía, lo mismo que trabajaba yo en mis buenos días. Hoy, siendo un señor oficial, nada apenas puede darnos. Las marchas, los uniformes, las exigencias de la sociedad y los compromisos de que no puede prescindir un joven despejado, valiente y guapo, ya 40 años, llevándole casi la paga toda, significan en su excelente corazón encieca su mes una friolerilla a su madre y a esta abuela. Por eso no salimos jamas de nuestra misérrima situación. Vivimos en Madrid a la continua; mas este año, no teniendo allí personas amigas a quienes re-

currió, pues unas se murieron, o se au-
sentaron, y otras se cansaron ya de
Ser, que todo se acaba en esta vida,
Dispusimos venir y nos venimos a Buar-
rita, donde nadie absolutamente nos co-
noce y a donde, acudiendo Reyes, gran-
des y capitalistas, no faltan algunos
buenos, como tu señor, que destinan
algo para los pobres.

— Mi señó' vivir en Madrid tam-
bien y yo desear saber calle y ueta.

— Calle de Amaniel. No la olvides,
buen hombre, por si algun día quie-
res pasar a ser si hemos muerto.

— En Dios confianza mucha. Dio' no
abandonar a' nos, si nos caminara a'
el.

Y, diciendo esto, pisose en pie
al punto y cogió del suelo su ceston.
Despidiose de las dos mujeres y, corrien-
do a la plaza, hizo sus provisiones,

Llegó a casa y diólas a la cocinera:

XVII.

Sidrin acababa de hacer descubrimientos importantes. La anciana era, como dijimos, la sergouante, a quien el baron Sierra la ubentina, saliendo una noche del teatro; su hija, la infeliz sencilla seducida por el mismo, el oficial Emerano, cuyo retrato poseia, hijo natural de aquel y el medallon, escondido en su baúl, contenia el retrato de su señor, dado a la pobre madre de su hijo la noche de seducción. Esto, no obstante, Sidrin nada dijo de todo ello a su amo. Recuperara su retrato, sabia ya la historia de este y guardó en su pecho los secre-

tes descubiertos, decidido a no revelarlos sino en necesario y urgente caso.

El baron contaba en esta época sobre unos cincuenta años y, aunque bastante bien conservado y acicalado siempre, echábase de ver en su semblante, a través de una melancólica sulfurada, especie de agitacion e impaciencia que Sidrin no acababa de comprender. Diríase que, desde su entrevista matutina con el señor Finam, había cambiado enteramente de carácter. Desde entonces paseaba generalmente solo, atendía a su casa y a sus asuntos con alguna mas flajedad que antes, miraba todo con cierta indiferencia, cual si nadie hubiese de heredarle y Sidrin notaba, además, que algunas veces asomaban lágrimas a sus ojos.

En una de estas ocasiones,

próxima a finalizar la temporada de baños y estando el baron en su gabinete, llamó a Sidrin y le dijo:

— Arregla todo, Sidrin, y prepara los equipajes, que mañana mismo saldremos para Madrid.

— Bien, señó. Más yo ser a mi señó llorar. ¿Serir yo, acaso, mal a mi señó? ¿Fener queja mi señó de su negrito?

Enjugose el baron los ojos con su pañuelo blanco de bolsillo y, cerrando la puerta del gabinete, dijo:

— Acercate, buen Sidrin, siéntate en esa silla y oye.

Sentose el negro con aire respetuoso y el baron continuó:

— Quiero hacer testamento, o mas bien, reformar mi testamento antes que mi sobrina Anselma de Galicia y necesito, para ello,

estar en Madrid sin Situacion. Y Sigo re-
formar mi testamento, porque hecho
le tengo ya en favor de la señorita
Asela.

— ¿, qué mejo'!

— Mi sobrina tiene muy buenos pro-
tectores que en su casa la quieren y
mimam como a hija. Casarase a gus-
to de ellos; la dotaran, sin duda, y
no precisa, por tanto, de mi fortuna.
Hay pobres, Sidrin; hay mi otra sobri-
na la señorita Sira; hay su señora
madre Cladia; existes tu tambien
y Jescina Sejar a todos algo.

— ¿ Nadie má tener a quien Sejar?

— ¿ Que dices?

— Yo decir si tener obligaciones mi
seño'.

— Yo, Sidrin, no tengo obligaciones.
Fuese, como tiene todo hombre, traxe
suas y atalondamientos de juven-

tud; pero trasesuras y atolondramien-
tos de una noche, en que la vida
se gasta un poco, a costa de algun
dinero mal empleado y nada mas.

Sidrin no se atrevió a pro-
fundizar en esto. Acordábase, tenía
muy presente la historia del meda-
llon; tenía pruebas para en el asun-
to hacer cargos a su amo; pero era
su amo, su señor, y se contentó por
entonces con solo responderle

— Yo ná ser pá aconsejar a' mi
señó; má, en caso yo de mi señó, te
tormento hecho no alzar. Pobe señó-
ita Adela! Mi señó ser un tiempo
pade casi de mi amita. ¿Pogré no
ser tambien abwa? Señó Finan
querer, si, a amita mucho y mucho
eposa de señó Finan; má dotar a
amita él, yo no saber y, si dotar,
degienza ser pá mi señó.

Mordiöse el baron los labios, com-
prendiendo la fuerza de lo que el negro
expresaba a su manera y exclamó

— ¿Funto te interesa!

— ¿, pue' no! Ser mi omitta, sobina
de mi señó.

— Créo que nunca habrá' sido que
ja de mi.

— Yo no vir, ni a mi impotar; má'
al herú' impotar mecheu y yo saber que,
en cuanto a' eto, ir muy lejos mi señó.

— Dices algo. El asunto es de pensar;
lo pensare; pero, de todos modos, pre-
para los equipajes, que quiero salir
mañana.

Y ese día, con efecto, se fueron a
Borríta y se dirijieron a Madrid, ~~en~~
cuya poblacion entraban a tiempo que
se la de Pontesedra salia Merio.

XVIII

El señor Finan y su esposa habían elegido definitivamente el quince del propio mes para salir, a su vez, de Valerim, via ansioso entonces del ausente Mario que había bien estaba ya en el seno de la que pudiéramos llamar familia suya, en el pueblo donde habían corrido los dichosos años de su adolescencia y en donde, lejos ahora del bien querido, todo a su recuerdo se contraía; de Mario, cuya primera carta fue para Asela, al día siguiente de haber llegado; carta llena de melancólica poesía y ardiente amor, simbolizado en blanquísimas diminutas flores de mirto que, acompañándola, la perfumaban, y carta que Asela debió leer

muy a' solas y con humedecidos ojos en
Galcorin.

El quince de setiembre, pues,
dejando esta hermosa quinta madama
Amelie, Asela, el señor Finan y su hijo
Abolfo, acompañados de madama Olim
pia, Acacia, Mileta, los dos herma
nillos de ambos Pachin y Pope y su
padre el señor Arrijet, se dirijieron
a la casa de este ultimo en Ponte
dra, donde multitud de señoras y ca
balleros aguardaban ya, para despe
dir junto al coche a los huéspedes de
los segundos. Poron las once de la ma
ñana y, parado el coche a la puerta
misma de la casa del señor Arrijet,
abrazaronse los caballeros, abrazaron
se y besaron las señoras, con especial
ternura, Olimpia y Amelie y sobre
todas Mileta, Acacia y Asela, hasta
el extremo de llorar a' viva lágrima

Las tres, cual si hubieran de no volverse
a ver; tanto entre si simpatizaron; tan-
to, que fue aquel dia un dia de luto
para las dos hijas del señor Arrieta.
A donde quiera se dirijiesen, o mira-
sen, en Valparaiso, todo las recordaba
y traia a la imaginacion a su bue-
nísima amiga Asela; todo las hacia
echar alli de menos su presencia.
Asela, a su vez, no obstante la dis-
traccion que a su mente pudiera
ofrecer la variedad de objetos nuevos
por el camino hasta Santiago, afec-
tada, demasiado sensibilizada en la
despedida de sus dos no menos bue-
nas amigas, no hacia mas que nom-
brarlas y hablar de ellas con lagrimas
en los ojos.

Moririo llegara ya a la me-
trópoli antes que de Pontecedra
hubiese partido Asela y, cuando, al

comochecer, sintió rodar y vio pasar La
Fraternidad hacia el Parador, su co-
razon latia con violencia; parecia como
que trataba de saltar del pecho. Echó
á andar por La Carrera del Conde
y, viendo en pie á Asela delante
del Parador, estrechó con efusion su
mano; cogió luego la de Amelie, que
continuaba aún en la berlina, y abra-
zó seguidamente al señor Finem y
á su hijo Adolfo.

Hechos cargo de sus equipajes
nuestros viajeros y alojados en la fon-
da B... frente á la Universidad, allí
permanecieron hasta el dieziocho; allí,
durante su corta estancia, los veía
y hablaba Morio casi á todas horas;
juntos y, de consiguiente, al lado
siempre de Asela, ó dando algu-
na vez el brazo á Amelie, visita-
ron la Catedral, donde se les en-

señó todo lo mas notable y precioso de
capella gran basilica, incluso la her-
mosa copa regalada en 1852 por la In-
fanta D.^{ca} Maria Luisa Fernanda;
basilica, en que abrazaron al santo
patron de España Santiago Apos-
tol, cruce cuya imagen hizo la ca-
sualidad vieran correr de nave a
nave el enorme incensario, o tradi-
cional Cota-fumeiro de los pere-
grinos; juntos, tambien en la Uni-
versidad, los gabinetes de Física,
Quimica e Historia Natural, la
magnifica biblioteca, la sala de
claustró, el Paraninfo, el Despacho
del Rector y algunas catedras, fijem-
ose mucho madama Amelie en
todo y hablando con el Rector cienti-
fica y admirablemente en español,
aunque con frances acento que gus-
taba; juntos, igualmente en el

Colegio de Fonseca, los Departamen-
tos todos científicos, incluso el ga-
binete anatómico que entristecía un
poco, sugiriendo profundas reflexio-
nes, acerca de la omnipotencia del
Criador, no menos que de lo misero
y deleznable de la existencia huma-
na; juntos, los cuatro claustros
del gran hospital central de Gali-
cia, fundación de la católica Reina
D.^a Isabel 1.^a; juntos, los mas notables
templos de la ciudad, sin olvidar el
preciosísimo de San Martín y su sa-
cristía; y juntos, por último, las
monjas jesuitas de La Enseñanza,
señoras amabilísimas que en reja
de distinción, ó reja alta, los reci-
bieron y presentaron, entre otros
varios objetos hechos por las mismas,
delicados bordados de linciente
oro.

Pero, al amanecer del dieciocho, Mario no podía dormir, pensando que, dentro de pocas horas, iba a separarse por indefinido tiempo de su adorado idolo, en dulce ilusion postrera; ilusion estival, mera ilusion no mas, que cerisima sino a pagar despues!

Mario no podía dormir, seia Mrs. Dejó el lecho e, impacientisimo en su albergue, fumaba y daba vueltas a lo largo de una habitacion. Sentabese, volvia a pasear y pudo apenas tomar dos sorbos de chocolate que le presentaron. Marchose luego a la alameda; cruzo por algunas calles y, errante casi de sitio en sitio, del todo casi desorientado, hacia tiempo, por no ser preparar en la fonda n^{ca} las equipajes del señor Finanz. Los

instantes murian, Siesemburgo. Daba
las once el reloj de la Catedral y á las
doce partia el coche. A las once, pues,
entró Mario en la fonda; los equipaja-
jes salian; el almuerzo estaba sobre
la mesa y, servido este, nuestros
viajeros y Mario corrían hácia la
Fuente de S. Miguel, donde ya en
gancho estaba el coche y donde,
en medio de cuanto podrán figu-
rarse desde luego nuestros lectores, es-
trechó Mario entre las suyas la ma-
no de Amelie, una y mas veces la
de Asela, abrazó al señor Finck,
á su hijo Adolfo y síis' arrancar
el coche, que no parecia sino que
las entrañas le arrancaba, rodando
por la empedrada calle hasta que
se ocultó.

Enjugu' los humedecidos ojos
y, vuelto á su albergue, alquiló un

caballo y antes que los viajeros llegá-
ran á la Coruña, divisaba él los
horizontes del valle en donde iba á
sepultarse y á luchar otra vez con-
sigo mismo.

Los viajeros fueron desde
la Coruña á visitar los arsenales
del Ferrol; siguieron su marcha
luego y el veinticuatro estaban ya
en la Corte.

XIX.

Dejémos, pues también nosotros á Za-
lúa; trasladémonos con nuestros lectores
y lectoras á la Corte, á donde Mario
nos seguirá mas tarde; entrémos, ca-
balmente, en la estación del otoño
y nada mas agradable en Madrid

que esa estacion. Sacudamos el polvo
del camino; despojémonos de los trajes
seraniegos; olvidemos el acento y las ma-
neras de provincia; acicalémonos un po-
co, a nuestra vez, y vamos hacia el
Prado, que el sol no molesta ya y se
be estar brillante.

Es, en efecto, una deliciosa tarde
de otoño y desde la Puerta del Sol hasta
la Fuente de Cibéles y desde esta al salon
del Prado y Fuente de Neptuno pasan
carrinajes lujosísimos, magníficos caballos
montados por elegantes dandys e inmen-
sidad de jente apié por diferentes calles
y avenidas; aquellos, a dar vueltas, ba-
jo los arboles, junto al monumento del
Dos de mayo y la jente de apié, hacia
el gran salon, en el cual grupos y corri-
llas de familias que se abrazan y sa-
ludan, que se ven por vez prime-
ra desde que salieron a veranear y

destruyen y embarazan por todas partes el paseo, a despecho de los que, mas o menos afortunados, tuvieron que aguantarse en Madrid, o no tienen amigos, o personas, de aquel rango, a quienes abrazar, forman una algarrara y algarrabia tales, que cualquier observador curioso creeria hallarse en uno de los salones de Villahermosa en noche de carnaval.

Acostado y solo en un bonito charaban, tirado por dos soberbias yeguas negras, pasaba el baron de Isar por junto a la Fuente de Cibelas a tiempo en que apie y por el mismo sitio se dirigian el señor Financ, madama Amelie y Asela; esta ultima sencillissima, con un vestido de seda a rayas, mas, color cafe y rosa seca, otras. Inesperose el baron un poco y, mandando detener las yeguas,

se apesó, estrechó las manos de las señoras y observó al señor Finan, cuyo regreso a la Corte ignoraba aún. Dejó su carruaje a los lacayos y, juntos desde allí, siguieron apesó al salón del Prado. El baron miraba de cuando en cuando a Asela; notabala mas linda, si cabia, que la dex ultima en que la viera y desde luego bastante mas desarrollada, pero tambien un tanto retraida y esto haciale decir pora sus adentros, "si tendremos amores en Galicia!" Por manera que los velos parecia que se iban a saltarle como en otro tiempo y apenas se atrevia a dirigir la palabra a su sobrina. Tan cierto es que, cuando nos encaprichamos por un objeto, sentimos y nos desespera el que ese mismo objeto haya de ser de otro. Hablaron, no obstante, mucho de cosas indiferentes: el señor Finan, de la herma-

so y saludable de la provincia de Pon-
tevedra, no menos que del buen caracte-
ter de sus naturales; Amelis, de lo
bien que habia pasado el estío en ca-
sa del señor Arriset, al lado de la
amabilísima señora esposa de este;
Asela, de Milota, Acacia y las incl-
uidables tardes de Galvorn; el baron,
de sus baños y aguas en Biewritz.

Luego que la concurrencia em-
pezó a desaparecer, subieron todos al
carroaje y, dejando el baron en casa
a las señoras y señor Ginon, continuó
otra vez solo hasta la suya en la calle
de Alcalá.

El siguiente día estuvo a visitar
a las señoras; dirigió a su sobrina
algunas lisonjeras frases, pero Ase-
la bajaba entonces los ojos, como dan-
do a entender que no las oía, o que,
si llegaban a su oído, eran como

las golondrinas que van y vienen re-
voloteando sobre las aguas de inmóvil la-
go, cuya superficie apenas tocan al be-
ber. Convencido el baron, disimulaba
y no retrocedía, sin embargo, porque
ocurríale con la ilusión de que,
tiempo andando, Asela cesaría. Hi-
zo su visita y, tras aquella, varias
otras, todas con prudencia calculada,
comprendiendo que lo único eficaz,
lo único a que debía atenderse era al
tiempo y esto con firme perseveran-
cia.

No obstante, el baron, a solas
con sí mismo, luchaba todavía y, sien-
dose tratado siempre de igual mane-
ra, nunca satisfecho, antes bien enoja-
do de la indiferencia y desvío con que
le miraba Asela, bullían en su ca-
beza ideas las mas extravagantes y, como
si el cumplirle fuera un deber en su

sobrino, o' la sola recompensa de esta
a' los beneficios que recibido habia de él,
asorgonábase casi de que ella le tra-
tara así. Por otra parte, su amor
a' Asela no era verdadero amor: era
que no podia sobrellevar la idea de
que le desairase, apropiendo a' otro.
Querria como imponerla lo que ja
mas se impone, pues que se inspi-
ra; querria imponerla su imagina-
do cariño. De ahí que mas de una
vez se le ocurriera alterar su testa-
mento, haciendose igualmente la ilu-
sion de que daria en cara a' su so-
brino y sentiria esta perder la for-
tuna que él en su testamento la
dejaba, sin advertir que el amor,
especialmente en las mujeres, es de
sininteresado y generoso, acerca de
lo cual nada en cara daria a' Ase-
la que, antes bien, daba a' su tíu

pruebas de rayar muy alto. Y algo de esto, en medio de todo, debió ocurrirle, o recordaría las oportunísimas observaciones de Sibrin, cuando a variar el testamento no se atrevió.

Morir en Galicia también luchaba, aunque en terreno muy distinto. Morir, enloquecido con su amor a Asela, temía que, separado de esta, enflaqueciera, o desapareciera el amor de su adorada, ansiaba estar a su lado siempre. El uno iba en busca de un amor que jamás hallaba, que antes bien le huía: el otro, trataba solo de sustener un amor, en el que columbraba ya todo un paraíso abierto de incabables delicias.

En esta terrible diferente lucha pasaron entrembos el otoño y todo el invierno de 1866. Entrada la primavera de 1867, el señor Fi

nan pasó a Francia, quedando en Sta
Dion Amelie y Asela, la cual escribia
a Mario que, luego que de allí regre-
sase appel, irian los tres a pasar el
estio y algo mas, tal vez, en los mag-
nificos campos de la Gironda. Pero
Mario, viendose sin ocupacion formal,
no pudiendo resistir ya la ausencia, lan-
zose tambien en la corte, a prete-
xo de tentar fortuna, solicitando algun
destino, y, en realidad, solo para vivir
allí del amor de Asela y seguirla a
donde quisiera que se fuese hasta que
una feliz coyuntura pudiese a ella
mirarle en tanto largo; Sobre Mario!
exclamaremos aqui nosotros. Y, como
corriendo vas al borde de un abismo
que no ves...! Mas dejemosle correr,
ya que evitarlo no podemos.

Partio, pues, para Madrid
y, presentandose en casa del se

Mr. Finow, siquiera solus estuviesen
Amelia y Asela, por no haber regre-
sado aquel año de Francia, seia y
hablaba allí diariamente a la ultima;
creianse allí los Dos felices, sin repa-
rar que tras las flores se oculta, a
veces, el aspid que ha de murdernos
y envenenar nuestra existencia.

El baron de Isaac vió y observó
alli a Morio; comprendió al punto
el objeto de sus visitas; confirmase
en las sospechas abrigadas de que en
Galicia dejara amores su sobrina;
llamó su atencion el nombre de aquel
joven; escribió a Vigo; tomó infor-
mes reservados y, despues de todo esto,
gozoso hasta cierto limite con sus des-
embrimientos, gozoso en la especie de
venganza que contra Asela prepara-
ba; tomándola, sin esfuerzo alguno,
en sus propias manos, sin que na

Si se atreviera a censurar su proce-
der, consentido, digámoslo así, en odio
lo que él creía antes amor a su sobri-
na, no esperaba sino ocasión propi-
cia para hacer que estallara la tor-
menta. Esperó, al intento, el regre-
so del señor Finan y una noche, sa-
biendo que, resfriado Mario, se que-
dara en cama y no iría, por tanto,
junto a Asela, acompañado de Si-
drin su negro, se presentó en casa
del primero, por quien, al entrar,
unicamente preguntó.

El señor Finan y las señoras
estaban, con efecto, en casa; aquel,
en su gabinete de estudio; estas, en
una salita de labor inmediata.

Introducido Sidrin a la coc-
ina y el baron al gabinete del se-
ñor Finan, después de recíprocos
saludos que jamas dispensa la due

na educacion; sentados ya los dos en
un sofá, alargó el baron un tabaco
al señor Finan y, encendiendo él mis-
mo otro, con calma, pero sin exór-
dio alguno, como el que está conven-
cido de la justicia de su causa y cuenta
seguro el triunfo, dijo:

— Amigo Finan, créo que ni tú, ni
yo debemos tolerar esa amorosa rela-
cion entre mi sobrina y Mario; y ella
mola amorosa, porque la echo de ser
un ciego: ademas, estoy ya perfecta-
mente enterado.

— Jeynoro, baron, a' que viene eso;
prescindiré, por tanto, de si esa rela-
cion es amorosa, o no; pero, si ente-
rado está y perfectamente, nada cen-
surable notaré en ella. Mario es una
persona finisima y de bellísimo carac-
ter; conocimosle en Galicia; cultivó
alli nuestra amistad y, si hallan-

Si se en Madrid ahora, siene a' esta casa,
javor sera' que le merecamos y nos dis-
pensa.

— Finan, no se trata de eso. Dema-
siado se' yo el caracter y los sentimien-
tos de esa joven. Se trata de su amo-
rosa relacion con Asela, de que se
bemos evitarla.

— ¿Porque', baron? ¿Es delito a-
mar? O, ¿tème V. que, amándose,
llegue un dia en que no pueden rea-
lizar sus ilusiones, por no tener con
que sostenerlas?

— Por que' no deben, ni pueden
sostenerlas ya hoy, Finan.

— Baron, son juvenes. Mario re-
nunció há poco un buen destino; tie-
ne amigos, tiene disposicion y, si
quiere a' Asela y le correspondiese
esta, ¿hemos de impedir hoy su
relacion?

— Ni Asela puede corresponder á Ma-
rio, ni este casarse jamas con ella.

— Asela es libre.

— Tiene una madre.

— Asela tiene veinte años cum-
plidos y para ella no rijen ya, ba-
rón, las Disposiciones de la Pragmá-
tica de 1803 y si las de la Ley de ju-
nio de 1862, como sabe V. Es libre,
repito, y podrá casarse segun y con
quien la acomode. No es esto decir
que haya de hacerlo así, que pres-
cindir ella del consejo de su madre
y demas personas que en su bienestar
y felicidad se interesan, es solo si se
mostrará á V. que, llegado el caso, na-
die, ni aun su madre misma podrá
forzar su voluntad. Por otra parte,
Asela no se alucina facilmente, es
muy juiciosa, sabe demasiado bien
lo que la conviene y no teme el

señor baron que se precipite. Nada
hasta ahora hizo sin consejo nuestro
y, no habiendonos dicho aun cosa al-
guna respecto del particular, debe-
mos presumir que, o nada hay de
lo que & sospecha, o que no se ha
sucedido todavía.

— Las mujeres se alucinan en
cualquiera edad y buenos estaríamos,
si ella se hubiera sucedido.

— ¿Tiene & celos, baron?

— Somos ya demasiado viejos, Fi-
nan, para esas cosas, como un dia
dijo & oportunamente. Celos! A
nuestra edad, Finan, serian ya ri-
sueños.

El baron decía esto como mi-
siendo las palabras y contemplando
distraindo la boquilla de ámbar de
su cigarro.

— Entonces, baron, no me ex-

plero la ujerina de U. hácia Mario.

— U. y yo reconocemos sus bellisimas cualidades. Yo soy quien proteje á Mario y las sé mejor que U.; mal puedo tenerle ujerina, de consiguientes. Es que Mario no pueda ser esposo de Asela, como dije, y hay, por tanto, que hacer comprender á esta esa imposibilidad.

Asela y Amelie, que algo percibian de este diálogo, entrando en curiosidad, concluyeron por escuchar, sobre todo Asela, cuyo nombre ojerá ya pronunciara mas de una vez.

— Baron, me confunde U. con tanta reticencia. Acabemos. ¿Como y donde se convirtió U. á ese joven? ¿Qué es lo que impide pueda enlazarce con Asela?

— Paciencia, señor Finanz. Conocióle aqui en Madrid. Y, en cuanto á

lo demas, es un secreto.

— Baron, ¿ se burla. ¿ Como en Ma
Srid conocer ¿ a Mario, si creó que
nunca aqui estuvo hasta ahora?

— Aqui nació y la historia de ese
nacimiento es el secreto que no de
bo yo revelar: ¿a en ello el honor de
una mujer.

Asela y Amelie temblaban
en la habitacion antigua.

— Pepito, baron, que ¿ se burla,
o, resentido de que no le correspon
da Asela, viene aqui a abusar de
mi amistad y a hacerme creer histo
rias que ¿ forjó.

— Señor Finan!

— Señor baron, lo dicho y, una de
dos; o plenamente me justifica ¿
esta noche misma el motivo de su
pretension, de su oposicion a la re
lacion de Mario con Asela, o yo,

yo arregló la boda de los Dos y antes de
ocho días les tendrá 4. casados.

— ¡Mucho, Financ, se interesa 4.!

— Muchoísimo ya, señor baron.

— Pues yo digo á 4. que no se casa
nán.

— Lo veremos.

— Imposible.

— ¿Imposible? Quiero saber el
porqué, lo exijo.

— Mario..... pero no, no puede
ser. Descubriría el secreto de una
señorita que de rodillas, antes de
ser madre, de rodillas y con lágrí-
mas en los ojos, me suplicó me re-
velara un secreto que solo, solo á
mi se confió.

— Depite, señor baron, que lo exi-
jo. Solo conociendo ese secreto, podrá
aconsejar á Asela

— Pues bien, Financ, Mario...

..... Mario es..... su hermano.....

— ¡Mi hermano!, gritó Asela, cayendo en los brazos de Amelie que a su vez gritó tambien, llamando á su marido y á los criados; pero, mientras los últimos acudieron, el señor Finom, mirando se hito en hito al baron, seiscle como estupefacto:

— Imposible.

— Tenga 4. esas cartas, Finom; léalas 4. con calma todas y devuélvame las 4. mañana mismo. Quiero que nunca llegue á saber Claudia que vele' yo su secreto; quiero que nunca sepa ella de esas relaciones entre Asela y Mario, relaciones que supongo no se atreverá 4. ya á autorizar, ni Asela á mantener; quiero, en fin, que Asela y Sira no vean en la misma Claudia mas que á su madre, la buena espo-

sa de quien es hoy viuda.

El señor Finan cogió las cartas; metiolas magistralmente en un bolsillo y tornó a decir:

— Imposible, imposible, corriendo al propio tiempo a la sala en que Asela había gritado y junto a la cual estaban Amelie, las criadas y Sidrin; Amelie, con un fransyuello aproximado a la nariz de Asela; una de las criadas, sosteniendola contra si; la otra y Sidrin, contemplandola, asustados de tom inespervado accidente y exclamando á cada instante el negro "¡Pobe amita!"

Pero el baron, siguiendo poco á poco al señor Finan y arrujando al suelo la mitad de su cigarro, replicaba:

— Manana me lo dirá V. Finan. Cuenta con el secreto.

Llegado el señor Finan junto

a' Asela y, entreabierto la puerta de la sala, introdujo el baron la cabeza; vio a' tantos reunidos y, volviendo espaldas, dijo:

— Dijero Sincupe, alogue mujerial de nervios que en breve cesaria.

El acto continuo llamo' al negro, tomo' el sombrero, dio' las buenas noches y se fue.

— Vete con mil santos y no vuelvas, dijo, a' su vez, por lo bajo la criada que sostenia a' Asela, estas solterones todos son asi; todos con entremias de perro, como los medicos. Desgraciada la mujer que con ellos corre.

El señor Finem y Amelie no cesaban de ensayar medios y sutilezas, a' conseguir que de su desmayo volviese Asela. Fardando

aún en dar señales de movimiento, ocupó el señor Finan el lugar de la criada y Asela, apenas comenzó a abrir los ojos, exclamó, llorando,

— ¡Mi hermano!!!

Y los clavó en el suelo, a manera de espantada, quedándose así un poco, cual quedaría la más tierna y amorosa madre, a quien de súbito presentasen muerto el fruto de sus entrañas.

XX.

Las cartas que el baron de Isvar entregara al señor Finan eran una prueba irrefragable del secreto de una señorita, como aquel decía; porque Eladia, mujer lindísima en sus juveniles años; Eladia,

cinco años de casarse, en inoportuna edad,
como que contaba apenas dieciocho, galan-
teada, perseguida, en todas partes de
lord X^{mo}, dejóse abscindir y, encamora-
da, a su vez, también del foron y apues-
to lord, no pudo resistir un día el impe-
tu de la pasión que en una y otro re-
bosaba, consecuencia de la cual fue
Mario, nacido y bautizado en Madrid
en 1840, sin que nadie, mas que el ba-
ron y un sacerdote, supiese de esto, pues
a solo aquel se había descubierto Eladia
desde los primeros meses de su embara-
zo; entregándose toda a él, confiada
en su parentesco, buena amistad e
hidalguía; confianza a que el baron
dignamente correspondió, facilitando
el sigilo del alumbramiento, asistien-
do a este y buscando al punto una no-
brina, con quien y el recién nacido mar-
chó a Galicia, dejándoles en Vigo y ca-

sa del capitalista señor C.^o, al cual ni
indico siquiera la menor cosa del secreto.
Era un amigo demasiado intimo del ba-
ron; comprendio desde luego que, cuan-
do nada le insinuaba, motivos superio-
res tendria para ello, y su esposa y él
aceptaron sin reparo el deposito del in-
fante Mario, criandole y educandole
cual a hijo propio; tanto que, mien-
tras solo los dos esposos sabian que no lo
era, el publico creiale verdadero hijo
de entrambos, cuyos apellidos llevaba;
asi nadie, ni aun el mismo Mario, sos-
pecho jamas fueran sus padres otras
personas.

Lord X.^o, al tener noticia de
que era madre Gladia y tenerla por
ella misma, pensionola con algunas
libras esterlinas. Pension modesta, re-
cabada a duras penas por el baron
y que mensualmente recojia este, no

alcanzaba apenas para los gastos en Si-
go de Mario y su nodriza, sobre todo
desde que el primero empezó carrera,
supliendo, o añadiendo siempre el ba-
ron de su bolsillo todo cuanto conocia
ser preciso; porque Clavdia, a' mas de
no poseer entonces intereses algunos de
fortuna, como hija que era de fa-
milia, esperaba todo del baron, único
de quien habia hecho confianza, y el
baron, por tanto, no queria sujetar
a' Clavdia, imponerle sacrificios, ni que
su deslize fuese para ella causa de dis-
gusto, obstáculo directa, o indirecta-
mente, a' su mejor colocacion. De
ahí que nada se trasluciera y de ahí
el asombro, al fin, de todos, principal-
mente de Asela, Amelie y el señor
Finon.

Pero aquella módica pensión
llegó hasta a' faltar demasiado pron-

to; pues, muerto lord X^o repentinamen-
te antes aún de que Mirio concluyese
su carrera literaria, los herederos, vien-
do que en ningun documento ni libro
aparecia consignada, que fuera solo una
simple estipulacion confidencial entre
el baron y el lord, se negaron a pagar-
la y el cuestionar sobre el asunto, ha-
ria de dominio público cosas que ni
Cludia, ni el baron, ni el lord mismo,
si existiese, querrian que se supieran.
Por manera que todo cargó luego sobre
el baron hasta que obtuvo destino Ma-
rio.

Las cartas, en fin, á que nos re-
ferimos, no hacian más que demos-
trar lo expuesto, como que eran la
correspondencia de Claudia amante
con lord X^o y Claudia madre con el
baron de Isaac. Ellas no dejaban du-
da alguna al señor Finan, existen-

ciabonle que Mario era tambien en reali-
dad hermano; medio hermano de Asela
y cuando el dia siguiente al de la tor-
menta dispuesta por el baron se diri-
jia a casa de este, meditativo y cabia-
tajo, no porque lo ocurrido se rozase
con su persona, ni con la de Amelie,
ni otra alguna de su familia, si, al
ver de por medio a su protegida Asé-
la, a quien consideraba casi como de
su familia; y comprendiendo, por otra
parte, el terrible golpe que en su co-
razon tendria que recibir el pobre
Mario el dia en que se descubriese
el tupido velo que ocultado habia su
nacimiento; no sabia apenas que
hacerse, ni que iba a decir, al devel-
lar al baron las cartas. Venian a su
cabeza mil ideas. Formia la primera
entrevista de Asela y Mario; en-
trevista que furiosamente habia

De ser desgarradora para el ultimo; temia que Ascia no tuviera abnegacion bastante, resistencia suficiente de corazon, y valor, en fin, para arrostrarla y ahogar, a su vez, el secreto del baron; para que ni su madre, ni Lira, ni hasta el mismo Mario supieran lo que habia pasado, acerca de cuyo particular, como hacia poco cuan que a Madrid llegara Mario y nada sabia Eladia de estos amores, temia que ni visto habia a su hijo, por no haber venido a la Corte desde que en ella estaba el, ni era su intromision tan grande.

Entregado asi a estas reflexiones, asi meditativo, entro en casa del baron de Isor que por si mismo abrio la puerta de la escalera e introduyo al señor Finon en el salon de recibir. Ocupando luego alli cada uno su su-

taca, dijo el ultimo al primero.

— Fome 4 sus cartas, baron, entre
gamboselas todas al mismo tiempo.

— Ja de 4 Finan, que moral y civil-
mente seríamos reos de un delito, sino
existásemos esa relacion. Verdud que los
cumentes sufriran; pero ¿ está en la
mano de 4, ni en la mia hacer que
Mario no sea hermano de Asela, der-
ribar esa barrera que entre los dos se
alza? Tranquiliçemos, Finan, nues-
tras conciencias; pues nunca, bajo nin-
gun pretesto, podriamos disculpar
una relacion civil y eclesiasticamen-
te prohibida.

— Desde hoy, baron, quedará cor-
tada; y, al efecto, 4 se entenderá con
Mario: con Asela, me entenderé yo.

— ¿ Lne' haxemos, pues?

— Pienso, baron, que lo he dicho
ya: 4 se encargará de participar

a' Mario lo que mas acertado juzgue;
yo me encargo de hacer que Asela
no vuelva a' hablarle.

— Es que no basta esto, Finan. Es ne-
cesario, ademas, que nada traslucan
Cladia y Sira y que no sepa Mario
que es su madre Cladia.

— En cuanto a' lo primero, queda
a' mi cuidado y, respecto de lo segun-
do, & lo arreglaré, baron.

— Por otra parte, instituida As-
ela mi heredera unica, segun el testa-
mento que há tiempo tengo hecho,
sentiría ya no verla colocada pron-
to y que suya no fuera mi fortuna.

— Respecto de ese particular,
baron, & hará igualmente lo que
juzgue mas acertado. Asela es ex-
traordinariamente generosa, joven, bella,
tiene talento y disposicion; hará
la felicidad de cualquier hombre

Signo de ella y mi mujer y yo jamas
la abandonaremos, antes bien, a conse-
jaremos y auxiliaremos cuanto nos
sea posible. De consiguiente, déje
la él, o no, sus intereses, ella se co-
locará el día que la acomode y con-
quien la agrade.

— ¿Fanta seguridad abriga el
señor Finanz?

— Fanta, señor baron y creo no
equivocarne.

— Entonces mi fortuna quiza que
no este de mas a otros y, si en Ma-
rio existen las bellisimas cualida-
des que él y yo reconocemos.-----

— Desea el señor baron instituir-
le ya su heredero, si le acomoda;
en la persuasion firmisima de que
mi Amelie, ni yo lo censuraremos
y Asela, lejos de censurarlo, que
sara, antes bien, reconvidisima

a su tío, viendo que así premió al
que hasta ayer consideró enemigo
suyo... Pero yo, baron, me estoy
aquí y si bien vió ayer en que es-
tado hallamos a su sobrina. Lo pri-
mero, pues, para mí hoy es su sa-
lud. Con que, señor baron, adios.
— Adios, señor Finom.

Y, levantándose este, cogió
el sombrero y volvió a su casa, don-
de con Isela y Amelie encontró
a Mario que acababa de llegar.

XXI

Isela, pálida como una arce-
na, ocupaba un extremo del sofá de la
sala de labor; madama Amelie cosía
a su lado en una tijereta de alform

bra; Mario, bastante acobardado aún, ocupaba el otro extremo del sofá y todos tres hablaban entre sí de cosas indiferentes, cuando entró el señor Finan. Tomó este parte en la conversacion; mas, observando luego que Asela empezaba á sentirse mal, hizo seña con su pié derecho en uno de los de Amelie, para que atendiese á ella, llamó á su gabinete á Mario y abrazándole allí con efusion, dijo:

— Amigo mio, con todo dolor de mi corazon me veo en la necesidad de manifestar á V. que desde este instante no puede continuar honramenos con sus visitas.

Enora de sí quedó Mario, al ver en boca del señor Finan palabras tan inesperadas y con voz trémula contestó:

— Créo, señor Finan, no haber

jamás faltado a las consideraciones que
Amelie y V. me dispensaron siempre,
desde que nos conocimos. Notó, sin em-
bargo, triste y abatida a Asela, que
no me dirigió apenas una mirada
y extráneo.....

— Precisamente, amigo mío, de que
se trata. Con dolor
de mi corazón, repito, no puede V.
continuar visitando a Asela.

— V. me mata, señor Finanz y
algo grave debió ocurrir de dos días
a esta parte. ¿Se me calumnia,
acaso? ¿Se calumnia a Asela?

— Nada de calumnias hay, ami-
go mío. Ninguna idea de esas mor-
tifique a V. Es un secreto de que
el señor barón de Isoar le hablará,
quizá, si es que V. le ve.

— Ahora mismo, señor Finanz
y, por mi honor, que le averigüe

ré.

J. Mario, saliendo casi atropelladamente, sin sentido casi, a la sala, cojió el sombrero, saludó a las señoras y corrió a casa del baron, tropezando en la escalera con Sidrin que venia a saber como pasaria la noche su amita Asela.

Dejemos, pues, a Mario con el baron y vengamos a Sidrin con el señor Finan, mientras Amelie cuida a avisitar a Asela que, efectivamente, no se sintiera bien.

— Señor Finan, mucho cuer Soler a mi ver casi morir a amita y po amita hoy venir aqui.

— No desconoce, Sidrin, lo mucho que la quieros y desde luego que agradece tu visita.

— Yo no ser na, seño' Finan; má yo mucho, muchito, querer a

mi amita aqui.

Y llevó su mano al corazón.

— Gracias, Sibrin. Eres muy bueno y nunca te pese de ello.

— Yo, señor, rezar, leer, pedir a Dios por amita y procurar no ofender a Dios. Dobe amita, buena amita, señor Finan! Y, notante, siempre sufrir, siempre penar! Me no señor; que, si Dios querer y señor Finan, yo esto haber de remediar. Señor baron quitar ayer a amita su amoico; má' yo algo saber tambien de mi señor!

— El señor baron es todo un caballero y nada dijo anoche que no se diese hacer.

— Má' señor baron matar ayer a unico de señor Mayo y amita Asela.

— Nada importa eso ante el deber de la conciencia.

— Yo na' saber; na' ma' oír a' mi se-
ñó no poder ser de amita señó Mayo
y 4er Sepué Semayar a' amita. Yo
respetar y querer mucho a' mi señó;
ma' mi señó no ser bueno con ami-
ta como deber.

— ¿Que tienes, pues, que decir
del señor baron?

— Algo, señó Finan y ser tambien
un secreto, como mi señó decir ayer,
un secreto que solo yo saber, señó
Finan.

Y esta, cerrando la puerta
del gabinete, hizo que Sidrin to-
mara asiento, sentandose seguidamente
el señor Finan que dijo:

— Estamos enteramente solos, Si-
drin, y puedes con toda franqueza
hablar.

Entonces echó mano el ne-
gro a' uno de los bolsillos interiores

de su chaqueton; sacó un paquete atado con cinta verde y, en ademán respetuoso, le entregó al señor Finam, diciendo:

— Yo tener honó de oficer a' señó Finam mi regalo.

Y se enserenió un poco en su asiento, á manera de satisfecho.

Desató la cinta el señor Finam y, abriendo el paquete, hallóse con el medallón y el retrato de tarjeta, de que tienen conocimiento ya nuestros lectores. Examinóles atento un rato y dijo al negro

— Estos, Sidrin, son dos retratos; el uno del baron de Tsvor, tu señor como; el otro, lo desconozco.

— Yo tambien, señó Finam; má yo saber de quien ser

— De algun oficialillo del ejército que te le regaló, quizá en casa

de tu señor. Pero ¿qué tiene que ver
con tu secreto?

— Oficialito, hijo de señó baron.

— Retrato de un hijo del señó ba-
ron? Buen Sidrin, sin duda que te
engañaron; pues demasiado sabes y sa-
bemos todos que el señó baron es solte-
ro y no tiene hijos.

— Uno, si, tenes. Nadie engañar a
mi; al negrito nadie engañar, señó
Finan; y mucho retrato joven gustar
a' mi. Dobe amita! Yo que señó Fi-
nan, yo casar a' amita con hijo de
señó baron.

— Sabes, Sidrin, lo que dices? Ha-
mos; o' estás soñando, o' es que te
pone ciego y te alucina el gran cari-
ño que profesas a' tu amita, como
la llamas siempre.

— Yo saber mucho cuanto decir,
señó Finan; yo querer feliz a' amita

ta; na' ma' qperer y na' a' intento de
cuidar, si señó Finan qperer ayudar
a' mi.

— Pero ¿ como estos retratos están
en tu poder? ¿ Como sabes que tu so,
o' tiene, un hijo el señó baron y que
de ese hijo es uno de los dos retratos?

— Yo contar historia de mujer an-
ciana a' señó Finan, si señó Finan
qperer oir.

— Eres verax, Sidrin, y la oiré con
gusto: Siento que no pueda oirla tu
señorita Asela; pero otra dia se la con-
taremos y enseñaremos los retratos.

— Ajá.

Y Sidrin contó entonces la rela-
cion toda de la anciana de Biarritz;
relacion que nuestros lectores tambien
conocen y omitiremos, por temto,
agui, terminada la cual, añadió
Sidrin:

— Mucho gusto a' mi retrato de señorito
Emeano. ¿Qué grupo estar de uniformé!
; Veinticuato años abrá, señó Finan!
Joven casi como amita Asela. Yo que
ver casar a' amita con señorito Emea-
no; yo hacer reconocer a' mi señó su
hijo; yo hacer que testamento se
hacía, y yo, señó Finan, yo ver ir
a' amita Asela y señorito Emeano
juntitos ambos al altar, si amita
querer a' hijo de mi señó!

— Inicias, Sidrin, vuelvo a' decir-
te; quieru, sin embargo, yredarme
bvy con estos retratos, a' fin de que
los vea la señorita Asela y hasta
mañana que tengas a' hacerla otra
visita.

— Si, si, señó Finan; hasta ma-
ñana.

— Hasta mañana, Sidrin.
Y el negro bajó la escalera,

exclamando a media voz "¡Pobe omíta!
¡Pobe omíta Abela!"

XIII.

Moriv presentise, efectivamente,
en casa del baron y, si bien ignoramos
lo que entre los dos se habló, sabemos
estuvo allí a punto de suicidarse,
mientras Sidrin se hallaba en casa
del señor Finan; y sabemos que el ba-
ron, en vista de ello, le obligó a per-
manecer allí, sin consentir saliera a
parte alguna, durante la tarde y nu-
che de aquel día.

El siguiente proximo, bas-
tante de memoria, volvió Sidrin
a casa del señor Finan. Abela aca-
baba de levantarse y, oyendo la voz

Del negro, salió a su encuentro al punto y mandóle entrar en la habitación en que Amelia cosía y estaba también su esposo.

Entrados allí los cuatro, en confidencia, dispensada a Sidrin hacia muchos años, por su madurez, irreprensible conducta y lealísimos servicios, tomó el primero la palabra y dijo:

— Señor Mingo estar allá y querer a yer matar a si, mientras yo estar aquí.

Ella se estremeció.

— ¿Suicidarse?, preguntó el señor Finam.

— Si, señor Finam suicidarse a si. Mi señor Secir a mi ha' pogueto almucxo punto pa' salir yo no saber don se.

— ¿Sale de Madrid tu señor?

— Mi señor, señor Mayo y yo. Luego, se
ñor Mayo sacó a mi par señorita Asela
esta cosa (sacando un objeto del bolsillo)
y yo volver aquí.

Era una lindísima caja de éba
no, con embutidos de nácar; caja peque
ñita, especie de neceser, que sirvió
entregó a Asela y en el cual iban dos
rosas secas; una cartecita de papel
que encerraba dos yerbecillas, también
secas; y una carta, además.

Las rosas y cartecita eran
las que en Halcurín había dado Asela
a Morio y la carta, sentidísima des
pedida de su amante; carta que con
gruesas lágrimas humedeció Asela,
al leer su contenido, y carta que co
pionamos desde luego aquí, si la mis
ma Asela no la rasgase en menu
ditos pedacitos, como se leida la
rasgo, a vista de Amelie, señor

Finan y el portador Si'brin, quedando en profundísima melancolía sobre el sofá en que estaba.

Amelie y el señor Finan contemplaronla así un rato, los ojos en lágrimas arrasados á su vez, y Si'brin, enjugándolos con el reverso de su negra mano, exclamaba, sin reboto

— ¡Hálgame Dios! ¡Cuanto sufrir!
¡Cuanto penas! ¡Sobe amita!
¡Hálgame Dios! No poder ser así Si'brin.

Dirigiéndose despues al señor Finan, añadió:

— Señor Finan, yo machar; mi señó baron y señó Mayo punto á partir; retatos aqui quedar y señó Finan guardar aqui hasta yo volver.

Esto dicho, se levantó; despidióse de las señoras; acompañóle

hasta la escalera el señor Finan y, des-
pidiéndose allí de este, dijole á ma-
día 402.

— Metato josen, señó' Finan, á ami-
ta Asela mucho enseñar.

— Adios, buen Sidrin, adios.

El señor Finan volvió junto á las
señoras y, si bien no creyó oportuno ense-
ñar entonces á Asela el retrato de Ame-
rano, ni hacerla insinuación alguna, re-
lativamente al proyecto de Sidrin, de-
seaba destruir, ó neutralizar, al menos,
en cierto modo el mal efecto de la sur-
presa recibida á medio de otra sorpre-
sa; llamar su atención hácia objetos
masos; distraer, en fin, su ánimo.

Cierto de que nada la impor-
taría saber que el barón tenía un hijo,
que ese hijo podría ser, tal vez, recu-
rrido, heredero de la fortuna de
su tío; y cierto, asimismo, de que

jemas ilusionara a Abela esta fortuna,
pues pensaba de la manera significada
al baron por el señor Tinan, cuando las
cartas le lleyó de Eladia, hizo la relacion
sucinta de la historia del medallon que
hecho habia ya a Amelie y oyó a se-
la con interes. Historial lastimosa, este-
reotipo, fotografio al punto en su ima-
ginacion el triste cuadro de la vida
de D.^{no} Tadeo y su hija, sumidas en la
indijencia y siendo partir para el ejér-
cito a Emerano, unico apoyo con que
contaban; se despertó en su corazón sen-
timientos compasivos hacia las dos pri-
meras, de simpatia hacia el segun-
do y de preocupacion hacia su tío que
debiera remediar tanta desventura,
ya que en parte la habia causado.
Asi es que ni ver quiso siquiera
el medallon; pero dijo al señor Ti-
nan:

— ¿Pues existen seres mas desgraciados que yo, estando en mistra mano, tal vez, hecer, si no felices, me nos infortunadas, a esas dos mujeres, hagamos desde luego algo por ellas, se ñor Finom: otros lo han hecho y hacen tambien por mi; ¿Qué no debo yo a mi tio!; ¿Qué no debo a Amelie y a G!;

Amelie y el señor Finom se enternecieron y Adela continuó:

— Mi tio, en medio de todo, es bueno. Ignora, sin duda, el desamparo, la triste situacion de esas mujeres, asi como la existencia de Emerano y preciso es sepa y conozca esto. Emerano está ya hoy en carcerá; mas su madre y su abuela, como estarán! Ni pan siquiera tendrían, acaso.

— Emerano les envía algo mensual mente, contestó el señor Finom, y

algo tendrán aún de lo que en Biarritz cosechasen.

— Emerano; qué podrá ensiarlas!; y de lo que en Biarritz cosechasen, ¡ qué han de tener al cabo casi de un año! Yo, si Amelie y ϵ . me acompañan, quiero á mi tío presentarme, hablarle de esas mujeres, apenas sepa que á Madrid ha ϵ . el tío; quiero que convenientemente las seorra y reconozca á su hijo.

— Por mi parte, pronta estoy, si jo Amelie.

— Empresa un poco ardenturada y difícil es, repuso el señor Finam; creo mejor la confiamos á Sidrin. Lo que si podríamos hacer sería pasar á la calle de Anoniel y dar al guma cosa allí á la madre y abuela de Emerano.

— Ahora mismo ¿ Quiere ϵ , señor

Finan?

— Sí; mas no sabemos el número de la casa, ni hasta por quien preguntar

— Por la viuda de D.^m Fedeo.

— ¿Llaman a D.^m Fedeo conocido en esa calle, si nunca vivió en ella? Esperemos, Asela, la viuda del baron y de Sidrin.

— ¡Y, mientras, señor Finan, y mientras!

— Pedirán limosna; Cuantas, conmigo, estarán en igual caso!

— Pedir limosna, señor Finan; morir de hambre, acaso, la madre y abuela del hijo del baron de Isvar que paga lacayos y arrastra coche...! Solo de pensarlo me horrorizo.

— Me gusta, Asela, ese modo de vivir; me gusta esa filantropía; iremos, si U. se empeña, a la calle de Amiel; pero, llegados allí, ¿qué hacemos?

— La Providencia, respondió Amelie, que ordena y dirige todo, no abandonará seguramente, á esas infelices y vnelto que sea el baron, cuando el remedio esté, tal vez, en nuestra mano, como Asela dijo, haremos por ellas lo que se pueda.

Y presaleció la opinion del señor Finan.

XIII.

El baron de Isoar quiso distraer tambien á Mario, llevándole á via jar. Salio de Madrid con él aquella mañana misma, acompañado, cual siempre, de Sidrin. Dirijieronse á las Provincias Vascongadas, deteniéndose en sus mejores ciudades; atráse

saron el principado de Cataluña, se
teniendo igualmente en Barcelona; fue
ron luego a Valencia, y, corriendo, por
ultimo, el hermoso pais de Andalucia,
quedose Mario alli, al lado de unos
parientes del baron, y este y Sidrin
volvieron solos a Madrid, al cabo de
un largo mes.

Durante este viaje, Sidrin
meditaba diariamente en la para
el inmejorable boda de Asela con E-
merano; discurría, filosofaba, a su ma-
nera, acerca de su proyecto; queria
llevarle a termino y lo que mas
le fatigaba era como haria saber
a su señor la existencia de su hijo,
a fin de que por tal le reconociera.
Acordabase mucho, ademas, de la
madre y abuela de Emerano; del
hombre que las dos experimenta-
rian; de si moriria, acaso, alguna

De ellas; ansiaba, en fin, hacer dueño
al baron del secreto confiado al señor
Finon y nada, sin embargo, se atre-
via a manifestarle. Proximos a Ma-
drid, observó el baron una mania
na cabizbajo y taciturno a Sidrin,
observable meditativo y, no siendo es-
to lo ordinario en él, comprendien-
do que algo grave debía embargar-
le, hablóle así:

— Has, Sidrin, como una mómia. ¿Qué
es lo que te preocupa, que nada si-
ces hoy? ¿Es que deseas descomen-
zar ya en tu cama de Madrid?

— Yo pensar, señor, en dos mu-
jéres.

— ¿En dos mujeres y a tu edad? ¿Co-
mo es eso?

— Si, señor; en dos mujeres, mucho en
fema, una; viejecia, otra y entambas
moris de hombre, si Dios no remediar.

— ¿Dónde están, dónde habitan esas mujeres? ¿Las viste tú? ¿Las conoces? ¿Te pidieron algo alguna vez?

— Yo conocer y hablar un día a ellas; yo algo dar a entrambas y en Madrid, calle de Ananías, vivían.

— ¿Y, si eso tú sabías cuando salimos de Madrid, ¿por qué entonces no me lo dijiste y las hubiéramos socorrido?

— Casa de ellas yo invocar, señor; solo, si, saber calle de Ananías vivían.

— Averigua la casa, tan pronto lleguemos a Madrid; te daré el dinero que tu prudencia te aconseje y se lo entregarás.

El barón y Sidrin llegaron a Madrid de noche y el segundo la mañana inmediata, visto que hubo Misal, dirigióse acto continuo a la calle de Ananías, entrando en la cual una Cruz de parroquia, seguida

Se un cadáver, un sacerdote y algu-
nas pobres mujeres, fue lo primero
que a sus ojos se presentó: luego, en
la puerta de humilde casa, una an-
ciana, llorando, mesándose sus cabe-
llos del todo blancos, y despidiéndose
a gritos para siempre de su hija.

Nuestros lectores habrán re-
conocido ya a la madre de Esmerano
en aquel cadáver y en la anciana
que así gritaba a su abuela la Vie-
ja de D. Tadeo.

Descubriose Si Drin ante el
símbolo de nuestra redención y
apresuro sus pasos hácia la ancia-
na. Conocióla ella al punto y, sa-
biendo a su encuentro, siguióle con
acento el mas lastimoso:

— ¿Dónde estuviste, buen hom-
bre, que antes de ahora no vinis-
te aquí? ¿Viste ese cadáver

que ahí va? Es mi hija! buen hom-
bre. Es mi hija! a quien con 415al
camin hallarías, si vinieras aquí ayer.
¿Por qué, si, te has olvidado tanto
tiempo de nosotras.....?

— Casa sueta yo inventar, mujer; vos
a mi no más que se calle hablar, yo
estar fuera un mes con mi señó; mu-
cho me acordar de vos y muy po vos
agrar venir.

— Ah!, buen hombre, mi buen hom-
bre en que hora llegas.....! Ahora
si que soy del todo desdichada! Hija,
sin hijos, sin nieto, sin recurso algu-
no; que va a ser de mi ahora.....?

— En Dios comienza mucha, que
Dios no abandonar a vos, si vos ca-
minar a él.

— Eso un día me dijiste; y no creas
que de Dios nos olvidamos, ni de ti,
mi bienhechor, no; mas, desde que

nos dejaste, si supieras lo que pa-
saría mi hija, lo que yo sufrí y la
necesidad que pasamos ambas!. Si
lo supieras, buen hombre!. Hija
querida....! Y, al fin morir, sin
el consuelo siquiera de ver a su hijo
y despedirse de él....!

— Dio' querer así; bendicir a Dio',
Sueno y sueño de todo que, si algo
fue a' nos, poder de golpe tambien
quitar.

Y esto viviendo, cuando hacia
la calle de Fuencarral batian tam-
bores, como si entrasen tropas, entró
Sibrin con la anciana en un piso
bajo y, sentado allí en suro banco,
consolaba del modo mejor posible
y la ofreció volver con algun socorro
cuanto antes le fuese dable. La an-
ciana dijo entonces:

— Tienes razon: confianza en

Dios. La Providencia quiso que me
samente me tropezaras... Pero, sin
hija, sin nieto, ¿qué me importa
ya la vida? ¿Qué puedo ya si-
vir yo miserable vieja con los pies
en el sepulcro...!!

— Vivir mientras Dios quier. Pude-
- Nieto ¿qué decir? Repetir, que
voluntá de Dios y jamá ofender á
él.

— Tienes razón tambien. Cróte
como á un bráculo y aqui te espero,
de hoy á mañana, sin falta al-
guna. Mira, amigo mio, si te
olvidas de volver.

— De hoy á mañana, eperanza
en Dios, algo pa vos yo aqui taer.

Y Vivir, levantándose, se
jó el piso bajo y menos aflijida á
aquella mujer, sentada en una
silla, puesta sobre su respaldo el

bravo derecho y apoyada en la mano la
cabeza. Vinse a casa del señor ^{Financ}
que nada sabia aun de su regreso;
habló a las señoras; hizo a los tres
breve reseña de su viaje; dijoles
cuanto en la calle de Amaniel a
cababa de sucederle y esto ultimo
entristeció a Aela hasta el extre-
mo de exclamar:

— Sobre madre de Emerano, muer-
ta, quizá, de aflicción y de mise-
ria!

— Como ha ser! Dios eto pemi-
tir! Nos alhá rexar no má, rexar.
pó ella y a viejea socorrer.

— Buenísimo Sidrin, tu hiciste
lo que ha un mes quisimos hacer
nosotros y no pudimos, por no estar
tu aqui e ignorar la casa de esa
anciana.

— Yo, amita, casa de ella saber

amí hoy; hoy, o mañana, volver allá
y a viejecia algo llevar que yo pedir
a mi señó

— Hoy, Sidrin; ahora mismo, si
te es posible. Y dirijiéndose al se-
ñor Finam, añadió: Enviemola, se-
ñor Finam, tambien nosotros algu-
na cosa, si se quiere.

— Eso iba a proponer.

Y Asela fue a su bolsilli-
to y puso en manos de Sidrin sus
escudos; dióle Amelia otros dos y lo
mismo el señor Finam, dándole es-
te, al propio tiempo los retratos.
Luego, dijo otra vez Asela:

— Vete pronto, Sidrin; vete jun-
to a mi tío; pídele una buena li-
mosna y corre a casa de la anciana
na que se llena estorva de hambre
y de dolor.

Marchó Sidrin con los

seis cuadros y los retratos, acerca de los cuales, especialmente del de Emérito, que Asela viera ya, nada pudo hablar entonces con el señor Finem. Mas, reflexionando en la escalera, volvió atrás de prisa; llamó a su amita; entró nuevamente en la habitación, donde que Saran esta, Amelie y su esposo, y dijo a los tres:

— Una cosa ocurrir a mi y aquí volver.

— Dila, si es cosa tuya, respondió Asela.

— Mía, no; de amita, si; voy solo ocurrir a mi, ma antes ocurrir a amita.

— Dila y no pierdas tiempo, si Srín.

— ¿Hedá que descom un día ser a viejeía y no poder?

— Si y ¿qué?

— Que hay poder. Cinco y media, ca
sa de viejeia y o etar y, si amita que
ver ir, yo alli eperar en pueta; ami
ta alli ser a mi y asiento sin pregun
tar; Heda que eto ser mejo' y ma
de etimar, amita?

— Habla bien, contesto el señor Si
non.

— Bien, amadieron Amelie y
Asela.

— Entonces, enatitos quedar ahi y
pata la tarde.

— Hasta la tarde, Sidrin, dijeron
las señoras y el señor Sinon.

Dejó Sidrin alli el dinero y re
tirandose a casa de su amo, de donde
no pensaba salir ya hasta la tarde, ve
al llegar, se en la pueta misma de
la casa a un soldado, fuesil al hombro
y en la mano una bolita. Aceleró el
paso, saludó a aquel y cogió la bolita.

ta que decía: "El señor baron de Isaac alojaria por tres dias a un señor capitán". Subió luego junto a su onno, enseñóle la boléta y el baron, que gustaba poco de alojados en su casa, ordenóle buscarse habitacion decente al instante en qualquiera casa de buenos paeses. Espelóse a la calle Sidrin y, marchando con el soldado en busca de habitacion, tropióse a corto trecho con el capitán que, viendo a su asistente, le preguntó:

— ¿Sabes ya la casa que se me destina?

— Este hombre va a enseñar mala, contestó, señalando al negro.

Sidrin quedóse parado un rato, examinando al capitán. Parecía le haber visto en alguna parte a quella cara, pareciase el verdadero original. Del retrato de tarjeta

que poseía, pero una cosa le faltaba;
su retrato no era de capitán y si solo de
oficial; la fisonomía, sin embargo, era
exactamente la misma y Sidrin, sin
mover atrás, ni adelante, no hacía
más que mirar de hito en hito al ge-
fe militar y, saltándole el corazón,
temblándole casi la voz, dijo:

— Yo conozco al señor de cita; ma
señor no conoce a mi.

— Bien puede ser, respondió el ca-
pitán.

— ¿Tener, señor aquí en Madrid fami-
lia?

— Mi madre y mi abuela.

Sidrin, dejó correr la frase
y repuso

— Calle de Amiel; ¿está?

— Si.

El negro sacó de su bolsillo el
retrato de tarjeta, que por casualidad

Llevaba y, enseñándole al capitán, le preguntó:

— ¿Ser este retato vuestro?

— Efectivamente, pero en traje de oficial, porque capitán lo soy de muy poco acá.

— Entonces, yo tener honor de hablar con señorito Emecmo?

— Emecmo es también mi nombre. ¿De Sonda, pues, me conoces tú, sabes como me llamo y parece hasta que te intereso?

— Yo conmigo ser de abuela de señorito y esta tarde junto a' ella ir. ¡Pobrecita! ¡Cuanto querer a' nieto...!

Y Sidwin echó a' andar, seguidos del capitán y su asistente, pues, si bien impulsiones tuvo de tornarse a' casa con aquel, desistió al punto de esta idea y prefirió obedecer las órdenes de su señor, tanto más,

cuanto su idea se le ofreció de súbito, la
del reconocimiento de Emérico en casa
de su materna abuela.

Llegados a la primera de
Inés pedes que se le pareció mejor, alojó
en hermosa sala al capitán y dijo le
antes de despedirse.

— Señor Emérico ¿querer algo esta tarde
pá abuela?

— A mi madre y a mi abuela pienso
que también esta tarde. Nada me ha
blas de mi madre y ella vive con mi
abuela; ¿No las conoces?

Sidrin no sabía casi que res-
ponder; quedóse pensativo un rato, fi-
jos los ojos en el suelo y el capitán, alar-
mado entonces, preguntó:

— ¿Qué es de mi madre?

— Madre, con Dios está, señorito.

— ¿Qué dices? ¿Murio' mi
madre?

— Ayer, servito, ayer. Yo cadaver to-
porar eta maniana, cuando ir a saber
de casa, pa' allí algo dejar Seposé y
yo consolar a' cabneta, mientras tam-
bor hacia Francaral batir.

— Con dirección al cuartel de
Aranda, entráramos há' poco tres
batallones y entonces, entonces, sa-
lía, Dios, de casa el cadaver de mi
madre.....² ¡¡¡ Ah!!!

Y, cayendo casi desmayado
sobre un sofá, contemplar un le-
casi un momento a' D'vín y el asis-
tente. Luego, tiró sobre el sofá
mismo el todavía empolvado Bós
y, llevándose la mano a' la frente,
exclamó, con dolor profundo:

— Madre mia!, Madre mia!
¡Qué de lágrimas te he' costado!
¡Cuanto lleras padecido...! De
¡jódme solo.

Levantóse seguidamente y, dirigiéndose al negro, anunció:

— Pero tú, buen hombre, no faltes esta tarde del lado de mi abuela; yo estaré también allí.

Sibrin y el asistente se retiraron; este, a un pequeño gabinete, no lejos de su jefe, y aquel, a casa del barón su amo.

XXIV.

Cansado Sibrin de tanto correr, durante la mañana; mal repuesto aún de las fatigas del viaje con su amo y María y afectado su espíritu con las escenas encerradas, amargas y dolorosas más, dulces y alegres otras, sentía como especie de mareo y, entrado que hubo en su

cuarto, tendiose sobre la cama, no á dormir precisamente, que no podía, si á reposar y completar en su cabeza el plan que allí bullia de una jeneral entrevista en casa de la abuela de Emérico; plan muy adelantado y que á Sidrin ilusionaba, haciéndose con recibir grandes esperanzas al favorable éxito del proyectado enlace de Asela con el capitán su primo. Estúvose en cama, pues, como dos horas, completó su plan y, presentándose luego al baron, le habló así:

— Yo, señor, calle de Amaniel estar.

— ¿Viste á tus dos mujeres? ¿Sabes ya su casa?

— ¡Oh! señor, qué segacia! Infama, muéta ayer, cadaver que yo tipear en calle; viejecia, toda á llevar en guito, pié de casa, mientras cadaver llevar un sacerdote.

— ¿Y qué has hecho?

— Yo a viejecita consolar y ofrecer esta tarde algún socorro.

— ¿Has ahora allá? ¿Qué piensas Sorla?

— Lo que mi señor querer.

— Yo no sé las necesidades de esa mujer, no la conozco, tu Sorla.

— Qué yo, señor, decir, yo rugar ser a viejecita mi señor y por si mismo socorrer a ella. Ser oba buena, señor; casa de ella no estar lejos y ella mucho aga decir. Pobecita!

— Ya, pues, vamos pronto. Dero dime, amadio, cogiendo dinero de una gaxeta, ¿alojaste a ese capitán, cuyo asistente estuvo aquí?

— En sala hermosa a mi gusto, como que yo conocer a él; Qué guapo y joven señor! Yo desear que mi señor conocer tambien a capitán.

— Duesto que, segun la bolleta, le ten
drimos aqui tres dias, cuando menos,
se vuelta le visitare y hare venga
manana a comer conmigo.

Y esto dicho, siendo como las
cinco de la tarde, puso el baron
su sombrero, coge Sidrin el sayo, ba
jan la escalera y, solos ambos, se di
rijen a la calle de Amaniel, entrados
en la cual, se ve Sidrin la casa, que indi
ca a su amo, y, juntos al pie de ella,
queda alli el baron un rato, mientras
el negro abre y anuncia a su señor.

Sidrin noto el piso bajo bastan
te mas aseado que a la manana, mas
aliviada a la mujer, que las sillas y tras
tos viejos e inutilis habian desaparecido
y sido reemplazados por otros no tan
usados, que el capitán estaba ya
en compania de su abuela, esta en
la misma actitud, no obstante, que

la Señora y aquel paseando a lo largo
de la habitación. Saludó a uno y otro;
comenzó la visita de su amo y, mien-
tras el capitán fué a recibirle a la puer-
ta, Sidrin, acercándose al viso de la
abuela, dijo en voz baja "Historia
que vos contar un día a mi, hoy con-
tar también a mi señor" Retiróse
a un lado luego, para que pasase
este; retiróse a la puerta de la ca-
lle y el barón, a quien chocó un
poco la presencia allí de un capitán,
cuya figura más le interesó, no obstan-
te, prescindió de esto y, adelantán-
dose hacia la anciana, que en pie
aguardaba ya, dijo, a su vez, con
carino:

— Sentaos, buena mujer.

— Vos, señor, sentestis ella.

El capitán alargó una silla
al barón y todos se sentaron. Ato

continuo dijo el baron:

— Por de negro que me acompaña se habrá unos tres dias que nuestra necesidad es muy grande; acabo de saber por el vuestra desgracia de ayer y él es quien aqui me trae ahora.

La vieja rompió a llorar y se limpió los ojos con la mano; el capitán sintió húmedos tambien los ojos y enjugólos con el pañuelo blanco de su bolsillo. Chisó de nuevo esto al baron y, sin embargo, continuó:

— Decidido, pues, a socorrerlos, a mejorar en algo vuestra situacion, no quisiera me tacharais de mercenario y preciso es, por tanto, digais lo que racionalmente habré de daros.

El capitán sufría en este instante; sufría en su amor propio, y la vieja respondió:

— La Providencia, Señor, en me

dio de mis desgracias, nunca me abandonó. Del todo, antes vino siempre en mi ayuda, cuando parecía que los recursos de la tierra me faltaban. Tengo, señor, mucho que agradeceros y mucho á ese buen servidor que os acompaña. Él, ya en otra ocasion angustiosa, me trajo socorros vuestros, á tiempo que en Biarritz me hallaba yo con mi hija; habiéndome vos mismo socorrido años antes: sí, y os miro con placer, señor, porque recordando estoy vuestra generosidad, recordando la noche en que, al salir vos de un teatro con una señorita, me disteis en oro, lo recuerdo bien, me disteis en oro cuatro duros, subiendo á vuestro carruaje. Era en 1762, si no me engañó.

— En esa época tenía yo conmigo á una sobrina y recuerdo, á mi vez que una noche, saliendo efectista

mente del teatro, se nos acercó una
hergonzante, a quien di' entonces una
moneda; por cierto que, cuando nos
pidió limosna, supuso mujer mia a
mi sobrina.

— Aquella hergonzante era yo, se
ñor; yo que, loca de contento con la
moneda, beséla agradecida y desca-
parecí.

Sidrin vé a Asela, a Ame-
lia y al señor Finom que caminan por
la calle; háceles una lijera seña y,
corriendo Asela de puntitas, llega, a
bre la puerta el negro y entra la
primera, siguiéndola inmediatamente
Amelia y su esposo. Grande fué
entonces la sorpresa del baron que
no soñaba en aquel encuentro; gran-
de asibien la del capitán y su abue-
ta; pero, sobre todas, la de los
recien llegados que, conociendo a E-

merano, no sabiam tampoco en él,
ni sabiam á que atribuir el verdadero
objeto de la reuni6n á que asistian. So-
lo Amelie y el señor Finem entrecierón
allí la mano de Sidrin, modesto per-
sonaje de pechos sobre la media bo-
ja de la puerta de la calle, latien-
do el urarón y, vido atento, espe-
rando el desenlace de su obra.

Saludáronse cortesmente los
unos y los otros, no sin reciproca tur-
bacion; alargó sillas á las señoras el
capitan y, todos sentados ya, pro-
siguió la anécdota:

— Esta señorita, indicando á Ase-
la, ó meñó yo, ó es la que os acom-
pañaba la noche de que hablaba
mos.

— Esta es, con efecto, mi sobrina,
la misma que en esa noche subía
conmigo al carruaje.

Asela, que en la conversacion
no estaba cuin, ruborizose ligeramen-
te; Amelie y el señor Finem miraron
se entre si y los tres nada dijeron, se-
cundo solo se fueran todos, incluso el
capitan, para entregar a la abuela
su limosna. Luego continuo el baron.

— Hablabais ha un instante de
Diarritz y de que mi negro os socor-
riera alli de parte mia. El y yo vamos
a ese punto algunos dias. Sobre
vos, escasa de recursos, ¿sais tambien
allá?

La conciana enarro' entonces lo
que mas oportuno la parecio' de la his-
toria recomendada por Sidrin y llegan-
do a la parte referente al embarazo
de su hija, al orijen y nacimiento
de su nieto, presenta este, muerta
el dia anterior a quella, dijo:

— Permitidme una breve pausa;

pues se me oprime el corazón, como si
fuera á darme algo.

Acerósele el capitán, iban á
acercarse Aréla y Amelie; pero ella ma-
nifestó al punto:

— Ya pasando. Los sufrimientos, se-
ñor, gustan mucho; la enciermedad, por
otra parte, es muy debil; luego la fa-
tiga.... Además, voy á ocuparme de
mi hija, á quien perdi' ayer, y de mi
nieto que ahí está, señalando al jorcen
militar, único consuelo, después de Dios,
única alegría que en el mundo me res-
ta ya.

A estas frases, todos se enter-
necieron; el barón, al propio tiempo,
miraba y remiraba al capitán, empe-
zando á abrigar sospechas de si sería
verdad, ó no, lo que oía, pues mal á
su juicio comunicaba cuanto Sidrin
le había dicho con lo que veía allí;

y Sidrin, el mismo Sidrin, temblaba,
pensando en lo que iría a decir la vie-
ja.

— Mi hija, siguió diciendo, está con
Dios y hablare muy poco de ella. Se
suicida, engañada, há veinticuatro años, por
un señor desconocido; flor marchita en
temprana edad; madre, sin ser es-
posa, y, antes de madre, enteramente
abandonada del seductor, crió y educó
el fruto de sus entrañas, criamos le
y educamos ambos, a costa de priva-
ciones que no os dire' tampoco, solo,
si, que, cuando empezábamos a respi-
rar y a vivir del trabajo de mi nieto,
la patria en 1862 nos le arrancó para
el ejército.

— Nunca el seductor de nuestra hija
la atendió con algo?

— Tomás, señor.

— ¿Le conocéis vos?

— Ni aun de vista.

— De suerte que nuestro nieto ignora todavía quien sea su padre y solo su difunta madre podría reconocerle, si le viera.

— Ella solo, señor.

— Pero ella indagaría su nombre y paradero; se le presentaría alguna vez; diriale que era madre; buscaría, en una palabra, al mal caballero, al padre desnaturalizado, para que comprendie se sus deberes.

— Nada. Mi hija, despedida de la casa en que servia á la Saxon, prefirió ocultarse en el seno de esta vieja á publicar su deshonor, entrando en ase signaciones.

— ¿Servia nuestra hija? Decid la casa y tal vez....

— Servia como doncella en casa de cierta familia honrada que á men-

Se visitaban personas de uno y otro sexo,
entre ellas, ese mal caballero, como
vos dijisteis, autor de su desgracia.

El baron palideció y estreme-
ció en su silla, cual si cayera un ra-
yo entre la vieja, su nieto y él. Ase-
lar, Amelia y el señor Timan no sabian
de que les pasaba y casi se arrepen-
tieron de haber puesto los pies aquella
tarde en casa de la vieja. Mas esta
continuo:

— Buenos caballeros, señor, se en-
uentran pocos y, como Madrid es gran-
de, difícilmente se busca en él a los ma-
los caballeros. Lo único que aquel de-
jó a mi hija, lo único que de él te-
niamos y de lo cual, al fin, nos despren-
dimos en Biarritz, obligadas por el
hombre, fue un medallón de oro con
un retrato que, a ser el suyo, nadie
entonces por él le conociera, decía mi

hija.

— Yo si conocer a' él, interrumpió Sidrin, acercándose y sacando el medallón que, juntamente con el retrato de la tarjeta, le entregara a la moñona el señor Finam y conservaba en el bolsillo; yo si conocer a' él; etc el retrato ser; etc el medallón que vos en Baita vender a' mi y yo recatar en honra de mi seño; etc, etc.

Y se desmelde a' su turno, quien, lleno ya de mesa boca, tendió una dulce mirada hácia el capitán y, fuera de sí, exclamó, dirijiéndose al mismo y tendiéndole tambien los brazos:

— ¡Hijo mio! ¡Hijo mio! Yo fui; yo soy el seductor de v'estra madre; yo quien debe reparar tanta villanía y abandono y yo los repararé. Abra' carne, hijo mio.

Y padre y hijo estrecha-

mente se abrazaron entre lágrimas de ternura. Todos, incluso Sidrin, allí lloraron; mas este último, con loco de satisfacción y de gozo, que, saltando casi y limpiándose el lloro, cuando con una, cuando con la otra mano, decía:

— Bien! Bien! Bien! po mi señó!

La anciana dejó su asiento y en pie, inmóvil, al principio, como una estatua, contemplando tan trágica escena, abrió luego los ojos y exclamó, a su vez:

— Dios de misericordia y de bondad, porque un día, un día mas no había de vivir la que ayer para vos llorasteis! Sonríenos, hija mía; sonríenos siquiera desde el cielo.

Y cayó de hinojos ante los pies del barón. Cojióla este

por entrembas manos y, levantándose
del suelo, dijo:

— Yo soy quien a vuestras plantas se
quiera caer, señora. Un abrazo tam-
bien y otorga dme perdón en nombre
de vuestra hija.

Abrazáronse cordialmente
y acto continuo dijo al barón Sidwin:

— Faltar, señor, una cosa había.

— ¿Qué? Dila.

— Señorito leaño abaxar a Anita.

Asela se ruborizó de nuevo y
preguntó su tío:

— ¿Emerano? ¿Quién es ese?

— Yo, señor, contestó el capitán.

— Fete retato de señorito, añadió
Sidwin, sacándole igualmente del bol-
sillo y entregándole a su amo; retato
que abuela regalar a mi en Bivita; No
decir a mi señor que yo conocer a él.

— Estoy, como tu, loco de alegría

y algo tiene que decirseme. Emerano,
abrazas a tu prima, si esta lo consiente
te.

Abrazaronse, por ultimo, sin
remilgas, antes de buena gana, los dos
primos y luego añadió el baron:

— Ahora, a mi casa todos; y tu,
Sidrim, quedate con la señora, que
en su busca voy a mandar mi carrua-
je y juntos en el iréis los dos.

y todos, con efecto, dejaron
el piso bajo de aquella casa y se
dirijieron a la del baron; Amelie,
en medio de este y del señor Finam;
Emerano, dando la derecha a su pri-
ma Asela, cuyos ojos tropezaban
a cada instante con los del gallardo
mozo. Llegados al pie de casa,
Amelie, Asela y el señor Finam, que
habian comido, no subieron y mar-
charon de paseo; pero el baron

les exigió palabra de que el siguiente día asistirían al banquete que pensaba tener, y tuvo, en señal de regocijo. Subió solo un Emerano; partió inmediatamente el coche en busca de la abuela y, entrado que hubo en casa, para desde entonces habitar, como habitó, en ella, lo mismo que su nieto, sentáronse a la mesa, donde aquella tarde tuvo su lugar al lado izquierdo de la anciana, y, terminada la comida, fué un lacayo en busca del asistente de Emerano y pagó lo poco que en la casa de Inés se adelantaba.

Dos meses después, la silla de D.^{no} Tadeo ocupaba una sepultura no lejos de su hija; Marín embarcaba en uno de los puertos de Andalucía para las Misiones de la Australia; el barón de Isaac marcha-

ba, como de costumbre, a los Baños de Biarritz, no solo con Sidrin, sino acompañado, además, de Emmeron, que dejara ya el servicio de sus armas, y Asela, Amelie, el señor Finan y su hijo Adolfo llevaban tambien a cabo su proyectado viaje a la Gironda. Pero Moriv, antes de embarcar, nos escribió que recogeríamos y guardaríamos sus títulos literarios y nombramientos de empleado. Recojimoslos, con efecto, no menos que todos sus demas papeles, entre los cuales hallamos, escrita de su puño, con posición poética que, por ser dirigida a Asela, por su melancólica dulzura y por estar en el dialecto, poco cultivado, del país que casi podemos llamar su patria, no vacilamos en copiar. y

Sicet asi:

AA*** (1)

Non vayas estano á Francia,
qu'a distancia
é moita, miña prendiña!
Non vayas á Francia, non,
ilusion,
vidiña da vida miña

Que s'a Gironda campiños,
mimosiños,
ten e flores anheladas,
Campiños aquí, meu ben,
hai tamen
e rosíñas estimadas.

Rosiñas qu'en collerías
e psoria

(1) Publicada en el n.º 5.º de La Ilustración gallega y asturiana q. salió en Madrid, año 1872, y en el n.º 59 de

na tua loura cabeza,
siquera non aumentasen,
nin chogasen
á tua gracia e lindura.

Hai viñedos, hai veiguiñas
e fontaiñas:

Hai regueiros transparentes;
Florestas encantadoras,
templadoras
Dos rayos do sol ardentes.

Orísticos dores verdosos,
ond'ansiosos
namoran os pajarínos
e cantan a rula e o gajo,
Sonde mayo,
facendo ali seus mininos.

Hai froitiñas delicadas:
hai risadas

nós sortidiños da ladeira,
en qu'ò son d'alegre gaita,
bombo e flauta,
bailam nenas a muiñeira.

Hai mercados e feiriñas,
con tendiñas
po-lo chan, ou sobre lousas,
con posteiros, tentadores,
de licores,
vosquiñiñas e outras cousas.

Vente pr'acá, meu consolo,
qm' estou sólo
e morro d'estar así:
Ven ajiña; ven lixeira;
faca honra a beira
dos carrociños d'aquí.

A Gironda; qué ch'importa?
¿Qué reporta

à t'hoje sua Delicia?
Espanhola; non nacihe?
i Non curriche
ja pobinhos de Galicia?

Juntos por estes pomares,
castanheiras
e robledas pasear'emos,
e, à sombra dos laranjeiros,
ou limoeiros,
entrambos nos sentar'emos.

E, quando alá tra-l-o monte
no horizonte
se poña o sol espellante,
juntos, sin nada envidiar,
pẽ da mar
ir'emo nos meditando.

E, mentra-l-as cingas crecen
e se mecen

sobre Sa mar as lancheiñas,
seus canto - Los merlos teñen,
Y un e señen
cifriconas andurriñas,

Nã font' aqui Sã Berbês,
se ti quês,
nos outros refrescarêmos
e, con falâgos tenriños,
gonosinos,
amores mil nos Sirêmos.

Non sayas pois, non à Francia,
qu' a distancia
è muita, miãa turriãa:
Non sayas à Francia, non,
ilusão,
viciãa Sa viciãa miãa.

Posteriorment

te supimos que Sidrin no había soñá-
do; pues, enamorado Emerano de su
prima, a quien diferentes veces vi-
sitó en la Gironda, Surcunte el ve-
rano de 1867, obtuvo, al fin la ma-
no de aquella, previa la oportuna
dispensa:

Que la boda se celebrara en
casa del baron a principios del
corriente año, cuando de regreso
estaban ya todos en Madrid:

Que madama Amelia y el se-
ñor Finan, como padrinos, demostriá-
ron entonces largamente lo muchisi-
mo que ambos querian a su ahijada:

Que Claudia abrazó cariñosamen-
te a su bizarro yerno y este a su her-
mana Sira

Que no faltó quien, siendo
tan acertado y juicioso enlace, pro-
pusiese el de la misma Sira con Adol-

fo, hijo del señor Finam:

Que el baron no cabia en si de contento y gozo, tanto que, al ver salir la linda novia tristemente vestida para la ceremonia, lejos de tener ya entonces celos, no pudo mas de decirle:

— Hoy, Asela, es el feliz dia de mi vida. No tuve, es cierto, el gusto de que fueras mi esposa; pero hoy tengo el de poder llamarte sobrina y hija, como en otro tiempo te llamaba, y tendré, al cerrar mis ojos, el de que tuyos sean mi título de Baron y mi fortuna. Estoy, pues, loco de placer. Abrazame, hija mia.

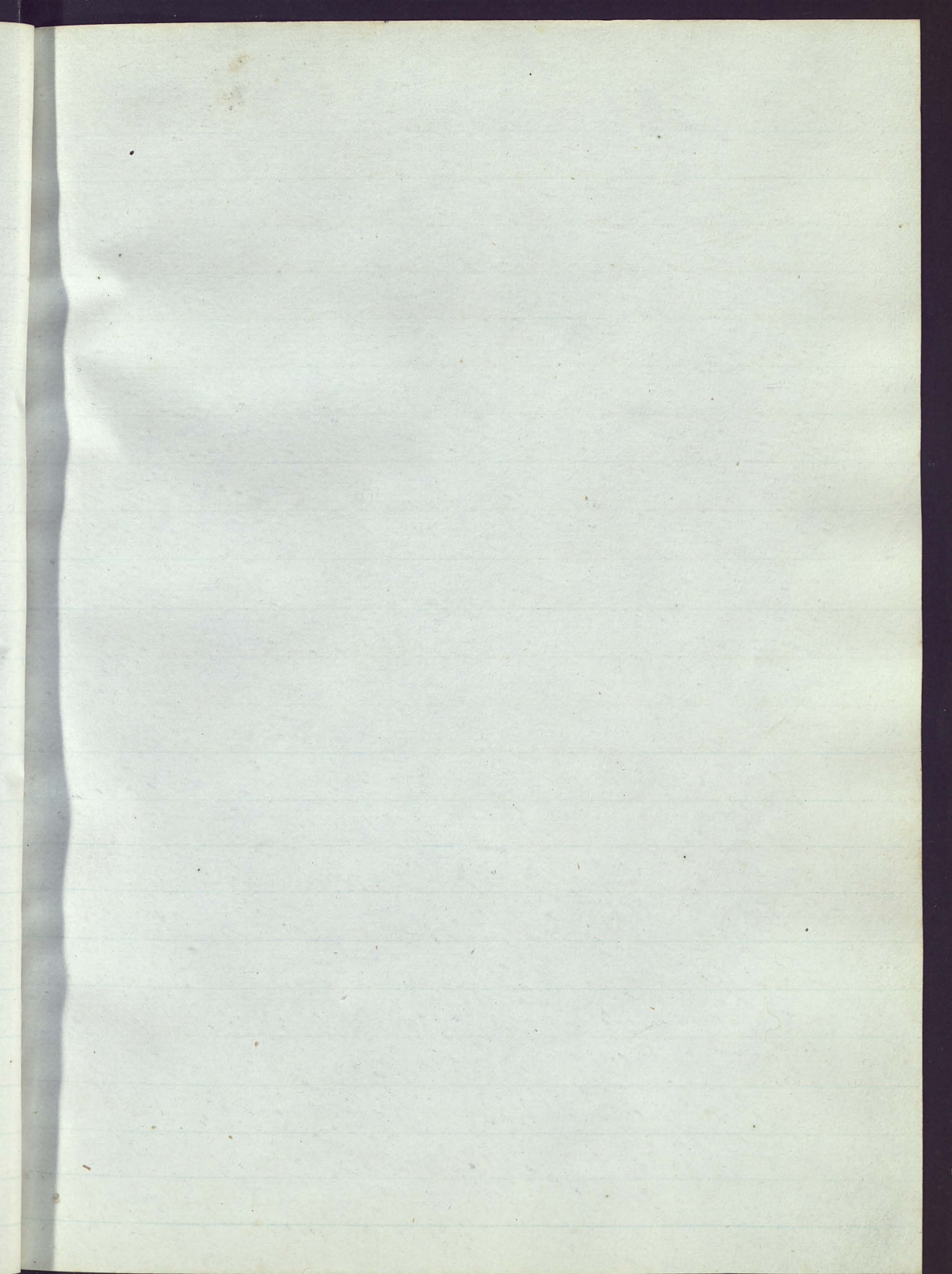
Que esto dicho y abrazado que hubo Asela al baron en suegro, llamo' el mismo a' Sibrin y con ojos enternecidos le dijo a' su vez tambien:

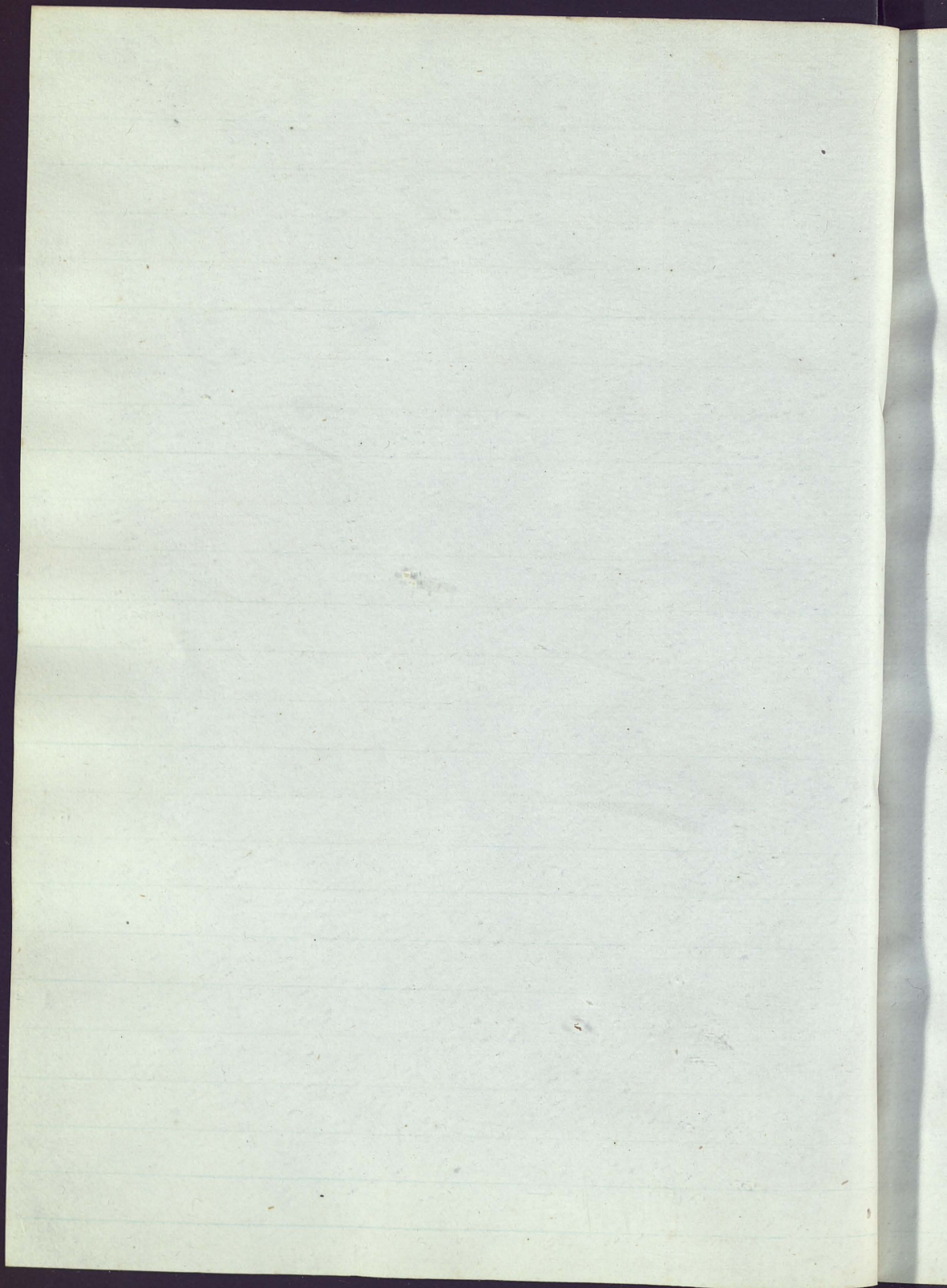
— Y tu, mi buen Sidrin, serás un
leal que rescataste el medallon de
mi retrato a costa de tus ahorros;
que hiciste comprender a un pa-
dre sus obligaciones; a quien, en
fin, sabemos todos la alegría hoy
de mi casa; tu, ¿qué pides, que
quieres para ti? ¿No deseas al-
guna gracia hoy de tu señor?

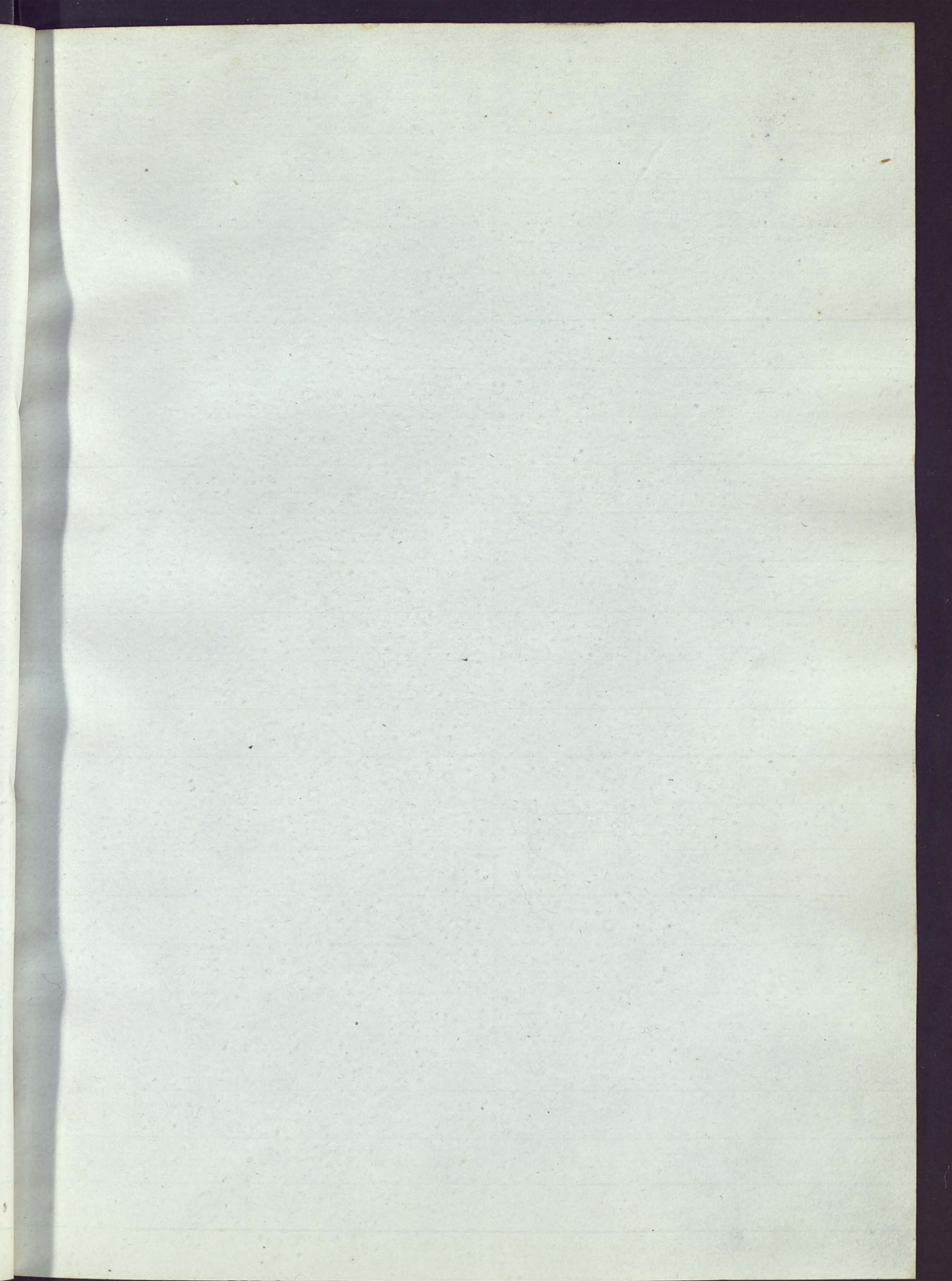
Que el negro respondiera
— Yo ná, señ baron. ¿Qué fal-
tar a mi? Hijecita, ¿qué deseas?
Yo solo quereer sibir, pa hijitos de
de amita llevar a escuela y compar-
jantilys a hijitos, si buenos como
amita ser

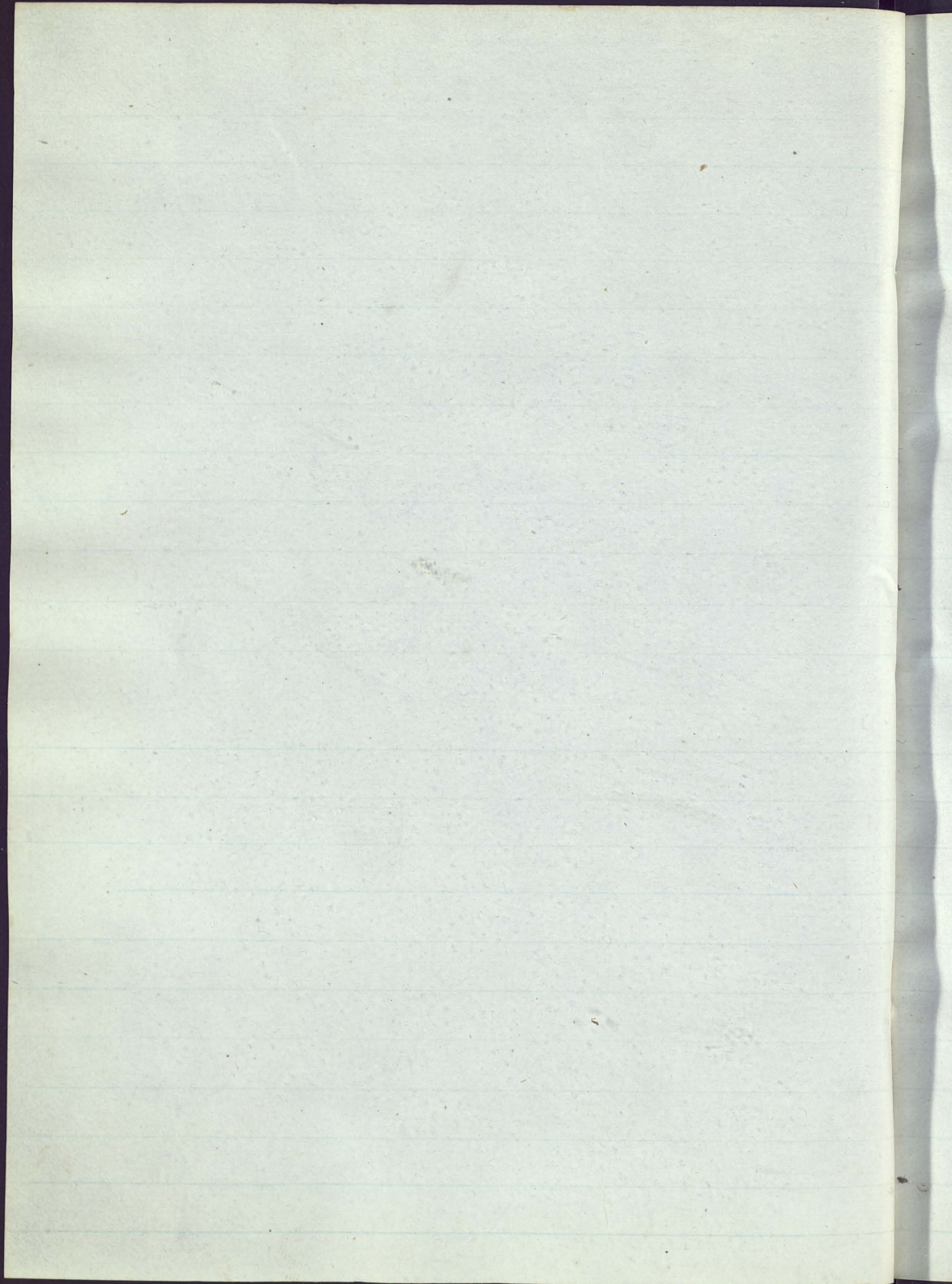
Y que la amita y Emera
no sonrieron y abrazáran a Si-
drin, abrazandole seguidamente el
baron y dandole desde aquel dia
su salario.

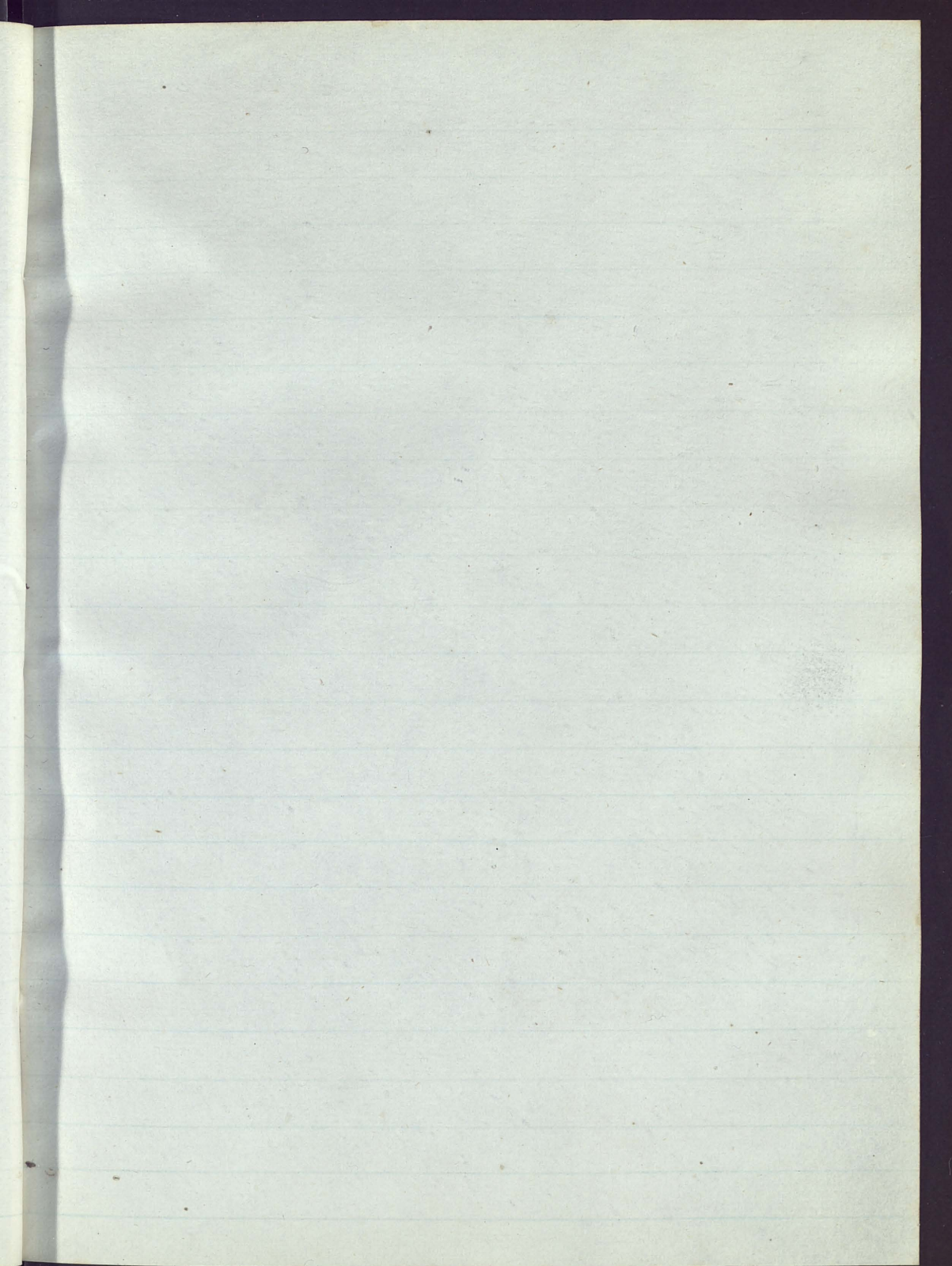
Fin.

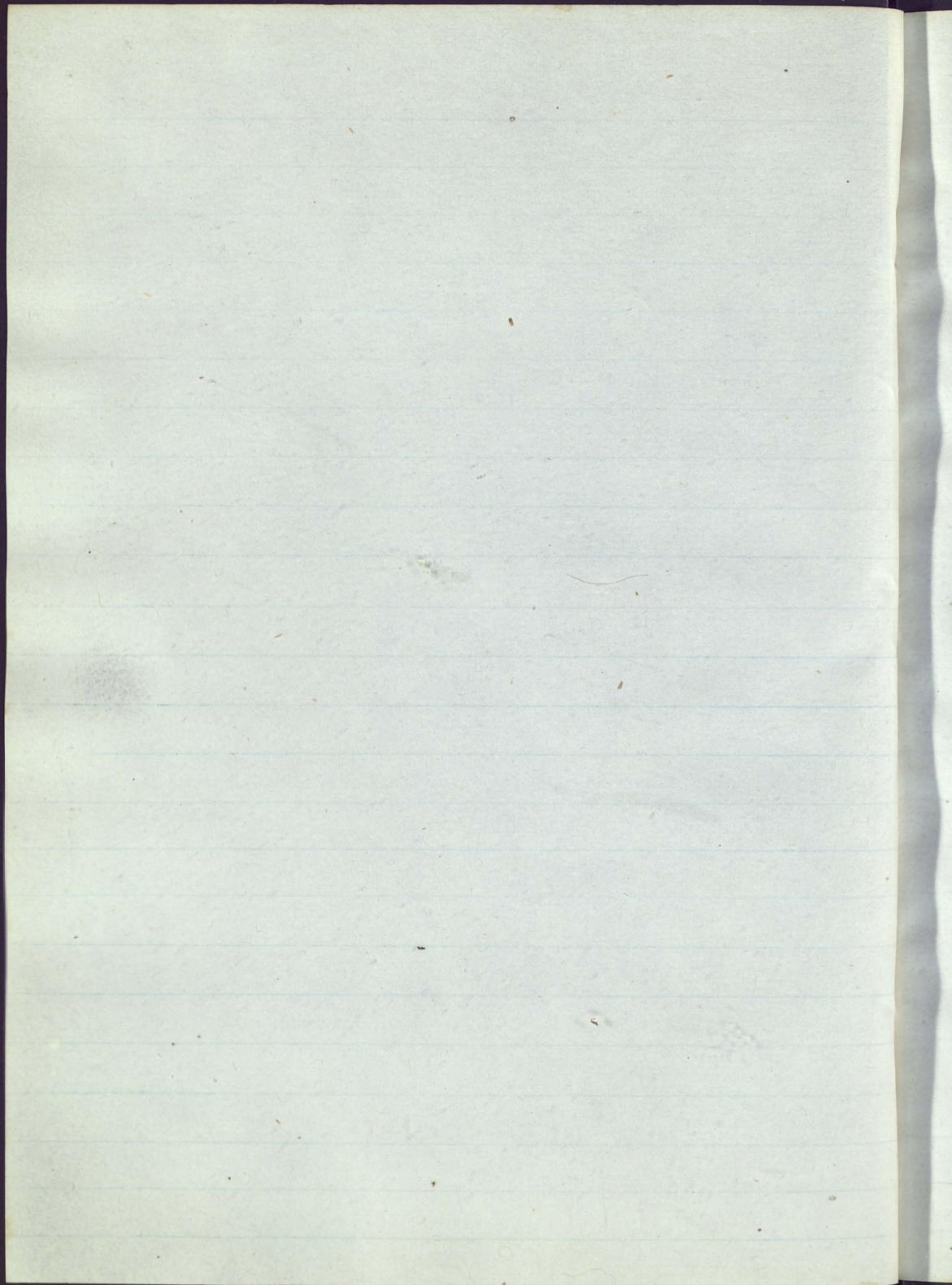


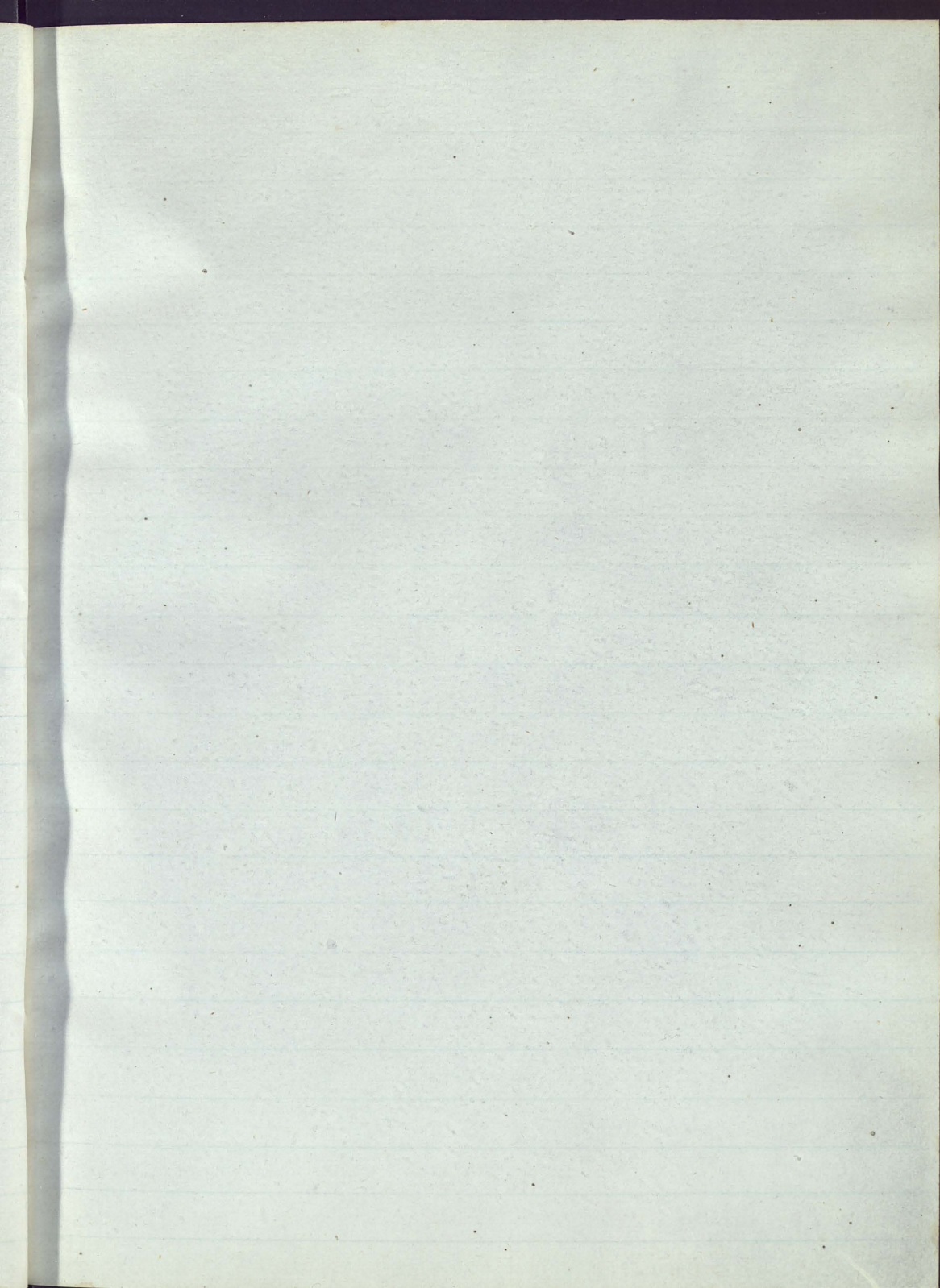


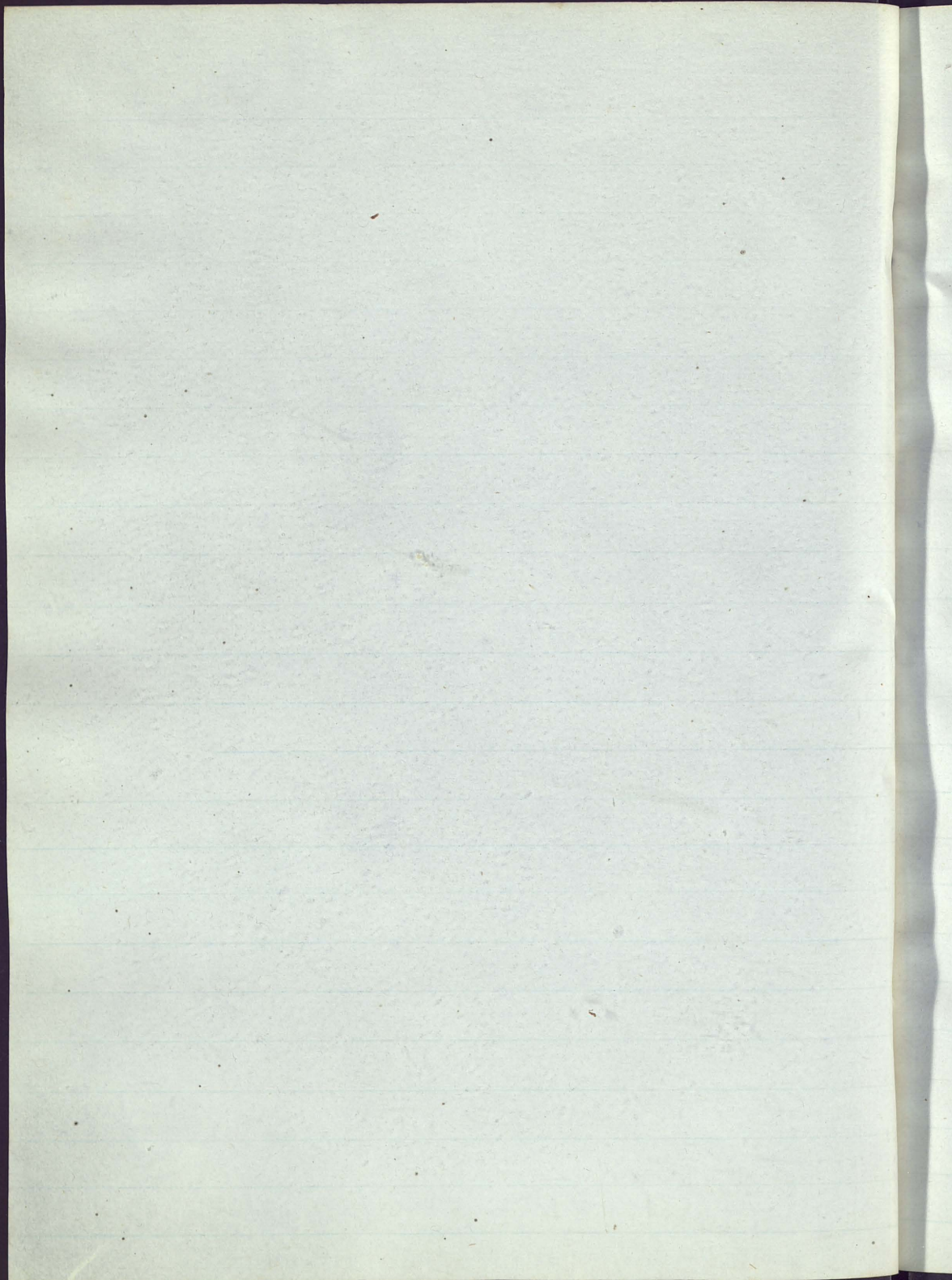


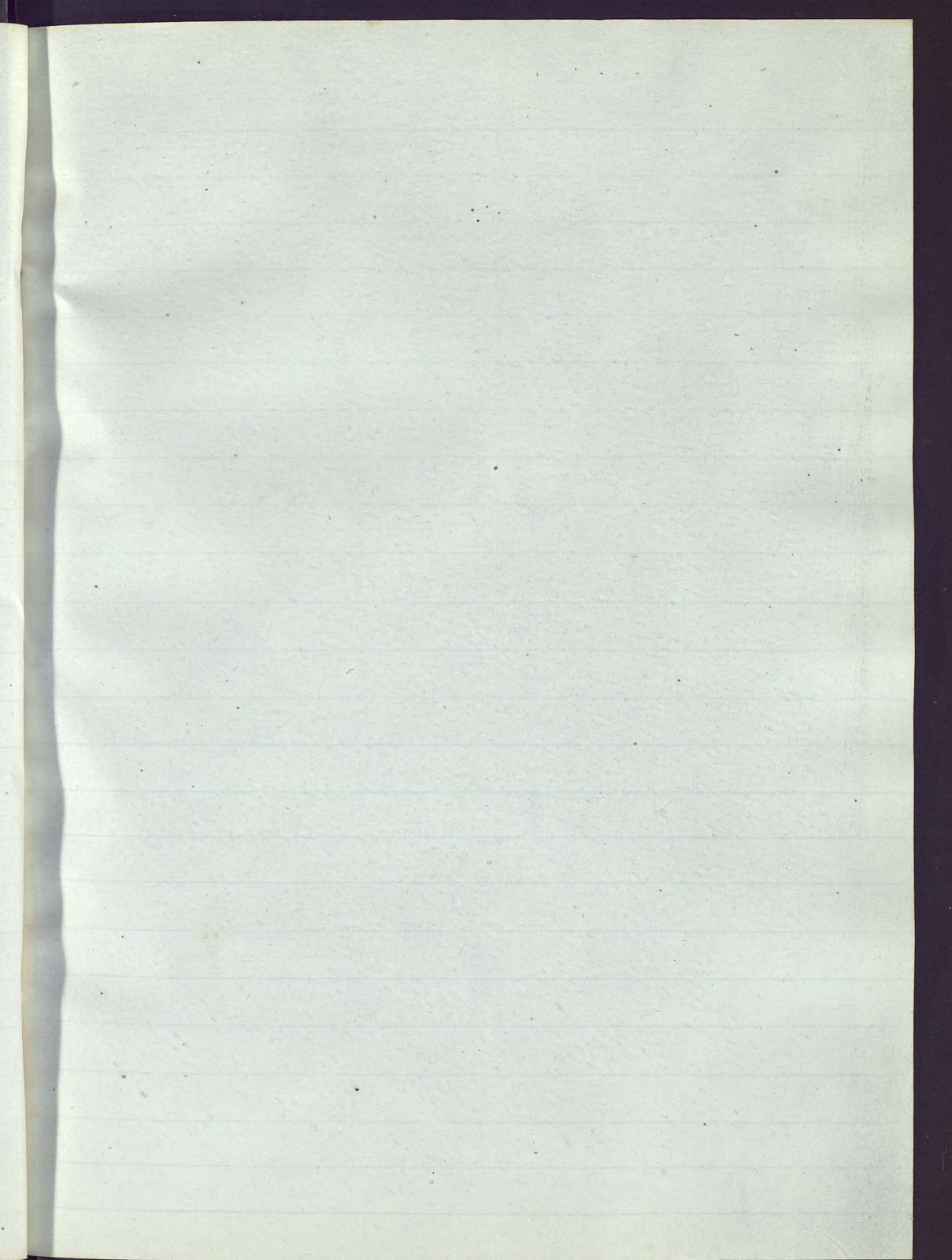


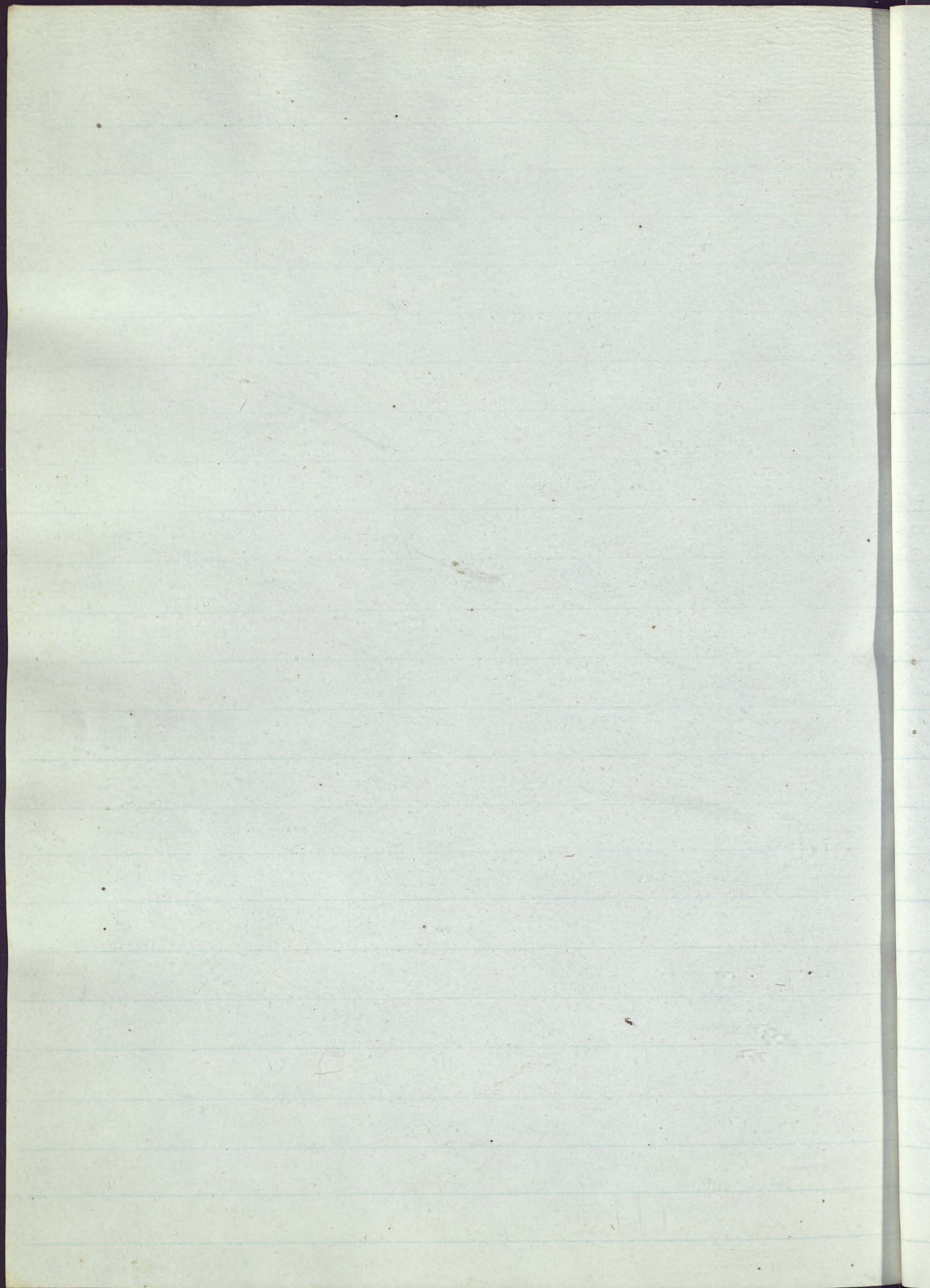


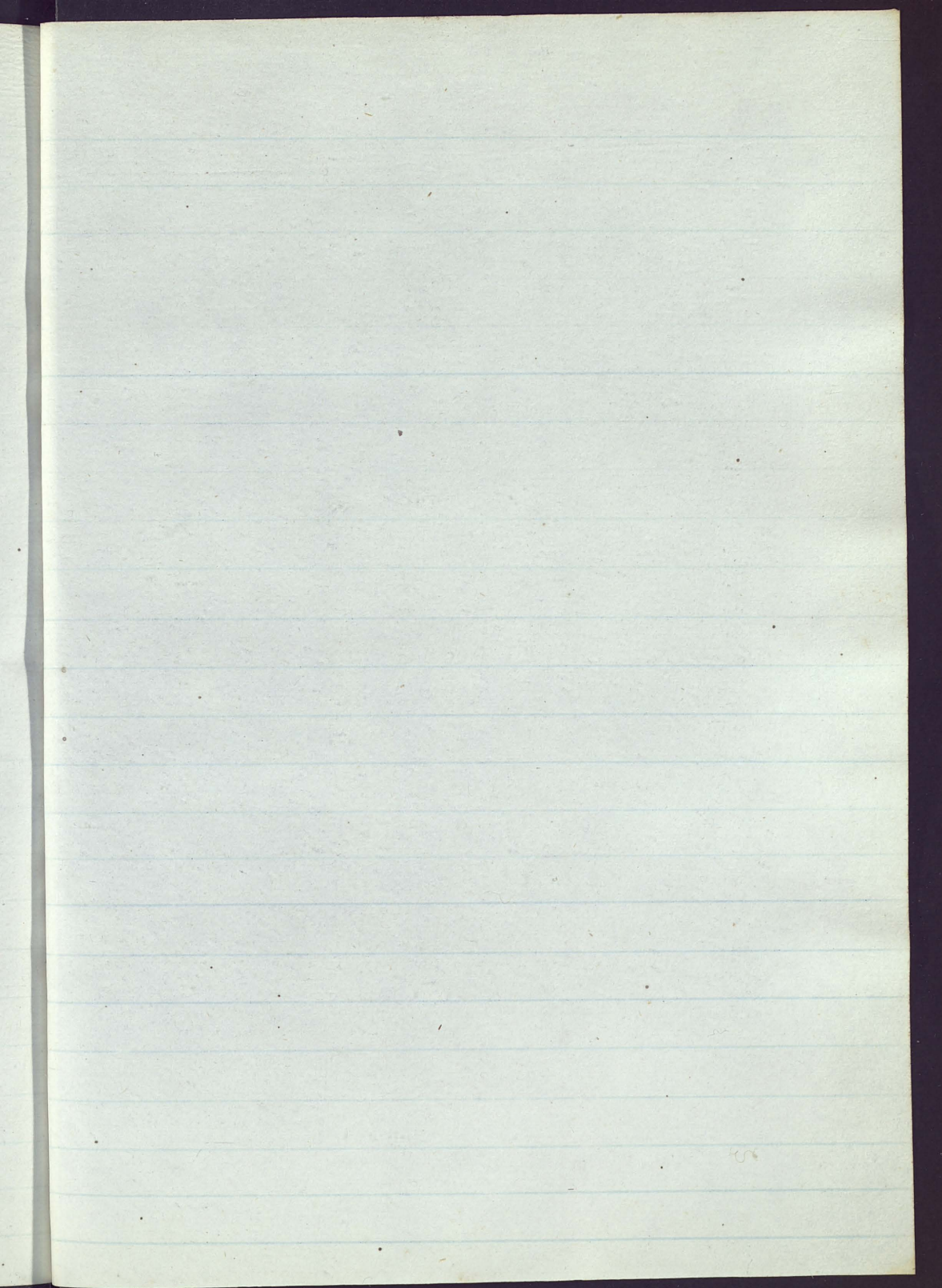


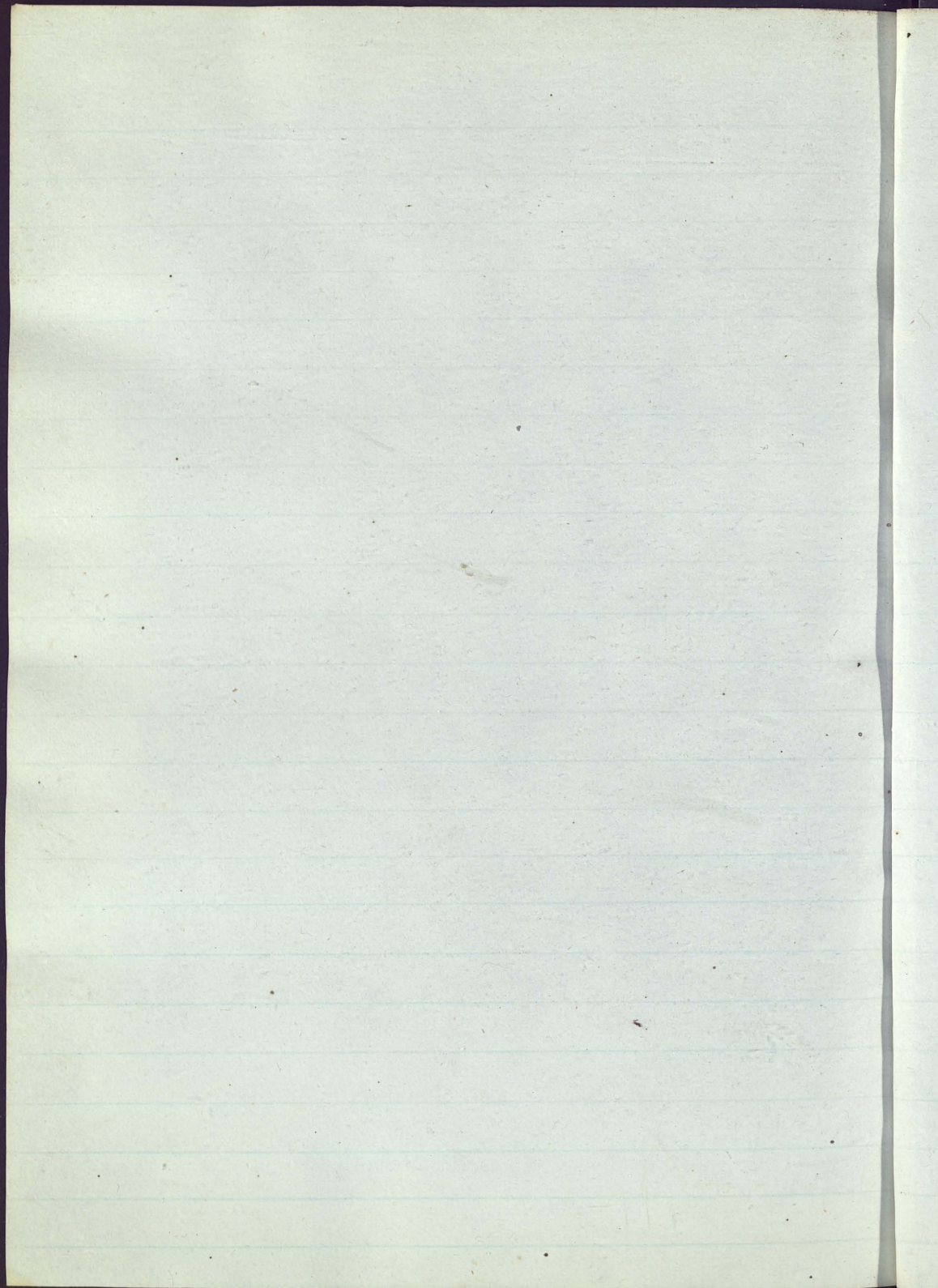


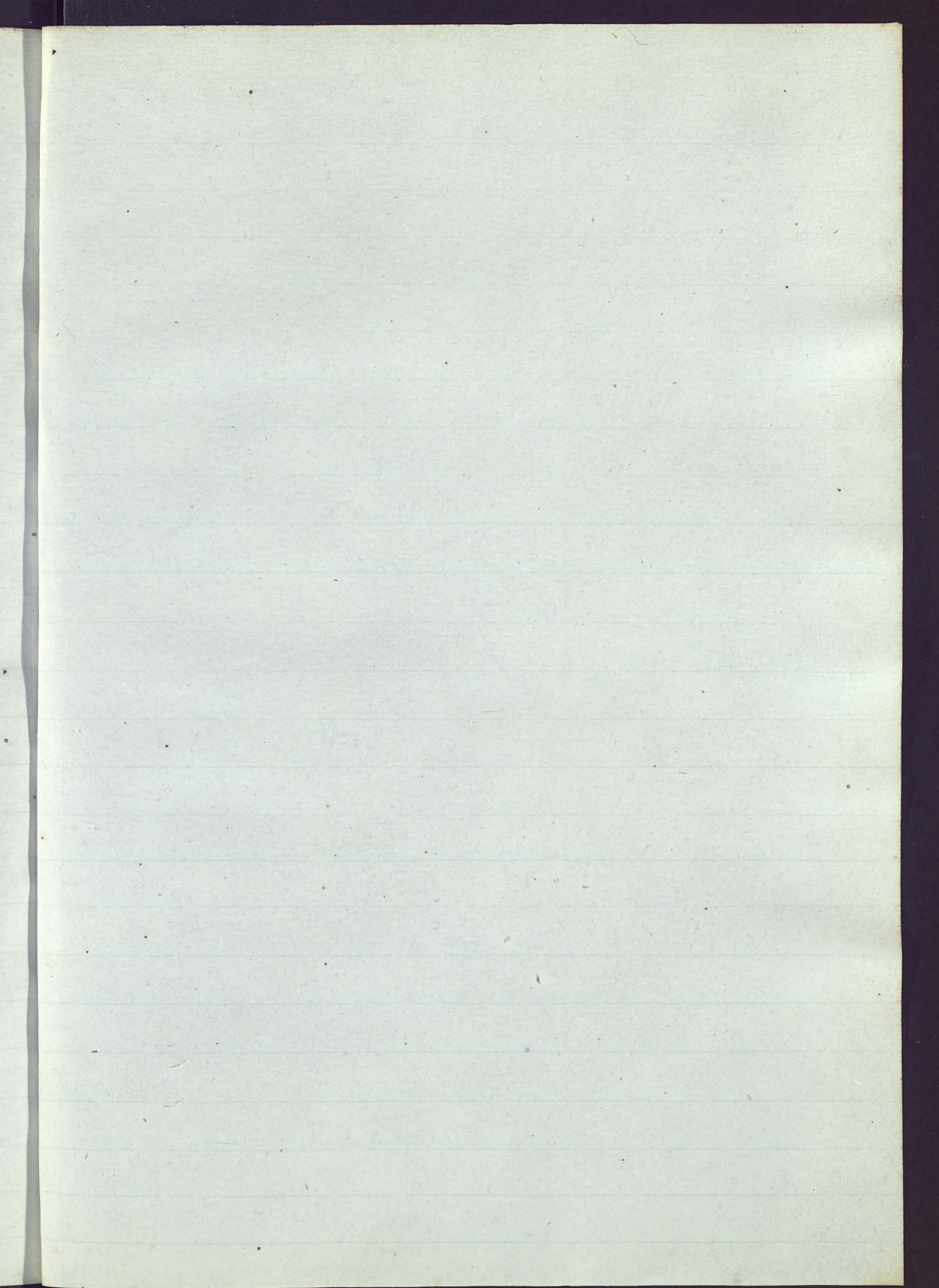


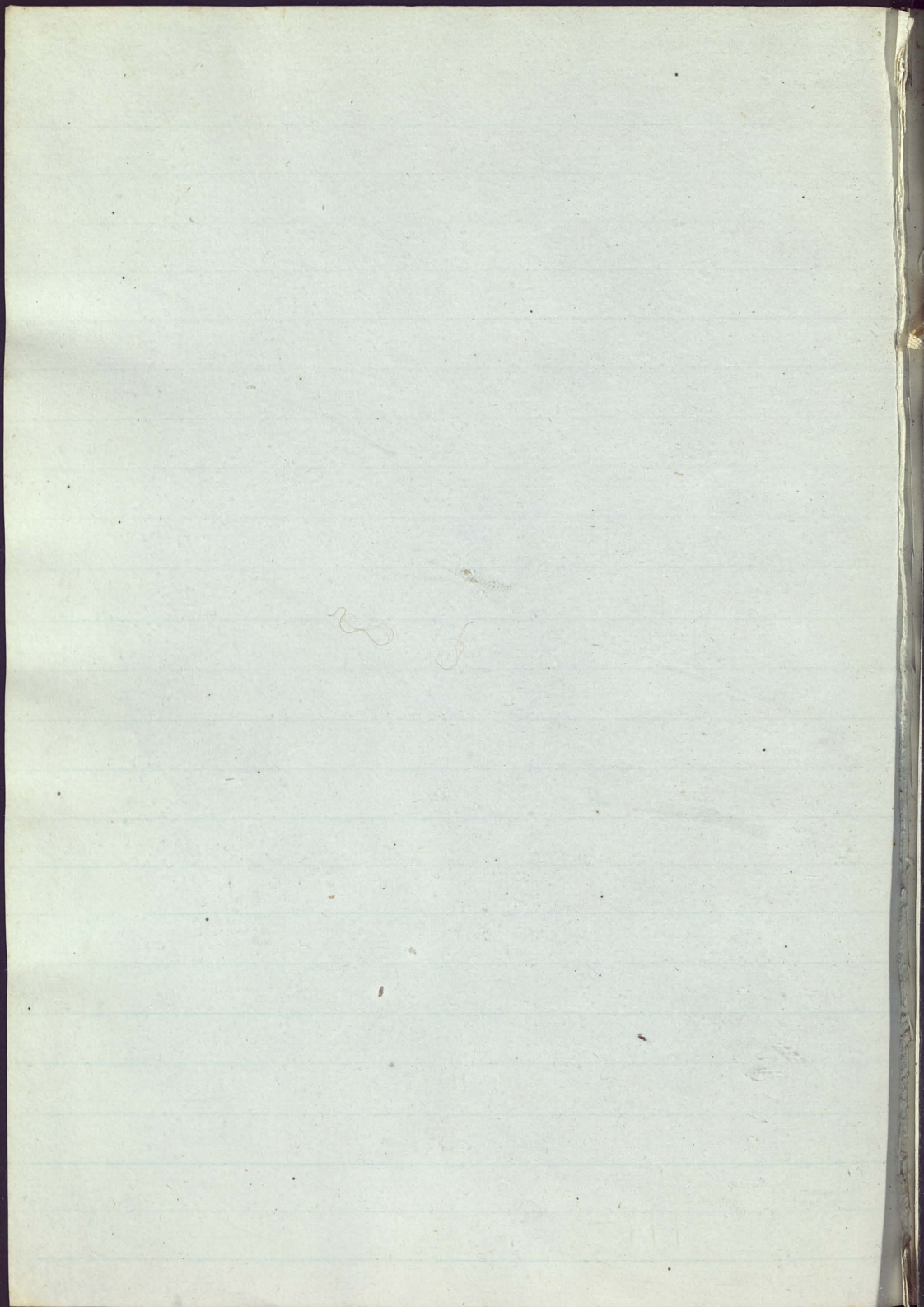












Del mismo.

En la 2^a
3 del XX.

En la 9^a del
mismo n.º "creia
no haber motivo
grande en intran-
quidad."

En la 8^a 9
del n.º XXI algo
posiblemente de
variante

Las orientales en
la copia de Abse
la versiti o
en Madrid.

En la plana del
n.º IV, i'ultima
del III
en la plana 14
del mismo n.º, don-
de dice en orden a
Amolic, finable
10 to.

En la 12, o' 19
del numero VI
tambien alguna
variante

37 en las 3 o' 27
del n.º VIII

37 en las 5, o' 6
del mismo.

37 en las 2 o' 3
del XI

En las 15 o' 16 del

XVI

37 en las 17 o'
18 del mismo.

37 en la 16

2.º de XIX.

37 en la 3 o' 24

